
Un
PADRE SOLTERO
INOLVIDABLE
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
LAYLA HAGEN

UN PADRE SOLTERO INOLVIDABLE

Los Hermanos LeBlanc

Libro 6

LAYLA HAGEN

Beckett & Piper ~ Los Hermanos LeBlanc

Libro 6

Layla Hagen

Un Padre Soltero Inolvidable

Copyright ©2026 Layla Hagen

Portada: Uplifting Designs

Traducido por HANA FOX LITERARY BOUTIQUE

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Índice

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Primer Epílogo
Segundo Epílogo

Otras Obras de Layla Hagen

Capítulo Uno

BECKETT

—Bienvenida a casa, Charlotte —le susurré a mi hija recién nacida al entrar en mi ático. Emocionado por tenerla en mis brazos, en ese preciso momento, juré que siempre cuidaría de ella.

Dios mío. Tengo una hija.

Hacía tres días que me había enterado de su existencia y todavía estaba asimilándolo.

La pasé a mi brazo izquierdo; era tan pequeña y dormía tan plácidamente que podía sostenerla sin dificultad. Pero sabía que no duraría mucho: había estado muy inquieta durante el vuelo de Nueva York a Nueva Orleans.

Cogí mi equipaje con la mano derecha, cerré la puerta en silencio y eché la llave. Dejé la maleta en la puerta durante un momento y me dispuse a leer el correo electrónico que Hillary, mi asistente, me había enviado esa misma mañana. Le había pedido que comprara todo lo necesario para atender a un bebé recién nacido y, milagrosamente, lo había conseguido, además adjuntó una lista indicando dónde estaba todo y la función de cada artículo.

Entré en la habitación de invitados, que a partir de ahora sería la habitación del bebé. Hillary había colocado una cuna y un cambiador. Abrí el primer cajón, sujetando a Charlotte contra mi pecho; estaba lleno de bodies, pañales y cremas.

Mi hija suspiró y le di un beso en la cabecita. ¿Cómo era posible que ya quisiera tanto a ese pequeño ser humano? La dejé en la cuna con delicadeza, temiendo despertarla, pero no fue el caso. Era evidente que todavía estaba cansada por el viaje en avión.

Pensé en ir al salón a ver la máquina de biberones, pero no quería dejarla sola. Así que me senté en la cama de la habitación y observé a mi pequeña.

No podía creerlo: era padre y, además, soltero.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo por millonésima vez. Era mi hermano Anthony otra vez, el único de la familia al que le había revelado la noticia de Charlotte, aunque sin darle muchos detalles. Debía de estar en estado de *shock*, y aún no habíamos tenido tiempo de hablar.

—¡Por fin, tío! —exclamó cuando contesté—. ¿Dónde estás?

—Ya en Nueva Orleans, con mi hija.

Soltó un profundo suspiro:

—Dios mío, era en serio. Pensé que me estabas gastando una broma.

—No bromearía con algo así —aseguré, manteniendo el tono de voz baja, aunque Charlotte no pareció darse cuenta.

—Tienes que contármelo todo. ¿Qué pasó? ¿Estabas saliendo con alguien y no me dijiste nada?

—Anthony, me conoces —respondí con una risa sin humor—, sabes que nunca he salido con *nadie* más de dos veces. —Todo el mundo sabía que era un mujeriego empedernido. Anthony, tampoco se había quedado atrás hasta que conoció a su novia y sentó cabeza —. Hace unos nueve meses, tuve un rollo de una noche —confesé sin más rodeos— con una mujer llamada Elle.

—¿Y por qué no le dijiste a nadie que estaba embarazada?

—¡Porque no lo sabía! —respondí con amargura—. Elle no me lo dijo y no tenía intención de hacerlo. De hecho, planeaba dar a la niña en adopción.

—¡Qué dices! —exclamó.

—Tuve suerte de que su mejor amiga me contactara y me pusiera al tanto de todo.

—¿En serio? ¿Así fue cómo te enteraste?

—Tal cual.

—¿Y eso cuándo fue? —preguntó.

—Hace solo tres días. Por eso no pude estar en el cumpleaños del abuelo: fui directo a Nueva York para encargarme del asunto.

—¡Joder, hermano! ¿Y cómo lo llevas? ¿Necesitas algo?

Así era mi familia; sabía que mis cinco hermanos, mis padres y mis abuelos siempre me apoyarían incondicionalmente.

—Lo voy llevando como puedo.

—Imagino que aún lo estás asimilando —afirmó Anthony. No hacía falta ni que me lo preguntara.

—Así es, hermano —admití. No quería ocultarle nada a mi familia, pero quería tener la prueba de ADN contrastada antes de contárselo a todos.

—No puedo creer que no te contara que estaba embarazada. ¡Es una locura! —Tras una breve pausa, preguntó—. ¿Has conseguido la custodia?

—Sí, ni siquiera opuso resistencia. Tras la prueba de paternidad, firmó encantada la renuncia a sus derechos sobre la niña.

Anthony suspiró:

—Supongo que si tenía pensado dar a su hija en adopción, le daba lo mismo.

—Exactamente.

Elle era una persona despreciable, aunque yo tampoco era un santo; prometí que la llamaría después de aquella noche y nunca lo hice. Mi madre siempre bromeaba con que mi comportamiento promiscuo me pasaría factura algún día, pero nunca imaginé algo así.

—Para que sepas, todos se preguntan por qué no fuiste al cumpleaños del abuelo —me advirtió Anthony.

—Me lo imagino.

Mi familia estaba muy unida y nunca nos perdíamos una celebración. Cuando le dije a mi abuelo que no podía ir, debió darse

cuenta de que algo grave estaba pasando. Dijo que lo entendía y que no me preocupara, pero sabía que mi ausencia no había pasado desapercibida.

—¿Qué tal estuvo el cumpleaños? —pregunté.

—Estuvo entretenido… por decir algo. Es curioso; todos hemos nacido aquí en Nueva Orleans, pero a la mayoría no le entusiasma ni un poco ir al pantano.

Su comentario me hizo reír. A mis abuelos, en cambio, les encantaba pasar horas pescando en su barco, y precisamente David había decidido que quería celebrar allí su cumpleaños.

—A mí me ha empezado a gustar con el tiempo —respondí.

Me encantaba acompañarlos. Mis abuelos eran mayores y a menudo cometían imprudencias, como pescar en zonas llenas de caimanes, lo cual era un constante motivo de preocupación para mí.

—¿Quieres que me encargue de contárselo a la familia? —preguntó Anthony.

Dudé un momento. No era un cobarde y siempre compartía todo con la familia, tanto lo bueno como lo malo. Pero estaba exhausto.

—Me harías un gran favor. Gracias.

—No hay problema. ¿Les cuento todo o solo que tienes una hija?

—Todo.

—Entendido. Entonces, estás en casa con… ¿cómo se llama?

—Charlotte.

Mi madre siempre dijo que si hubiese tenido una hija, la habría llamado Charlotte. Me pareció el nombre perfecto para mi bebé.

—Vale, estás en casa con Charlotte. —Escuchar a mi hermano decir su nombre lo hacía aún más real—. ¿Seguro que no necesitas ayuda esta noche?

—Ahora mismo no estoy seguro de nada —confesé.

Por primera vez en mi vida, no sabía qué hacer. Era el CEO de una importante empresa, estaba acostumbrado a tomar decisiones drásticas sin mirar atrás y jamás rehuía a un desafío. Pero esto era una historia completamente diferente.

—Vale, entonces me ocuparé de difundir la noticia.

—Diles que, por favor, no me llamen… no sé si podré contestar. Pueden enviarme mensajes. —Quería estar en contacto con ellos.

—Claro. Una última cosa hermano.

—Dime.

—Sabes que puedes con esto y con lo que sea, ¿verdad?

—Gracias, hermano. Lo sé. —Iba a ser un gran padre para Charlotte. Estaba convencido de ello—. Tengo que irme, la bebé se está despertando.

Joder, debería haber leído las instrucciones para preparar el biberón.

—¿Qué? —preguntó mi hermano, pero colgué cuando Charlotte empezó a llorar.

Consideré cogerla y llevarla a la cocina mientras descifraba el mecanismo del aparato, pero incluso con mi limitada experiencia paternal, sabía que era mala idea. Sería más fácil preparar la fórmula del tirón, así que la dejé en la cuna, corrí a la cocina y me quedé mirando el preparador de biberones. Maldita sea, no sabía ni por dónde empezar.

Hillary había dejado una pila de biberones limpios y esterilizados en la encimera, junto con el folleto de instrucciones. Lo abrí y descubrí que tenía *veintisiete pasos*.

Esto es una locura.

Charlotte lloraba cada vez más fuerte.

¡Mierda! Debería haberla traído conmigo.

Abrí YouTube en mi teléfono y busqué un tutorial breve sobre cómo usar el dispositivo. Rápidamente encontré uno de solo treinta segundos. ¡Amaba los vídeos por eso! Dos minutos más tarde, tenía todo listo y me apresuré a ir a la habitación de mi hija. Dejé el biberón en la mesa mientras la sacaba de la cuna. Era diminuta pero necesité las dos manos para sostenerle la cabeza.

—Charlotte, papá tiene el biberón listo. Vamos, pequeña. Tienes que calmarte unos segundos para poder tomarlo.

Tenía la carita tan arrugada que no conseguía prenderse a la tetina. Después de lo que me pareció una eternidad, por fin la agarró y comenzó a succionar.

¡Uf, por fin! Era una victoria absoluta.

—Eso es, pequeña.

Bebía como una campeona, pero no lograba terminar el biberón. La enfermera me había dado instrucciones estrictas de que debía alimentarla cada dos horas para que ganara peso de forma adecuada. Elle se dio de alta del hospital al día siguiente de dar a luz, y por suerte, me permitieron quedarme con mi hija para que las enfermeras me enseñaran lo básico.

Disfruté de darle el bibi, y comió hasta quedarse dormida. Estuve a punto de acostarla, pero primero tenía que hacerle eructar, así que la puse sobre mi hombro y le di palmaditas suaves en la espalda. Al cabo de unos momentos, soltó un buen eructo, se despertó y empezó a llorar de nuevo.

¿Y ahora qué? ¿Se ha quedado con hambre?

Le puse la tetina en la boca, pero lloró más fuerte. No, no era eso.

Unos segundos más tarde, oí una especie de "explosión" bajo su pañal. ¿Cómo podía olvidarme de revisarlo?

Fui al cambiador, la acosté, y desabroché el pañal lentamente mientras cogía uno limpio del cajón. Justo cuando le quité el viejo, hubo otro escape que terminó en mi camisa hecha a medida.

Por si tenía alguna duda, me quedó clarísimo… ¡la caca de bebé huele fatal! Me pregunté cómo se las arreglaron mis padres con tantos hijos; la casa debía estar las veinticuatro horas del día impregnada de ese olor.

Charlotte se calmó al instante. Ahora que había vaciado sus intestinos, se quedó dormida en el cambiador.

Negando con la cabeza, la limpié siguiendo las instrucciones de la enfermera y le puse un pañal y un *body* limpios. Seguía profundamente dormida cuando la cogí y la volví a acostar con sumo cuidado en su cuna. Fue entonces cuando me miré y me di cuenta del desastre.

Sí. Beckett LeBlanc, el prestigioso director ejecutivo del sector de panificación industrial de *The Orleans Conglomerat*e, estaba, literalmente, hasta arriba de mierda.

Necesitaba darme una ducha, pero no quería dejar a Charlotte sola. En lugar de ir al dormitorio principal, decidí usar el baño de

invitados y dejé la puerta abierta para poder oírla en caso de que se despertara.

Revisé mi teléfono y me quedé sorprendido al ver que tenía quince mensajes sin leer. Caí en la cuenta de que Anthony ya debía haber informado a la familia. Todos me habían escrito. Primero leí el mensaje de mi hermano Chad.

Chad: Ánimo hermano. Si necesitas consejos sobre bebés, llámame. ¿Quieres que me pase mañana?

Chad era el mayor y tenía dos hijas: Bella y la pequeña Simone. Sin duda, él sería la primera persona a la que llamaría.

Beckett: Sí, por favor.

A continuación leí el mensaje de Xander.

Xander: Anthony me acaba de contar todo. ¿Necesitas ayuda con la parte legal? Puedo mover algunos hilos y conseguir el mejor abogado especializado en derecho de familia del país.

Mi hermano Xander era muy resolutivo. Le aseguré que no era necesario.

Beckett: Tranqui. Tengo la custodia. Quizá le pida a tu abogado que revise la documentación, pero no es urgente.

Luego fue el turno de Julian.

Julian: Tío, me gustaría darte la enhorabuena, pero ¿qué cojones? Cuando puedas nos tomamos unas copas y nos cuentas la historia al completo.

Él estaba al mando de los bares del grupo empresarial. Teníamos la costumbre de quedar en su bar principal en el Barrio Francés, pero estaba seguro que la llegada de Charlotte pospondría cualquier plan de copas.

Tenía mucha curiosidad por saber qué diría Zachary. De todos los hermanos, él era el más despreocupado y no se hacía problema por nada.

Zachary: Me he quedado de piedra, pero aquí estoy para lo que necesites.

Vaya, he logrado sorprender a Zachary.

Por último, recibí el mensaje de mi madre, que me envió un corazón seguido de un mensaje.

Mamá: Hijo, estamos aquí para lo que necesites.

Mis abuelas no me habían escrito, lo cual no era de extrañar. No eran muy aficionadas a enviar mensajes, y fue entonces cuando vi que tenía llamadas perdidas de ambas.

Decidí darme una ducha primero porque no podía soportar el olor.

Cinco minutos más tarde, me sentí como nuevo. Eché un vistazo a Charlotte: seguía dormida, así que decidí ir al salón para llamar a mis abuelas.

Cuando nació Chad, el mayor de los seis hermanos, ellas aún eran bastante jóvenes y se resistían a que las llamaran "abuelas", porque les hacía sentir mayores. Con el tiempo se acostumbraron, pero seguíamos usando principalmente sus nombres. Solo Bella las llamaba por sus "títulos". Asumí que Simone y ahora Charlotte seguirían su ejemplo.

Justo cuando iba a llamar a Isabeau, recibí un mensaje suyo.

Isabeau: Estoy con Celine en la tienda. ¿Es un buen momento para hablar?

Las llamé al instante.

—¡Hola!

—Te hemos llamado, cariño —dijo Celine, con voz preocupada—. Anthony nos contó… pensamos que nos estaba gastando una broma.

—Pues no, todo lo que os ha dicho es cierto.

—¿Necesitas que vayamos a tu casa ahora? —preguntó Isabeau —. Como te dije, estamos en el casco antiguo y podemos llegar en unos minutos.

—La verdad es que esta noche prefiero estar solo con Charlotte. Ha comido y acabo de acostarla. Estaremos bien.

—¿Has estado solo con ella todo este tiempo?

—No, pasé la noche anterior en el hospital para que las enfermeras me enseñaran los cuidados básicos. Quería aprender todo lo posible antes de volver a casa.

—Muy bien hecho, cariño —respondió Isabeau.

—Pero me haríais un gran favor si pudierais pasar mañana temprano. Tengo que ir a la oficina y, como es lógico, no he tenido

tiempo de buscar una niñera.

—Por supuesto. Allí estaremos.

—Gracias.

—Estamos aquí para lo que necesites —añadió Celine.

—Gracias. Charlotte se está despertando otra vez —dije, justo cuando mi hija comenzaba a llorar.

En el hospital me habían dicho que cuando llorara, primero debía revisar el pañal y luego darle de comer. Pero acababa de cambiarla *y* darle de comer. ¿Qué más podía hacer?

—¡Tengo que colgar!

Dejé el teléfono sobre la encimera y corrí a la habitación, desesperado por saber qué demonios necesitaba. Estaba roja como un tomate, llorando a pleno pulmón. Pobrecita.

—Cariño, estoy aquí. Tranquila.

Pero a ella parecía importarle un pimiento mis palabras.

La saqué de la cuna y eché un vistazo al biberón que había dejado a medias. Las enfermeras me habían dicho que podía dárselo hasta una hora después de haberlo preparado.

Miré la hora y solo habían pasado cuarenta minutos. Cogí el biberón e intenté darle de comer, pero ella movía la cabeza de un lado a otro y lloraba más fuerte. Mientras la acunaba, un fuerte hedor invadió mis fosas nasales: se había vuelto a cagar.

—¡Madre mía, pero qué manera de evacuar!

Al menos sabía cuál era el problema.

Dejé el biberón y la llevé al cambiador. Saqué un pañal limpio y lo puse cerca; esta vez intentaría ser más rápido. Le quité el pañal sucio, la limpié y le puse el nuevo enseguida, pero Charlotte se las arregló para cagarse antes de que terminara. Al cabo de un momento, me eché a reír.

—Tenemos que mejorar en esto, Charlotte —dije en tono de broma, mientras me limpiaba la caca de la mano. ¡Maldita sea! También tenía caca en la mejilla—. A decir verdad, tú estás cumpliendo a la perfección tu rol de bebé: comer, dormir y cagar. Soy yo el que tiene que aprender a ser un buen padre.

Y estaba decidido a ser el mejor del mundo.

Capítulo Dos

PIPER

Me encantaba mi trabajo, y más cuando se me presentaba un nuevo reto. Ahora, mi objetivo era un cliente potencial: Beckett LeBlanc. Trabajaba en una de las empresas de marketing más importantes de Nueva Orleans y nos habíamos enterado de que buscaba una agencia para una nueva campaña publicitaria.

Naturalmente, todas las agencias de la ciudad intentaban pescar al pez más gordo del tanque. Beckett dirigía el sector de la panificación industrial de *The Orleans Conglomerate*, y estaba muy agradecida por esa oportunidad.

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos y me sobresaltó. Era Josh, mi jefe:

—Piper, ¿ya te vas?

—Sí —sonreí tímidamente—, voy a llevar a mis padres a cenar al Barrio Francés.

Lo normal era que cenara con ellos en su casa, pero esa vez quería invitarlos a un restaurante a comer *gumbo*[1], el plato favorito de mi madre.

—¿Alguna novedad sobre los LeBlanc?

—Aún no, pero no te preocupes. Me las arreglaré para presentarles la propuesta y convencerlos de que *MarketingPros* es la mejor opción.

Mi jefe se rió:

—Tú no aceptas un no por respuesta, Piper. Por eso te he asignado el caso. Si alguien tiene posibilidades de conseguir ese cliente, eres tú.

—Gracias por tu voto de confianza, Josh.

Lo decía de verdad. Durante toda mi infancia, mis padres me habían inculcado a ser una persona ambiciosa y luchar por mis objetivos.

Estaba ilusionada por invitarlos esa noche. Era el cumpleaños de mi madre y quería mimarla todo el fin de semana. Había reservado masajes y tratamientos faciales para nosotras en el mejor *spa* de la ciudad. Como hija única, mi prioridad era asegurarme de que tuviera lo mejor, porque se lo merecía.

Como de costumbre, fui una de las últimas en salir de la oficina, pero no me importaba. Me dedicaba en cuerpo y alma a mi trabajo, que durante el último año, se había convertido en mi refugio. Hacía poco que mi novio y yo habíamos puesto fin a diez años de relación. Teníamos diferentes perspectivas de futuro: yo soñaba con una casa en las afueras y una familia, pero él quería otra cosa. Al intentar rehacer mi vida amorosa, descubrí que era mucho más complicado de lo que había imaginado.

Suspiré al ver pasar a las familias por la acera, asumiendo que tal vez tendría que renunciar a mi sueño de tener cuatro hijos.

Pero no quería dejar que esos pensamientos tristes arruinaran la noche. Estaba decidida a celebrar el cumpleaños de mi madre con el mejor humor posible.

Aceleré el paso para no llegar tarde. Mi oficina estaba en el distrito de Marigny, a veinte minutos a pie del restaurante en el Barrio Francés.

Aunque llevaba toda mi vida viviendo allí, el casco antiguo seguía siendo mi parte favorita de la ciudad. La única vez que me había ido fue para un semestre de intercambio en la Universidad de Toronto.

Durante ese tiempo eché muchísimo de menos Nueva Orleans. Los edificios antiguos, su historia y tradición… Amaba cada rincón de esa ciudad.

Una vez en el Barrio Francés, me dirigí directamente a la calle Royal. El local donde habíamos quedado no estaba lejos de *LeBlanc-Broussard*, el prestigioso restaurante de *The Orleans Conglomerate*. El propio Beckett LeBlanc tenía sus oficinas justo encima del restaurante. Pensé en hacer una reserva allí, pero no quería parecer una acosadora; no sería el mejor comienzo de una relación comercial.

Sin embargo, empezaba a *impacientarme* un poco. Ya le había enviado tres correos electrónicos y hablado tres veces con su asistente personal, sin éxito. Pero no iba a rendirme. La perseverancia era mi fuerte.

Al llegar, mis padres ya estaban en el restaurante. Mi madre iba muy elegante. Su impecable peinado delataba que debía de haber pasado por la peluquería. Se había esmerado mucho para su septuagésimo cumpleaños y estaba guapísima. Mis padres me tuvieron tarde, a los cuarenta años. Fui un "bebé sorpresa", pero siempre me hicieron sentir inmensamente amada.

Sin perder ni un segundo, corrí a abrazar a mi madre.

—¡Feliz cumpleaños, mamá! Estás guapísima. —Luego miré a mi padre, que llevaba un traje muy elegante—: ¡Los dos estáis estupendos!

—Ya conoces a tu madre. Le gusta que nos arreglemos —respondió.

—Mamá, ahora mismo no tengo tu regalo, pero ya verás lo que te tengo preparado para el sábado. —Le guiñé un ojo a mi padre: estaba al tanto de mis planes y guardando mi secreto.

Mi madre se giró hacia él al instante:

—¿Habéis estado confabulando los dos? ¿Por eso no querías que hiciera planes con Alisa?

—¡Exacto! —exclamó mi padre—. Piper me dijo que tenía una sorpresa, así que no podía contarte nada.

Mi madre me sonrió con ternura:

—No puedo negarme a pasar todo el día con mi niña.

Tomamos asiento y un camarero se acercó a explicar los especiales del día. Mis padres sopesaban compartir el plato principal, ya que las raciones eran generosas, pero al final, mi madre decidió darse el capricho de pedirse un plato para ella sola, a sabiendas de que luego no podría respirar. Acto seguido, mi padre le dio un beso cariñoso en la mejilla.

Su relación era el ejemplo perfecto de lo que deseaba para mi vida. Siempre habían estado muy enamorados y no tenían reparos en demostrar su afecto delante de mí, ni de nadie. Soñaba con un matrimonio como el suyo, aunque probablemente ya no sería posible.

¿Y qué importancia tiene? Tengo a mi familia y un trabajo estupendo. ¿Qué más se puede pedir?

Cuando el camarero nos trajo las bebidas, mi *iPhone* vibró. Revisé mis correos de inmediato: ¡Sí! La asistente de Beckett *por fin* había respondido, concertando una cita. ¡Lo había conseguido!

—¿Por qué estás tan contenta, cariño? —preguntó mi padre.

—Acabo de conseguir una reunión con un cliente potencial. Ya estaba pensando que no lo lograría.

—¿De quién se trata? —preguntó mi madre con una sonrisa.

Negué con la cabeza:

—Prefiero hablar de otra cosa. Esta noche es para ti. Y el sábado también. ¿Qué crees que te tengo preparado?

—Mmm, déjame adivinar… ¿Un día de *spa*?

Mi madre me conocía demasiado bien.

—Jope, soy muy predecible.

—No, simplemente sabes lo que me gusta —respondió con otra gran sonrisa.

Qué bien nos lo vamos a pasar el sábado.

A pesar de que mi mente estaba centrada en la presentación para Beckett LeBlanc, decidí no mencionarlo. Aunque amaba mi trabajo, mis padres eran mi prioridad. Y esa noche era solo para ellos.

---

1 Nota de la Traductora: *Gumbo* es un guiso criollo tradicional de Nueva Orleans.

Capítulo Tres

BECKETT

La primera noche en casa con mi hija me dejó tres enseñanzas fundamentales:

1. Los recién nacidos duermen fatal.
2. Paradójicamente, cuanto más agotados están, más les cuesta conciliar el sueño.
3. No distinguen entre el día y la noche.

Aunque no logré conciliar el sueño por más de diez minutos seguidos, tras el amanecer, por fin Charlotte dormía profundamente.

Eché un vistazo al reloj: eran las ocho de la mañana. Me daba tiempo a echarme una siesta rápida antes de ir a la oficina.

Antes de que pudiera hacer nada, mi móvil vibró con un mensaje de Chad.

Chad: Estamos aquí. No queríamos llamar al timbre por si Charlotte estaba durmiendo.

Celine se había ofrecido a cuidar del bebé, pero se me había olvidado por completo que Chad también vendría.

Beckett: Está durmiendo. Ahora os abro.

Caminé desde la cuna hasta la puerta del dormitorio. Me costaba la vida dejarla sola, iba en contra de todos mis instintos. Quería proteger a mi pequeña de absolutamente todo, pero tenía que ir a abrir.

Al llegar al vestíbulo y abrir la puerta, me encontré con Chad, mi sobrina Bella, Celine e Isabeau.

—Vaya cara de mierda, hermano —comentó Chad.

Bella miró a su padre con una ceja levantada. Chad no solía decir palabrotas delante de su hija.

—No he pegado ojo —respondí—. ¿Y Simone?

—Así es la vida con un recién nacido. Simone está hoy con la niñera. Te recomiendo encarecidamente que busques una cuanto antes —dijo Chad con una sonrisa, mientras le daba la bienvenida al resto.

—¿Puedo ver a mi prima? —preguntó Bella, muy emocionada. Escuchar la palabra "prima" hizo que la situación se sintiera aún más real.

—Ahora no, cariño. Se acaba de dormir. Es mejor no despertarla.

Me sorprendió que mi madre no hubiera venido. Conociéndola, esperaría a que no hubiera visitas para tener el bebé solo para ella.

—Voy a preparar café, ¿alguien quiere? —preguntó Isabeau.

—Sí, por favor —asentí.

—Yo te ayudo —se ofreció Bella, con una mirada severa que no supe descifrar.

Siempre había sido muy intuitivo y tenía facilidad para detectar si alguien estaba bien o no, pero estaba exhausto, tratando de asimilar mi nueva normalidad.

Me acomodé en mi sofá blanco, aún inmaculado, junto a Chad y Celine. Bella e Isabeau se dirigieron a la cocina.

Celine juntó las manos en su regazo y suspiró:

—Beckett, ¿cómo estás? ¿Cómo podemos ayudarte?

Eso era lo que más apreciaba de mi familia: el apoyo mutuo e incondicional. Y en ese momento, los necesitaba más que nunca.

Me reí, pasándome la mano por el pelo:

—Sinceramente, no lo sé ni yo. Hillary, mi asistente se ha ocupado de comprar lo básico.

Me había salvado la vida, y se merecía un aumento de sueldo.

—Quiero comprar algunos regalos para mi prima —dijo Bella desde la isla de la cocina. Gracias a la distribución diáfana del ático, podíamos conversar desde el sofá.

—¿Podemos hacer algo para ayudar? —preguntó Celine con esa voz tranquila que tanto me recordaba a la de mi madre.

Me encogí de hombros:

—Aún no tengo mucha idea de qué necesita un bebé.

—Muchos mimos y paciencia —respondió Isabeau, acercándose con una bandeja de cafés.

—Anoche solo quería estar en brazos, no pude dejarla ni un segundo. Espera, vamos a dejar las tazas aquí —dije, tomando la bandeja de mi abuela para apoyarla en la mesa de centro.

—Cuenta con nosotras para lo que sea —aseguró Celine—. Estoy deseando pasar la mañana con ella.

—Gracias.

Aunque Hillary era muy competente, no consiguió encontrar una niñera que se quedara toda la noche. En definitiva, necesitaba a alguien en quien confiara con los ojos cerrados para que cuidara de mi hija.

Isabeau frunció el ceño:

—Verte tan cansado me trae recuerdos de cuando volví a casa con un recién nacido. Me quedaré aquí con Celine para que no esté sola.

Celine giró la cabeza en dirección a Isabeau:

—Pero, ¿quién va a abrir la tienda?

Isabeau restó importancia a la preocupación con un gesto:

—No pasa nada si no abrimos un día.

—Tienes razón —secundó Celine de inmediato.

Les sonreí agradecido:

—Gracias a las dos por quedaros. Prometo que encontraré una niñera pronto.

Mis abuelas adoraban su tienda, *Fragrant Delights*. No era justo para ellas que sacrificaran su tiempo para cuidar del bebé.

—Podemos organizarnos entre todos mientras tanto —sugirió Isabeau con cautela—. Tómate tu tiempo para encontrar a la

persona adecuada.

—Eso voy a hacer. Charlotte es un poco quisquillosa, así que necesito a alguien paciente que la quiera tanto como yo.

Las abuelas intercambiaron una mirada curiosa.

—Vaya, Beckett, tienes las cosas mucho más *claras* de lo que pensaba —admitió Celine.

—Te recomiendo la agencia de canguros que hemos contratado —intervino Chad—. Simone está encantada y nosotros también estamos muy contentos.

—Gracias. Envíame la información por mensaje y los llamaré.

Chad abrió la boca, pero volvió a cerrarla. A juzgar por su expresión, iba a burlarse, pero lo reconsideró y se detuvo. ¿Qué le habrá hecho cambiar de opinión? ¿Las abuelas? Eso nunca había sido un impedimento ni para él ni para mis hermanos a la hora de hacer un comentario.

—Si me das unos minutos, me cambio y vamos a la oficina.

—Claro —dijo Chad—. Bella, ¿quieres venir con nosotros y quedarte con Scarlett mientras trabaja en la cocina? —La esposa de mi hermano, y por tanto, madrastra de Bella, era la *chef* de *LeBlanc-Broussard*, el restaurante de la planta baja de nuestro edificio.

Bella me miró:

—Tío Beckett, ¿puedo quedarme aquí para ayudar a las abuelas?

—Por supuesto —contesté, asintiendo—. Pensé que te aburrirías. Muchas gracias, Bella, es muy considerado por tu parte.

—Pero, tío, es mi prima. Y quiero ayudar a cuidarla.

Mi sobrina era maravillosa.

—Vale, os enseñaré dónde está todo y cómo preparar el biberón —dije, y las tres me siguieron a la cocina.

Me venía de perlas que mi sobrina se quedara con mis abuelas, porque la máquina para preparar biberones no era muy fácil de usar, pero entre las tres se las apañarían. Por supuesto, les recordé que me llamaran para lo que necesitaran.

—Tío Beckett, papá dice que puede darte muchos consejos, porque me cuidó cuando era pequeña —me comentó Bella.

—Es verdad —asentí. Recordé aquella época como si hubiera pasado un siglo.

Estaba en el instituto cuando nació Bella, y Chad se divorció de su entonces esposa unos años más tarde. Toda la familia se unió para ayudarlo con la crianza. Mi hermano había hecho un gran trabajo como padre soltero, un ejemplo que yo estaba decidido a seguir.

Después de enseñárselo todo a Isabeau, Celine y Bella, llegó el momento de presentarles a Charlotte. Abrí la puerta de la habitación y me llevé un dedo a los labios, pidiéndoles silencio.

Chad también estaba con nosotros. Ver a la familia mirar a mi hija con tanto cariño me llenó de una emoción inesperada. Iba a ser el mejor padre para Charlotte. Estaba decidido.

***

Chad y yo llegamos a la oficina media hora más tarde.

Hillary pareció aliviada al verme:

—Beckett, menos mal que has llegado. La comercial lleva en la sala de reuniones hace casi una hora.

Fruncí el ceño:

—¿Qué comercial? ¿Ya tengo que entrar a una reunión?

—Sí, lo anoté en tu agenda anoche. —Hizo una mueca de disgusto—: Jolín, probablemente no lo hayas visto.

—No, lo he olvidado por completo —admití. Nunca antes me había pasado; no era un adicto al trabajo, pero siempre revisaba mi agenda por la noche—. No pasa nada. ¿De qué trata la reunión?

—Es una presentación de una agencia de marketing. *MarketingPros*.

Miré a Hillary con incredulidad:

—Pero si acordamos no concertar más reuniones con agencias. Te dije que ya había oído suficiente.

Intenté mantener un tono de voz tranquilo. No quería ser demasiado severo con ella después de que, literalmente, me hubiera salvado el pellejo comprando todo para el bebé.

—Lo sé, pero esta mujer fue muy insistente. —Bajó la voz—. Creí que la única forma de quitármela de encima era darle una cita o

cambiar mi número de teléfono.

Me reí. La persistencia era algo que valoraba en mis empleados, y eso decía mucho de ella.

—Tiene que ser especial para haber conseguido una cita.

—No solo eso: estuve leyendo sobre la agencia y podría ser una buena opción. ¿Cómo está Charlotte?

—Bien, aunque no dormimos nada anoche. Mis abuelas y Bella la están cuidando.

—Me alegro. No he podido avanzar mucho con la búsqueda de niñera… es más complicado de lo que pensaba.

—Tranquila Hillary, ya has hecho suficiente. Mi hermano me ha dado un contacto que puede que sea la mejor opción.

Mi asistente pareció aliviada.

—Dios, necesito diez cafés —dije, frotándome los ojos.

Ella sonrió ampliamente:

—No sabes lo orgullosa que estoy de ti.

—¿Perdón? —pregunté perplejo.

Hillary se cubrió la boca con la mano y se le humedecieron los ojos:

—Me parece admirable que te hayas hecho cargo de la situación y traído a tu hija a vivir contigo sin dudarlo un segundo.

—Por supuesto, era lo que había que hacer.

¿De verdad pensaba que me iba a desentender de mi responsabilidad?

Por Dios. No era un imbécil.

¿Pero a quién quería engañar? Charlotte fue concebida tras una aventura de una noche. Estaba claro que nadie daba un duro por mí.

Me giré hacia la puerta:

—Voy a la sala de reuniones. Por favor, no me pases ninguna llamada, salvo que sea de mi familia.

Me salté el café porque ya llegaba tarde. Cuando entré en la sala de reuniones, carraspeé. Una mujer estaba de pie frente al proyector, con su presentación ya lista. Mi retraso era considerable.

La observé con atención: vestía un traje rojo que hacía juego con sus labios brillantes, y su cabello castaño oscuro estaba peinado hacia un lado.

Cuarenta y ocho horas atrás, la habría examinado minuciosamente. Pero en ese momento, no me apetecía. Era, sin duda, una mujer atractiva, pero me resultaba indiferente. Intuía que durante mucho tiempo todo eso me daría igual. Ahora mi prioridad era Charlotte.

—Buenos días.

—Hola, señor LeBlanc. Soy Piper Dawson. —Frunció el ceño mientras me examinaba de arriba abajo. Era evidente que estaba cabreada. *¿Y a esta qué le pasa?* Estaba a punto de disculparme por llegar tarde cuando añadió: —Deberíamos empezar ya mismo. No puedo perder más tiempo.

—¿Me está *regañando*? —pregunté, sintiendo cómo mi irritación aumentaba.

Ni siquiera quería estar en esa maldita reunión. Si fuera un poco más despiadado, la habría dado por terminada en ese mismo momento.

Ella carraspeó y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja:

—En absoluto. Lo siento si ha dado esa impresión. Le agradezco de antemano que haya accedido a recibirme.

—Según me han comentado, ha sido muy insistente. Tanto que mi asistente no tuvo otra opción que concederle la presentación.

No estaba seguro de por qué la estaba confrontando. Probablemente era la falta de sueño.

—Es totalmente cierto. Le envié correos electrónicos durante semanas antes de dar con su número de teléfono —admitió.

—¿Y nuestra falta de respuesta no le dio ninguna pista? He escuchado demasiadas propuestas, así que más vale que esta sea buena, porque estoy a punto de marcharme.

Se humedeció sus atractivos y carnosos labios rojos y dijo:

—Si me permite empezar, estoy segura de que puedo convencerlo de que *MarketingPros* es el mejor recurso para su empresa.

Acerqué una silla y me senté:

—Muy bien, adelante.

Mantuve la mirada fija en sus diapositivas mientras empezaba. Era competente, eso no se podía negar. Busqué el número de

diapositivas en la esquina de la pantalla.

¡Joder! ¡Hay como veinte!

¿Eran necesarias veintiún diapositivas para una presentación?

¡Estaré aquí toda la vida!

Cinco minutos más tarde, entendí por qué. Había hecho un esfuerzo considerable, y me di cuenta de que incluso había preparado ejemplos de campañas que podríamos implementar. Por desgracia, también estaba disperso. Ese día, no tenía la concentración necesaria para afrontar algo así. Estaba agotado y no dejaba de mirar mi teléfono, esperando noticias de Bella o de mis abuelas.

—¿Señor LeBlanc? —preguntó, al notar que había perdido mi atención.

La miré y aclaré mi garganta:

—Repita la pregunta, por favor.

—Por supuesto. ¿Qué parte?

—Todo.

Frunció el ceño y negó con la cabeza, claramente descontenta.

Si no le gustaba mi actitud, por mí podía marcharse en ese mismo instante.

***

PIPER

La reunión estaba siendo una completa pérdida de tiempo. Desde el momento en que vi a Beckett LeBlanc, tuve la sensación de que el acuerdo no prosperaría. Había leído sobre él para hacerme una idea de con quién iba a tratar. La mayoría de los artículos lo tildaban de fiestero e informal, y por su apariencia actual —ojeras y mal aspecto — era probable que hubiera pasado toda la noche de juerga.

Estuvo todo el rato pendiente del móvil y con una actitud muy poco profesional.

—Quisiera saber si alguna de mis sugerencias le ha llamado la atención.

—Todas me han parecido buenas.

—Entonces continuaré.

Se me habían ocurrido cuatro tipos de campañas diferentes que podríamos llevar a cabo para ellos. Mantuve la mirada fija en la pantalla mientras hablaba, y evitaba mirarlo a menos que fuera estrictamente necesario. No solo porque estuviera enfadada, sino también porque era tan guapo que corría el peligro de perder el hilo de la presentación.

Cuando terminé, me giré para mirarlo.

¡No me lo podía creer! El hombre tenía la mirada perdida, y era probable que no hubiese escuchado nada de lo que había dicho.

—Muy bien, he terminado. Esa es mi propuesta.

Sonaba poco convincente, pero ¿qué otra cosa podía decir? Había sido realmente una pérdida de tiempo. Me molestaba que me ignorara por completo. ¿Por qué teníamos que ficharlo como cliente? *Porque se trata de una gran empresa, ¡joder!*

Beckett se enderezó en su silla:

—Ha sido una presentación muy buena.

—¿En serio? ¿Ha prestado atención siquiera a una cuarta parte de lo que acabo de decir? —espeté.

Maldita sea. No era un comportamiento propio de mí, que solía mantener el profesionalismo y el decoro por encima de todo. Pero en el fondo, sabía que Beckett no firmaría con nosotros y, me resultó insultante que no prestara atención a la presentación. Fue de mala educación y Josh se iba a llevar una gran decepción.

Beckett se puso de pie:

—He escuchado lo suficiente para tomar una decisión.

—Ya veo.

—Señorita… —dijo con la mirada entornada.

—Dawson. Piper Dawson. —Dios mío, ni siquiera se había molestado en recordar mi nombre.

—Si tiene algo más que decir, dígalo ahora —añadió con una sonrisa burlona.

¿Pero qué pretende este tipo? ¿Sacarme de quicio? ¿Provocarme?

—Lo mismo digo —respondí, cruzándome de brazos.

—Tiene razón —contestó Beckett. Señaló la pantalla y agregó—: Su presentación ha sido buena, pero quiero estar a gusto con la empresa con la que vaya a realizar la campaña. Está claro que usted y yo no hemos congeniado.

Una oleada de ira me invadió. Apreté los puños, con los brazos pegados al cuerpo, y repliqué:

—El lema de nuestra agencia es "El cliente siempre tiene la razón", pero no creo que a nosotros nos convenga tenerlo de cliente. Es obvio que estuvo de fiesta hasta tarde y se ha quedado dormido en mitad de mi presentación.

Beckett parpadeó varias veces, luego entrecerró sus ojos, tan oscuros como su cabello. Bien, lo había cabreado.

Pero yo aún no había terminado:

—¿Por qué aceptó esta reunión? ¿Para hacerme perder el tiempo? Un simple aviso de su asistente habría sido suficiente. ¿Es consciente del esfuerzo que he puesto en preparar esta presentación específicamente para su empresa?

—No, y tampoco me importa. Por favor, puede marcharse. Ha sido la presentación menos profesional que he presenciado en mucho tiempo. Rectifico: su presentación fue buena. Es *usted* quien ha demostrado una falta de profesionalidad notoria.

Sentí el golpe de sus palabras.

—No suelo hacer esto, pero hablaré con Josh Alderman. Es el dueño de *MarketingPros*, ¿verdad? —añadió.

Dios mío. ¿Conoce a Josh? ¿Por qué nunca lo había mencionado?

—Le diré que debe tener más cuidado con la gente que contrata. Empleados como usted pueden causar mucho daño a la reputación de la empresa.

No, no, no. ¡Maldita sea! Siempre había sido impulsiva, pero lo de ese día fue una estupidez por mi parte. ¿Por qué no mantuve la boca cerrada y la cabeza gacha?

Dado que probablemente iba a ser despedida y ya no tenía nada que perder, repliqué:

—Sí, por favor, no dude en contárselo todo a Josh. Por otra parte, también somos muy selectivos con nuestros clientes. Buscamos

personas que sepan trabajar en equipo. —Me había venido arriba diciendo la verdad. —Y está claro que usted no es el tipo de cliente que buscamos. Nos abstenemos de colaborar con borrachos.

Beckett se hizo a un lado y señaló la puerta:

—Con esto concluye la reunión, señorita Dawson. La puerta está ahí. Fuera de aquí.

Parpadeé y cogí mis cosas.

Me sentí completamente humillada. Nunca me habían echado de ningún lado.

Y lo cierto es que estaba más enfadada conmigo misma que con él. ¿Cómo demonios había llegado a esa situación? Desconecté mi portátil del proyector y lo guardé en mi bolso. Me había rebajado a su nivel, y no era propio de mí.

Levanté la vista y vi que Beckett seguía allí. ¿Por qué no se marchaba? ¿Estaba esperando a que empezara a llorar? Porque estaba a punto de hacerlo.

Necesitaba salir de allí lo antes posible. Me colgué el bolso al hombro y dudé por un instante. ¿Debería despedirme y darle la mano? No, era obvio que ya no hacía falta ningún tipo de cortesía.

El hombre me había echado de su oficina y, para colmo, Josh me echaría la bronca. Había trabajado muy duro para construir mi carrera y lo había echado todo por la borda… por nada.

Capítulo Cuatro

BECKETT

Entré en mi oficina con Hillary pisándome los talones.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó mientras me sentaba en mi escritorio.

—¿A qué te refieres?

—La señorita Piper…

—¿Ha salido corriendo? —terminé por ella.

—Parecía muy enfadada.

—Es lo menos profesional que he visto en años.

Hillary se tapó la boca con la mano:

—Lo siento mucho, Beckett, debería haberme dado cuenta. Pensé que ella… No importa. —Tras una breve pausa, añadió—: Entonces, ¿elimino su agencia de la lista de candidatos?

—Por supuesto.

—De acuerdo, lo haré.

—¿Qué pasa? —pregunté al ver que cambiaba de postura con nerviosismo.

—Tengo que advertirte, por si acaso, que es probable que te la cruces en el evento de esta tarde.

—¿Qué evento?

Maldita sea. Odiaba la sensación de no dar pie con bola y haber perdido el control de mi vida. ¿Era por la falta de sueño? ¿Cómo demonios hacían los padres con sus hijos? Tenía que hablar con Chad urgentemente.

—El premio a la mejor campaña de marketing. La verdad es que programé la reunión de esta mañana, en parte, porque ella me mencionó que asistiría al evento, y su tono sugirió que podría intentar abordarte allí si no lograba presentarte su propuesta antes.

—No me extrañaría —dije con gruñido.

En general, valoraba la ambición y a quienes luchaban por sus objetivos. La propuesta de esa mujer me resultaba atractiva. Sin embargo, su falta de profesionalidad y su carácter irritante eran decepcionantes. Todavía no podía creer que me hubiera tildado de borracho y fiestero. Se paseaba con aire de suficiencia, creyéndose importante, exhibiendo sus tonificadas piernas en aquel ajustado traje rojo, con esos labios rojos, carnosos y sensuales…

¿Pero qué me pasa? ¿Qué hago pensando en sus labios?

—Después de lo de esta mañana, te aseguro que Piper Dawson no se me acercará —afirmé con tono tajante.

—¿Al menos su presentación fue buena?

—Por desgracia, sí —suspiré—. Ha sido una de las mejores que he visto en mucho tiempo.

—Es una pena que no congeniárais. —Se encogió de hombros—. ¿Quizás podrías contratar a *MarketingPros* y pedir que te asignen otro representante?

Hillary tenía razón. Podría hablar con Josh para ver qué opciones había. *Quizás*.

—¿A qué hora empieza el evento? —pregunté.

—A las cuatro.

—¿Tengo alguna otra reunión hasta entonces?

—No.

—Entonces me voy a casa y trabajaré desde allí. No sé en qué estaba pensando al venir hoy a la oficina.

Quería saber cómo estaba Charlotte. Les había pedido a mis abuelas que me enviaran noticias cada media hora, pero hasta ahora

solo había recibido dos fotos. En ambas estaba durmiendo, lo que me hizo pensar que tendríamos otra noche movidita.

Pero, sorprendentemente, esa idea no me molestaba en absoluto. Mi bebé solo quería dormirse acostada sobre mi pecho, y aunque al día siguiente estuviese como un zombi, la sensación de darle bienestar y seguridad a mi hija lo compensaba con creces.

***

Pasé el resto del día con Charlotte; mis abuelas y Bella insistieron en quedarse en casa. Al principio pensé que no era necesario, pero luego me di cuenta de que me venía bien la compañía.

Por la tarde, estuve a punto de escaquearme del evento, pero yo era el encargado de entregar el premio. No me importaba lo que la gente llegara a pensar de mí, pero no quería hacer nada que pudiera afectar negativamente al apellido LeBlanc. Mantener vivo el legado familiar siempre fue una prioridad, pero ahora, con alguien que un día podría continuarlo, se había vuelto más importante que nunca.

—¿Sabes lo que necesitas? —me preguntó Isabeau después de que acostara a Charlotte en su cuna—. Una mecedora.

—¿Para qué?

—Para sentarte a su lado y mecerla hasta que se duerma. A los bebés les encanta el balanceo.

—¿De verdad? Es una idea genial. ¿Dónde podría comprar una?

Isabeau se rió:

—Ay, Beckett, de todos tus hermanos, pensé que serías el último en tener un bebé.

Yo también me reí. Al salir de la habitación de Charlotte, encendí el vigilabebés que las abuelas encontraron en una de las innumerables cajas que Hillary había comprado y que yo apenas había revisado.

—Yo tampoco imaginé que tendría una hija —confesé mientras caminábamos por el pasillo.

—Sabía que pasaría, pero no así… o no en este orden, para ser más precisa —aclaró Isabeau—. Pero tengo una teoría. ¿Te interesa

oírla?

—Déjame adivinar. ¿Tiene que ver con las lilas?

—Obviamente —dijo con una sonrisa—. Como todas las buenas historias de nuestra familia.

—En otra ocasión, Isabeau. Tengo que irme ya. El evento que te mencioné empieza a las cuatro, y no puedo llegar tarde. Muchas gracias por quedarte hoy. Ya le he pedido al departamento de Recursos Humanos que se ponga en contacto con la agencia de niñeras que me recomendó Chad.

Aunque sabía que no era parte de sus responsabilidades, mis empleados siempre estaban dispuestos a ayudar, y, claramente, necesitaba toda la ayuda posible.

Isabeau apretó los labios:

—No me convence la idea de las niñeras. Celine y yo podemos turnarnos, y tu madre se ha ofrecido a venir todas las tardes.

—¿En serio? —pregunté.

Cielos. Estaba totalmente desorientado; nunca me había sentido tan desconectado y sin control de la situación.

—Sí, claro. Prefiere venir más tarde, como refuerzo por si nos agobiamos. —Isabeau parecía ofendida ante la posibilidad de que se sintieran abrumadas.

—No es mala idea —reconocí.

—Estaré aquí mañana a primera hora. Avísame si necesitas que traiga algo.

—No quiero abusar de ti ni de Celine. Las dos tenéis una tienda y mucho trabajo que hacer.

—Ya nos hemos organizado: mientras una cuida de Charlotte, la otra se queda en la tienda.

Era entrañable que estuvieran dispuestas a tomarse tantas molestias.

—No será por mucho tiempo —les aseguré.

Me gustaba poder contar con mi familia, pero no quería excederme. Cada cual tenía su vida, y debía respetarlo.

—Tengo que irme. Si pasa algo, llamadme —les recordé.

—No pasará nada —contestó Celine, mientras Isabeau y yo entrábamos en la sala de estar—. Sabemos de bebés, Beckett. Os

cuidamos a todos vosotros.

—Y aunque haya pasado más de un siglo —añadió Isabeau en tono de broma—, aún lo recordamos bastante bien.

—Bueno, pero no dejéis de enviarme fotos —pedí.

—Si, Beckett —dijo Isabeau con un suspiro—. Así no habrá niñera que aguante.

—A la canguro le pediré una foto cada diez minutos, y tendrá que hacerlo porque le pagaré por ello —dije con una sonrisa burlona, pero en broma—. A vosotras no os exijo tanto porque sois mis abuelas.

—¡Qué suerte la nuestra! —exclamó Celine con un toque teatral —. Ahora vete, o llegarás tarde.

Al salir del ático, me dirigí sin demora al Warehouse District, donde se celebraba el evento. Durante el trayecto tuve que detenerme en varios semáforos en rojo, momento que aproveché para encargar una mecedora. Me parecía increíble que existieran ese tipo de artículos, pero estaba dispuesto a comprar cualquier cosa que facilitara la vida de mi bebé y la mía.

Al entrar en el local, un antiguo almacén transformado en sala de eventos, un camarero se acercó con una bandeja de copas de champán. Estuve a punto de coger una, pero entonces me di cuenta de que el alcohol no sería un buen aliado. Quería estar alerta en todo momento. ¿Y si tenía que llevar a Charlotte al médico en mitad de la noche?

—¿Tienen algo sin alcohol? —pregunté.

El chico señaló a un camarero al otro lado de la sala.

—Mi compañero tiene zumo de naranja.

—Perfecto. Gracias.

Como si nos hubiera escuchado, el otro camarero se dirigió directamente hacia mí, y cogí un vaso de zumo de la bandeja.

Miré a mi alrededor en busca del anfitrión, pero en su lugar mis ojos se toparon con Piper. Llevaba el mismo traje rojo que vestía en la presentación de esa mañana y conversaba animadamente con una mujer que parecía escucharla con mucho interés.

Tenía el pelo recogido hacia un lado. Su cuello era tremendamente seductor.

Me reí de mí mismo. Solo yo podía estar mirando con deseo a una mujer a la que había echado de mi oficina. Pero una cosa no quitaba la otra, y no podía dejar de admirar a una mujer hermosa.

—Hola Beckett, me alegro de que has venido. —La voz familiar de Gino me sobresaltó. Era el presentador de la ceremonia de entrega de premios todos los años.

Levanté la vista y le estreché la mano:

—Gracias por invitarme. Es un honor para mí entregar este premio.

—Yo diría que el honor es nuestro por contar con tu presencia. Tener aquí a un LeBlanc no es poca cosa; este año tenemos un veinte por ciento más de asistentes, y estoy seguro de que es porque eres el invitado de honor.

Me reí y me encogí de hombros:

—¿Qué quieres que te diga? Los LeBlanc tenemos buena reputación en la ciudad. —*The Orleans Conglomerate* llevaba décadas en el mercado y teníamos un historial impecable en los círculos empresariales—. ¿Quién ha ganado este año?

Empezó a hablarme del ganador, pero el agotamiento me dificultaba prestar total atención.

—… pero tuvimos muchos nominados. —Si hubiera prestado más atención, me habría dado cuenta de que nos dirigíamos directamente hacia Piper—. Como la señorita Dawson.

Ella miró a Gino con una sonrisa, pero se desvaneció por completo cuando me vio. De cerca, no pude evitar notar lo guapa que era.

—Nominada, pero no ganadora. ¿Verdad, señorita Dawson? —pregunté.

Piper tragó saliva y respondió:

—Este año no, pero lo volveré a intentar la próxima edición.

Gino le guiñó un ojo:

—No lo dudo; siempre consigues todo lo que te propones.

—La verdad es que el trabajo duro siempre da sus frutos.

Gino asintió y luego se volvió hacia mí:

—Beckett, me ha llegado un rumor bastante curioso… ¿Has sido padre?

Me quedé paralizado. ¿Cómo demonios se había esparcido el rumor tan rápido?

Le dediqué una sonrisa forzada, y por el rabillo del ojo, vi a Piper echar la cabeza hacia atrás, sorprendida.

—Sí —confirmé.

—¡Enhorabuena, tío! ¿Es niño o niña?

—Una niña —respondí.

—Recuerdo cuando mis hijos eran pequeños, y lo agotado que estaba. Es durísimo pero es la mejor experiencia que un ser humano puede vivir.

—No podrías haberlo descrito mejor —contesté.

Me invadió una sensación de alivio; al parecer no era un completo inepto después de todo. El agotamiento y la falta de sueño eran el pan de cada día de los padres primerizos.

—Lo tenías muy bien guardado. ¿Dónde está tu mujer? —preguntó Gino.

No había más remedio que decir la verdad.

—No tengo mujer… Me ocupo solo de mi pequeña. Se llama Charlotte.

Gino entrecerró los ojos y asintió, entendiendo que no le daría más explicaciones.

—Me alegro mucho. Oye, acompáñame detrás del escenario y te explico cómo será la entrega.

—Perfecto.

—Nos vemos, Piper —se despidió Gino.

Volví a mirarla mientras me alejaba. Parecía en *shock*. Se lo tenía merecido por todas las barbaridades que me había soltado esa mañana.

Tenía los labios rojos entreabiertos, y tuve que hacer un esfuerzo monumental para alejarme antes de que mi imaginación se descontrolara.

Capítulo Cinco

PIPER

Dios mío. ¿Qué he hecho?

Me quedé paralizada, mirando a Beckett y a Gino. ¡Beckett tenía un bebé pequeño! Por eso tenía aspecto de no haber dormido en toda la noche; probablemente no habría pegado ojo. Y yo lo había acusado de… Ni siquiera lo recordaba, pero no fueron palabras bonitas.

No tenía excusa: saqué conclusiones precipitadas y le solté lo primero que pensé porque estaba molesta. Lo había esperado más de una hora y permití que eso me afectara. Maldita sea. En mi defensa, todos los artículos de la prensa decían que Beckett era el más fiestero de los hermanos LeBlanc, y en ninguno se mencionaba su reciente paternidad.

¿Cómo era posible que se encargara solo de un bebé? No tenía sentido, pero no era asunto mío. Era probable que hubiese pasado una noche en vela con su hija, y yo lo había juzgado mal.

Me bebí mi vaso de zumo de naranja, deseando haber pedido champán, pero no me gustaba tomar alcohol en eventos laborales. Me quitaba concentración, y había ido hasta allí para hacer contactos

y, eventualmente, conseguir nuevos clientes. Pero en ese momento solo tenía un objetivo. Necesitaba encontrar a Beckett a solas y disculparme.

Mierda. ¿Cómo es posible que la haya cagado tanto?

A Josh no le había gustado que mi presentación se quedase en nada. Me sentía fatal por todo el asunto y le prometí que conseguiría nuevos clientes esa misma noche. No tenía tiempo que perder, pero eso ahora quedaba en un segundo lugar. Hablar con Beckett era más importante; no porque esperara hacerme con él como cliente, sino porque necesitaba disculparme. Quería que supiera que lamentaba sinceramente lo que le había dicho esa mañana. Como sabía adónde lo había llevado Gino me dirigí a la sala donde se preparaba el presentador.

Había pocas personas y pude ubicar a Beckett enseguida, que estaba charlando con el ganador de ese año. Esperé pacientemente a que terminaran la conversación y me acerqué a él. Le saludé con la mano para llamar su atención y de inmediato giró la cabeza hacia mí. *El traje rojo no falla nunca.*

Le sonreí a modo de disculpa, o al menos eso esperaba. Beckett empezó a caminar en mi dirección, y en cuanto me miró con sus ojos oscuros me puse muy nerviosa.

—Señorita Dawson —dijo—. ¿Ha venido para seguir insultándome?

Respiré hondo y cerré los ojos:

—No. Mire, sobre lo de esta mañana…

—Continúe —dijo con una sonrisa y ladeando la cabeza.

—Lamento todo lo que dije.

—¿Qué parte? —Las comisuras de su boca se elevaron en una leve sonrisa; era evidente que le divertía la situación. Bueno, al menos él no está pasando un mal momento. —Usted tenía razón: me pasé la noche entera empinando una botella… pero se trataba de un biberón con fórmula para mi pequeña.

—Me pasé de la raya y saqué conclusiones precipitadas. Mi comportamiento fue lisa y llanamente inaceptable. Y lo siento de verdad, *muchísimo*. No tenía ni idea de que…

¿Qué se suponía que debía decir? ¿Que las ojeras y el aspecto desaliñado eran el resultado de pasar la noche en vela con un bebé? No sabía cómo decirlo educadamente, de modo que preferí quedarme callada.

Además, no podía creer lo guapo que era Beckett. Por la mañana no habíamos estado tan cerca como en ese momento, y pude fijarme mejor en sus rasgos, como su mandíbula perfecta y su nariz recta.

—No suelo reaccionar así —me justifiqué—. Estaba enfadada porque llevaba una hora esperando y no parecía interesado en absoluto en mi presentación.

Beckett se enderezó, con expresión seria:

—Sobre eso… yo también tengo que disculparme: no recordaba que teníamos una reunión. Tengo la costumbre de revisar la agenda la noche anterior, pero con los últimos acontecimientos… no tuve tiempo.

—No se preocupe. ¿Hay algo que pueda hacer para compensar mi comportamiento de esta mañana?

Por primera vez desde que lo conocí, Beckett me sonrió, y quedé completamente aturdida. Su sonrisa era devastadora. Tenía los labios carnosos y hoyuelos en las mejillas.

Maldita sea, el tío estaba bueno de cojones. Llevaba un traje diferente al de esa mañana; el anterior le quedaba bien, pero este le sentaba perfecto.

—No hace falta. No soy rencoroso, señorita Dawson.

—Piper —dije—. Por favor, llámame Piper y puedes tutearme.

—Genial —asintió.

—Entonces, ¿sin rencores? —pregunté.

—Está todo bien.

—¿Así de fácil? —bromeé, aunque en el fondo temía que no fuera tan sencillo.

Volvió a inclinar la cabeza. Dios, me encantaba esa sonrisa pícara en su rostro.

—¿Pensabas que tendrías que arrastrarte por una disculpa?

Me reí con nerviosismo. No sabía qué decir.

Se pasó la mano por el pelo y añadió:

—Yo también quiero disculparme contigo por cómo terminó la reunión. Normalmente no soy tan desagradable, pero perdí la paciencia.

—Es totalmente entendible —dije, y al ver que él arqueaba una ceja, añadí—: De verdad.

—Eso es lo que pensaba —comentó Beckett entre risas—. Y no te preocupes, no he llamado a Josh.

—No es por eso por lo que he venido a disculparme —expliqué, encogiéndome de hombros—. Puedes contárselo a Josh si quieres. Ya he hablado con él y sabe que estoy arrepentida. Lo único que quería era que supieras que no soy una mala persona.

—No pensé eso de ti.

—Ah.

—Pero eres muy radical a la hora de juzgar a los demás —me dijo, acercándose—. Hay cosas mucho peores.

Sonreí, pero aún me sentía culpable.

—Entonces, ¿cómo puedo compensar mi arrebato?

—No te preocupes —respondió, quitándole importancia con un gesto y volviendo a erguirse—. De hecho, ya que lo mencionas, sí podrías hacerme un favor.

—Dime, por favor. Lo que necesites.

Me acerqué un poco más a él, casi por instinto. Olía muy bien: a jabón. Definitivamente no era perfume ni *aftershave*.

—Te pido que no le cuentes a nadie que soy padre.

Me quedé bastante sorprendida. Era una petición extraña.

—Por supuesto que no. No es asunto mío.

¿De verdad pensaba que lo iría pregonando a los cuatro vientos?

Entonces recordé que el apellido LeBlanc era conocido en la ciudad y probablemente así fue como Gino se enteró. Alguien lo *contó* y la noticia se había difundido.

—No voy a mantener a mi hija en secreto, pero quiero ser yo el que lo anuncie.

—Totalmente entendible —asentí—. Por cierto, enhorabuena. ¿Qué tiempo tiene?

—Nació hace una semana.

Me quedé sin aliento. ¿Y la madre? ¿Le habría ocurrido algo durante el parto? Pobre mujer.

—Debes de estar muy ocupado. Bueno, solo he venido a disculparme, debería irme ya.

En realidad, quería quedarme y preguntarle más sobre su hija. ¿No era raro, considerando el final de nuestra reunión esa mañana? Diez minutos atrás lo tenía por un auténtico cabrón.

Estaba a punto de darme la vuelta cuando dijo:

—Piper…

—¿Sí? —Al levantar la mirada, vi un destello de amabilidad en sus ojos cansados.

—Me gustó mucho tu propuesta.

—Gracias —respondí. Significaba mucho.

Entonces me miró fijamente y me quedé muda. Beckett estaba removiéndome por dentro, y no me lo esperaba. Ojalá hubiese reaccionado así esa mañana en su oficina, pero estaba a la defensiva por haber esperado una hora.

—La presentación estaba muy bien planteada. Te esforzaste mucho más que el resto de agencias de marketing. —Se acercó aún más, casi rozándome el oído—. Incluso más que el ganador del premio de esta noche.

Me reí cuando se apartó. Me encantaba tenerlo tan cerca.

—Gracias por el cumplido.

—Pero, como bien has señalado, me perdí varias veces durante la reunión —confesó, apretando los labios—. Anoche debí haber dormido una hora como mucho, en intervalos de diez minutos.

—Te compadezco, debe ser terrible —respondí, haciendo una mueca de dolor.

—La verdad que sí —confirmó. Un momento después, agregó—: Me gustaría volver a ver tu presentación, si no te importa.

¿Me estaba dando una segunda oportunidad? Era increíble.

—¿En serio? ¡Por supuesto! —exclamé, aunque me contuve enseguida—. Pero, por favor, ten en cuenta que no he venido aquí por eso.

—Lo sé. Lo digo porque aún no he decidido con qué agencia haremos la campaña, y sería una pena perder la oportunidad solo

porque esta mañana no hemos… congeniado.

Beckett sonreía, y yo no podía contradecirlo.

—¿Cuándo quieres que pase por tu oficina? Puedo adaptarme a cualquier horario.

Sería complicado pero haría lo que fuese por una segunda oportunidad.

—Hablaré con mi asistente y veré qué huecos tengo. De hecho, ¿por qué no me das tu número de teléfono? Si surge algún imprevisto, te puedo avisar directamente y no hacerte perder el tiempo otra vez.

—¡Claro!

No podía creer la suerte que tenía de intercambiar números con Beckett LeBlanc. *¡Cuándo se lo cuente a Josh!*

—Perfecto. Estaré en contacto —dijo.

—Incluso puedes llamarme con poca antelación, y allí estaré.

—¿Eres tan complaciente con todos los clientes potenciales? —preguntó, arqueando una ceja.

—No, pero nunca he sido tan desagradable con ellos.

Beckett se echó a reír y yo también. Sus ojos eran aún más juguetones que antes.

—Me gusta la gente que reconoce sus errores, Piper. Y necesito que nos llevemos bien antes de establecer cualquier relación comercial. Creo que con estas disculpas y lo que vagamente recuerdo de tu presentación de esta mañana, vamos por buen camino.

Mi corazón latía a mil por hora. Estaba eufórica ante la posibilidad de trabajar juntos. Y, en el plano personal, también tenía muchas ganas de volver a *verlo*.

Eso sí que no me lo esperaba.

Capítulo Seis

PIPER

Aproveché el fin de semana para adelantar trabajo, aunque con seis clientes, más Beckett, sabía que estaba sobrecargada. Sin embargo, en ese momento, me dirigía al *spa* y dejé de lado todos los pensamientos relacionados con el trabajo. Estaba deseando pasar el día con mi madre.

Me contó lo agotadora que había sido su semana laboral; pero a pesar de su edad, se negaba a jubilarse. Le gustaba su trabajo como directora de ventas en una empresa de logística, aunque últimamente el estrés iba en aumento. Nos hicimos tratamientos faciales mientras ella me daba todos los detalles, para gran molestia de las esteticistas. Más tarde, por fin, se relajó en la sauna.

Lo pasamos muy bien, y supe que había acertado con el regalo de cumpleaños. Al día siguiente dormí hasta tarde y holgazaneé todo el domingo, salvo el rato que le dediqué a terminar algunas cosas relacionadas con el trabajo.

El lunes por la mañana, me sentía llena de energía y optimismo ante la oportunidad de recuperar a Beckett como cliente. Quise darle una alegría a mi madre enviándole una caja de bombones a su

trabajo. Se suponía que la recibiría a las diez pero ya eran las cinco y cinco de la tarde y todavía no tenía novedades de ella. Dos minutos después, recibí un mensaje:

Mamá: ¡Gracias, cariño! Me has alegrado el día.

Sonreí al contestarle:

Piper: Misión cumplida.

No era solo mi madre, sino también mi mejor amiga. Aunque me preocupaba su ritmo de trabajo y quería aconsejarle que se lo tomara con más calma, mi propia adicción al trabajo me impedía hacerlo, pues éramos muy parecidas: *de tal palo, tal astilla*.

Cuando estaba a punto de dejar el teléfono, volvió a vibrar y mi corazón dio un vuelco. Era un mensaje de Beckett:

Beckett: ¿Qué tal si nos vemos mañana por la tarde en la sede?

Abrí inmediatamente mi calendario, cruzando los dedos para no tener nada programado. Tenía muchas ganas de volver a verlo.

Más me vale recordar que el propósito de nuestra reunión es ficharlo como cliente y no el simple placer de verlo.

Estaba muy contenta de tener una segunda oportunidad, por eso tenía el corazón a mil. *O eso quiero creer…*

Vi que tenía una reunión a las cuatro de la tarde, pero podía moverla a la mañana.

Piper: Claro.

Beckett: Me gustaría revisar la propuesta otra vez. ¿Puedes enviármela antes de la reunión?

Piper: Te la enviaré en un rato para que le eches un vistazo. Gracias de nuevo por la oportunidad.

Beckett: No hay de qué.

Piper: ¿Cómo está tu hija? ¿Duerme mejor?

No sé qué me llevó a hacerle esa pregunta, pero pulsé "Enviar" antes de poder arrepentirme.

Me respondió con un emoji de una sonrisa y un mensaje:

Beckett: Creo que lo de dormir no está en mi futuro próximo, pero no pasa nada. Mi bebé me necesita y tengo que atender sus necesidades.

Fue un comentario muy tierno, y ya no volvió a escribirme.

Estaba tan entusiasmada con la inminente reunión que volví a trabajar en la presentación, añadiendo mejoras y otro ejemplo de una campaña que habíamos ideado para ellos, y se la envié.

Sentía en lo más profundo de mi ser que esta vez todo saldría bien.

***

Para mi gran decepción, Beckett me envió un mensaje a las tres de la tarde del día siguiente cancelando nuestra reunión.

Beckett: Piper, siento avisarte con tan poca antelación, pero mi hija no quiere a nadie más que a MÍ. Estoy atrapado en casa con ella hasta nuevo aviso.

Mientras me mordía el interior de la mejilla, se me ocurrió una idea. Quizás era un atrevimiento de mi parte, pero estaba dispuesta a correr el riesgo. Beckett no parecía el tipo de persona que se ofendía por cualquier cosa.

Piper: Si no te importa, puedo ir a tu casa con la presentación. Ahorraríamos tiempo y para mí no supone ningún problema.

Su respuesta fue inmediata:

Beckett: ¡Sería estupendo! Gracias.

¡Vaya, qué rápido había respondido!

Sentí un vuelco en el estómago y el corazón me latía con fuerza. ¡Iba a ir a su casa!

En todos los años que llevaba trabajando en *MarketingPros*, solo había visitado la casa de un cliente en dos ocasiones. Me parecía cruzar una línea profesional y, solo con pensarlo, me invadió una oleada de ansiedad.

Casi al momento, me envió su dirección.

Beckett: Puedes venir cuando quieras. He cancelado todo lo que tenía previsto para el resto de la tarde y me he puesto en modo padre.

Una vez más, mi corazón se aceleró. ¿Por qué demonios sus comentarios sobre la paternidad me resultaban tan irresistibles?

Terminé mis tareas durante la hora siguiente, antes de salir disparada. Tenía mucha curiosidad por ver dónde vivía Beckett. De camino, me detuve en una tienda de bebés para comprar un pequeño sonajero.

Veinte minutos más tarde, me recibió el conserje de un moderno edificio en el centro de la ciudad. Me acompañó hasta el ascensor y pulsó el botón para subir al ático. Sin duda, era el edificio más lujoso en el que había estado nunca.

Al llegar a la última planta, salí del ascensor y giré a la derecha. Como no estaba segura de tocar el timbre opté por enviarle un mensaje:

Piper: Ya estoy aquí. No quiero llamar por si tu hija está durmiendo.

Abrió la puerta al instante, y vi la imagen más tierna del universo: Beckett sosteniendo un bebé diminuto en el pecho. Quizás la niña solo parecía más pequeña en comparación con su gigantesco padre. Esta vez no vestía las camisas de ejecutivo de siempre, sino una simple camiseta blanca que dejaba al descubierto unos bíceps impresionantes. Parecía aún más agotado que la última vez, con pronunciadas ojeras y el pelo revuelto. Y, sin embargo, no le restaba atractivo.

—¡Hola Piper! Gracias por venir.

—¡De nada!

Me emocioné al ver a esa pequeña bebé en sus brazos. Después de cerrar la puerta, me quité los zapatos y lo seguí por el ático.

—Por cierto, te he traído un detalle. Es solo un sonajero para el bebé —dije, sintiéndome algo incómoda.

—Gracias, no hacía falta —respondió con tal amabilidad que me relajó al instante.

—¿Dónde quieres que lo deje?

—Déjalo en el sillón, por favor; más tarde lo llevaré a su habitación.

Mientras lo colocaba donde él me había indicado, comentó:

—Verás que tengo la casa hecha un desastre.

El piso era precioso y muy amplio, y sí, estaba un poco desordenado. Había enseres y productos para bebés amontonados

por todas partes, pero era totalmente comprensible.

—Es lógico que tengas tantas cosas con un bebé en casa.

Beckett se echó a reír tan fuerte que, por un instante, temí que la bebé se despertara, pero no fue así.

Sonrió como si leyera mis pensamientos:

—No te preocupes. Cuando la llevo en brazos, duerme como un angelito, sin importar si me muevo o hablo. El problema es cuando la acuesto.

—¡Vaya! Ya veo.

—Mi abuela Celine me está echando una mano mientras busco una niñera. Pero Charlotte solo quiere estar conmigo.

—Tú eres *su* papá —comenté.

Qué guapo está con su bebé en brazos, ¡madre mía!

—¿Quieres algo de beber?

—Dime dónde está la cocina y yo me sirvo.

—No te preocupes. Me he vuelto un experto en hacer cosas con una sola mano.

—Me imagino —asentí.

—¿Qué te apetece? Tengo un poco de todo.

—¿Qué vas a tomar tú? —pregunté.

—Café. —Al ver que yo apretaba los labios, soltó una carcajada —. No te rías; la vida con un recién nacido no es nada fácil… Se ha pasado el día durmiendo y eso significa que la noche será movida.

—Entonces tomaré un café contigo. Aunque sea tarde, no me afecta al sueño, con todo lo bueno y lo malo que eso conlleva.

—Vale.

Eché un vistazo al salón y pregunté:

—¿Dónde puedo dejar mi portátil?

—En la mesa del comedor —respondió, señalando con la cabeza —: Lo revisaremos todo allí.

Lo dejé en una esquina y lo seguí a la cocina. La bebé empezó a inquietarse en sus brazos; él la sujetó con ambas manos y la meció suavemente. Se calmó en cuestión de segundos.

—¡Qué buen truco! —comenté y me miró con una sonrisa devastadora.

Joder, ¿está mal que me parezca atractivo solo porque lleve un bebé en brazos?

Bueno… no *solo* por eso; Beckett además, era guapo de cojones. Un hombre guapo con un bebé en brazos da como resultado un combo irresistible.

Repito, ¿está mal?

—YouTube es mi nuevo mejor amigo —dijo con una sonrisa.

—A mí también me encantan los tutoriales, no solo como herramienta de marketing, lo uso para todo. Si me explicas cómo, puedo preparar el café.

Tenía una de esas cafeteras complicadas que requerían cierto trabajo. Y como no era gran amante del café, no tenía la más mínima idea del funcionamiento.

—O —comencé, y la emoción me volvió a oprimir la garganta—, puedo coger a Charlotte, si quieres.

—¿Estás segura? —preguntó con los ojos como platos.

—Sí —asentí—. Me encantan los bebés y se me dan bien. Me crié con muchos primos, y siempre he querido tener hijos. Aunque ahora que he cumplido los treinta se me ha pasado un poco la obsesión. —*¡No puedo creer lo que acabo de decir!* Hice una mueca de aflicción —. Perdona. Mi comentario ha estado fuera de lugar.

—Qué va —respondió con una risa, y miró a su bebé—. Podemos intentar que cojas a Charlotte, pero puede que se ponga fastidiosa.

—Vale.

—Bueno… como tienes experiencia con bebés, adelante —dijo, y con sumo cuidado, depositó a Charlotte en mis brazos—. Fijate que la cabeza…

—Hay que sostenerla. Como te he dicho, me encantan los bebés —murmuré—. ¡Oh, qué monada! Es la niña más bonita del mundo.

—Soy su padre, no puedo llevarte la contraria —respondió con un inmenso orgullo y una entrañable ternura en la mirada.

Entonces me centré en la pequeña:

—Hola, Charlotte. Soy Piper. —Le acaricié la frente con el pulgar, luego la nariz y la ceja derecha.

—Me suena haber visto esos masajes en algún que otro vídeo.

—Ya te digo que mis primos pequeños han sido la mejor escuela —dije entre risas.

Charlotte estaba un poco inquieta, pero después de masajear su cejita varias veces, pareció quedarse dormida. Miré a Beckett, que observaba a su hija con los ojos muy abiertos:

—Vaya, tendré que ponerlo en práctica. ¿Puedes hacerlo otra vez?

Me reí:

—Lo haré si se despierta.

—¿Quieres que la coja en brazos?

—¡No! —respondí con vehemencia. No quería soltar ese tierno bebé que tenía en brazos—. Podría despertarse —añadí.

—Vale, voy a preparar el café. Quién sabe cuánto tiempo tenemos.

Beckett se apresuró a preparar las tazas con destreza.

—¿Así que estás buscando una niñera? —pregunté.

—Sí. Toda mi familia se ha ofrecido a cuidar de Charlotte, pero prefiero contratar a alguien. Sé que lo hacen con la mejor intención, pero ellos tienen que seguir con sus vidas.

—Es muy bonito que tu familia se ofrezca a ayudar con los cuidados. ¿Tus padres están jubilados?

La familia LeBlanc era muy conocida en Nueva Orleans, aunque conseguían mantener su vida privada lejos del foco mediático.

—Mi padre y mis abuelos están oficialmente jubilados. Mis abuelas, en teoría, también, pero tienen una perfumería.

—Qué interesante. ¿El negocio forma parte de *The Orleans Conglomerate*?

—No, mis abuelas fueron jefas de cocina toda su vida, y tras su jubilación, decidieron abrir la tienda por su cuenta.

—¡Vaya, eso sí que es espíritu emprendedor!

Toda la familia LeBlanc destacaba por su éxito.

—Me propusieron turnarse para atender la tienda y cuidar a la niña, pero me parece demasiado. Sé lo mucho que disfrutan de su vida y de su negocio. Se llama *Fragrant Delights*, en la calle Dumaine.

—¡La conozco, he ido mil veces! —exclamé, cayendo en la cuenta —. ¡Claro, Celine Broussard e Isabeau LeBlanc! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Son encantadoras y me encantan sus perfumes. De hecho, tengo tres para distintas ocasiones, ¡y cada uno es mejor que el anterior!

—Mis abuelas son muy perfeccionistas, al igual que mi madre.

—¿Y a qué se dedica tu madre?

—Tiene una galería de arte en el Barrio Francés.

—¿Ella tampoco está en el negocio familiar?

—No, mi madre es muy independiente; nunca quiso tener nada que ver con la empresa familiar y siguió su propio camino —dijo con orgullo. Era evidente que adoraba a su familia.

—Entiendo. Entonces, todos están muy ocupados.

—Mis abuelos y mi padre no. Pero, aunque está mal que lo diga, no me los imagino cuidando a un bebé.

—Mi padre tampoco —respondí riendo a carcajadas.

—Por eso prefiero una niñera que pueda trabajar a tiempo completo o parcial. Aún no lo he decidido. De momento, necesito ayuda las veinticuatro horas hasta que consiga organizarme. Así mi familia puede venir cuando quiera, pero sin la obligación de cuidar de Charlotte.

Me sirvió un café. Di un sorbo y comenté:

—Qué rico está.

—Gracias —dijo con una sonrisa—. La verdad es que me sale muy bien.

—Nunca había probado un café con tanto sabor —añadí tras dar otro sorbo—. Puede que me hayas convencido.

Beckett ladeó la cabeza y frunció los labios. Hubiera dado cualquier cosa en ese momento por saber qué pensaba.

—Si yo tuviese un bebé ahora mismo, no me quitaría a mis padres de encima ni con agua caliente —comenté.

—¿Te llevas bien con ellos? —preguntó mientras disfrutábamos del café.

Me encantaba tener a esa cosita en mis brazos. Charlotte era perfecta y me tenía fascinada.

—Mi madre es mi mejor amiga —respondí sin dudar—. Mi padre es básicamente el adulto responsable que evita que nos metamos en líos.

—¿Viven en Nueva Orleans?

—Sí, llevo toda mi vida aquí. Estuve un tiempo fuera en la época de la universidad, fuera del país en realidad, y eché de menos mi tierra todos los días.

—¿Dónde estuviste?

—En Canadá, en la Universidad de Toronto.

Beckett se cruzó de brazos y sus músculos se marcaron aún más. *Guau*.

—No hay ningún sitio como Nueva Orleans, ¿verdad?

—Exacto.

Después de terminar mi café, propuse:

—¿Quieres que revisemos la propuesta ahora?

—Sí, claro —asintió—. Discúlpame, no he tenido tiempo de mirarlo con detenimiento como me hubiera gustado. Solo le he echado un vistazo y he visto que has añadido un nuevo ejemplo de campaña.

—¡Sí! Qué observador —dije en tono de broma. Al menos se dio cuenta de que había hecho un esfuerzo adicional.

—Eres muy dedicada con tu trabajo —comentó.

—Sí, me apasiona. Desde que hice mi primer curso de marketing, supe que era a lo que quería dedicarme.

Beckett aún estaba terminando su café, así que se trajo la taza consigo. Cuando nos sentamos a la mesa, Charlotte empezó a inquietarse. Pensé que se dormiría, pero no. De hecho, empezó a llorar.

—Yo la cojo.

Beckett se levantó y me la quitó de los brazos casi al instante, no con brusquedad, sino con preocupación. La acunó contra su pecho y empezó a mecerla, susurrándole al oído.

—Pese a lo reciente de la situación, eres todo un experto.

Mierda. No podía soltarle algo así a un cliente potencial. ¿Por qué me resultaba tan difícil mantener la profesionalidad?

Me dedicó una extraña sonrisa y comentó:

—Hago lo que puedo.

—Los hijos no vienen con manual de instrucciones —me apresuré a decir—. Y se supone que entre dos adultos es todo más fácil. —Otra vez metiendo la pata. ¿Por qué narices me costaba tanto evitarlo?

—Sí, supongo que sí —dijo Beckett con voz neutra.

—Lo siento, mi comentario ha sido inapropiado. No pretendía hacerte sentir mal ni ponerte en un aprieto.

¡Ay, Dios mío! ¡¿Por qué no puedo quedarme callada?!

La colocó boca abajo sobre su hombro. A ella pareció encantarle y se calmó al momento.

—No te preocupes. No serás la primera ni la última persona que haga un comentario así. No sé cómo todo el mundo se ha enterado que tengo una hija.

—Supongo que será porque los LeBlanc sois muy famosos en Nueva Orleans.

—Es verdad —respondió con una risa.

Charlotte empezó a quejarse de nuevo, así que la cambió de posición y volvió a mecerla en sus brazos. Hice un gran esfuerzo por no mirarlo mientras se alejaba, pero él se giró de repente, y nuestros ojos se encontraron.

—Piper, lo siento. No va a poder ser… No sé cuánto tardará en calmarse.

Apreté los labios antes de contestar:

—Tienes razón. Lo importante es tu hija.

—Creí que podría compaginarlo, pero…

—No te preocupes, no tienes que darme explicaciones —le interrumpí, y me levanté de la silla rápidamente—. Encontraremos otro momento que te venga mejor.

No iba a presionarlo. Aunque Josh insistía en incorporarlo a nuestra cartera, Beckett tenía otras prioridades en ese momento.

—¿Podemos quedar mañana en el *Lucky Bar* del Barrio Francés? —sugirió—. Mis padres vendrán a cuidar de Charlotte, y puedo aprovechar ese rato para reunirnos. Pero, si mi pequeña princesa no me deja ir, te aviso por mensaje.

—Claro. Pero, ¿por qué en un bar?

—He quedado allí con mis hermanos, así que podemos vernos un rato antes para la presentación.

Sí, la presentación… Por eso iremos al bar. Beckett no me está invitando a salir.

—¿Te parece bien? —preguntó al ver que yo no respondía.

—Sí, claro —asentí—. No tengo planes para mañana por la noche.

—Perfecto. Te acompaño a la puerta.

—No hace falta. Tienes las manos ocupadas… literalmente.

Me dedicó otra de sus sonrisas devastadoras:

—Voy a prepararle un biberón. Hasta mañana.

Suspiré mientras me alejaba.

—¿Piper?

Me giré al instante, y volví a sentir esa ternura inmensa al ver a Beckett con Charlotte.

—Gracias —dijo con una voz más dulce, que me derritió por completo.

Me di la vuelta para marcharme, cerrando la puerta con cuidado. Me pregunté si al día siguiente, sin su bebé en brazos, me seguiría causando la misma impresión. Quizás eso le restaría atractivo.

Pero, en el fondo, sabía que no.

Capítulo Siete

BECKETT

—Es adorable —comentó mi madre a la noche siguiente, arrullando a Charlotte. Había estado inquieta hasta que ella la cogió en sus brazos.

—Tienes buena mano con los bebés —dije sin poder ocultar mi sorpresa.

Mi padre se rió:

—Adele es una encantadora de bebés. Cuando erais pequeños, solo ella conseguía calmaros. Ni siquiera vuestras abuelas podían; ella era la verdadera maga.

—Así es. ¿Verdad, mi pequeña? —le susurró mi madre a Charlotte con una sonrisa. Luego levantó la cabeza y dijo—: No sabes lo contenta que estoy, Beckett, estaba deseando tener otra nieta. Y ya que nos has dado todas las instrucciones, ve y despéjate un poco.

—Nos quedaremos todo el rato que haga falta —añadió mi padre —. Sé que tienes previsto contratar una niñera, pero recuerda que estoy jubilado y tengo tiempo para estar con Charlotte…

—Y a mí no me importaría jubilarme para cuidar de mi pequeña —dijo mi madre, volviendo a arrullar a mi hija, que la miraba fascinada.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. Mi madre *adoraba* su galería, era el trabajo de su vida, pero estaba dispuesta a dejarlo todo solo para estar con su nieta.

—Mamá, puedes verla cuando quieras, pero voy a contratar a alguien. Tú tienes tu negocio y Charlotte es mi responsabilidad, no la tuya.

—Lo sé —susurró—. Y no sabes lo orgullosa que estoy de ti por haber dado un paso al frente y hacerte cargo de la situación.

No era la primera vez que me soltaban un comentario de ese estilo y no sabía si tomarlo como un cumplido. Por supuesto que iba a hacerme cargo; era mi hija, y si lo hubiese sabido antes habría tomado cartas en el asunto desde el minuto uno. Elle y yo nunca hubiésemos sido pareja, pero la habría acompañado a las citas médicas y a todo lo relacionado con el embarazo.

—Volveré pronto, mi pequeña —le dije a Charlotte antes de salir.

Sí, había adquirido esa forma de hablar cursi tan característica de los padres. Nunca me lo hubiera imaginado, pero desde que ella había aparecido no lo podía evitar.

Llegué al Barrio Francés poco después. Durante el trayecto me planteé buscar una casa allí ya que era donde pasaba la mayor parte del tiempo, tanto trabajando como saliendo de copas. Aunque últimamente mi tiempo libre era inexistente.

Se me ocurrió una idea mejor mientras me dirigía al *Lucky Bar*: podría mudarme al distrito de Marigny, donde vivía Chad. Estaba bastante cerca del Barrio Francés, las casas eran más espaciosas, y contaban con jardín delantero y trasero.

Eran las seis de la tarde de un miércoles, el bar no estaba completamente lleno, pero había varias mesas ocupadas. De todos los locales de Julian, ese era mi favorito.

Los demás llegarían en una hora, así que tenía tiempo de sobra para reunirme con Piper. A pesar de lo exhausto que estaba el día anterior, la imagen de ella con mi hija en brazos me afectó de una manera inexplicable. Vivía en una nebulosa constante, pero estaba

empezando a aceptar mi nueva normalidad y mi poca claridad mental. Nuestra interacción de esa noche en el bar sería breve y profesional. Más me valía, porque no tenía tiempo para complicaciones.

Entonces vi a Piper junto a la barra. Estaba de piernas cruzadas, llevaba tacones rojos y se balanceaba al ritmo de la música. Sus piernas parecían interminables.

Estaba impresionante y no podía dejar de mirarla. El día anterior me había resultado más fácil controlarme porque estaba muy ocupado con Charlotte. Pero esa noche era diferente. Era un hombre soltero, ¿qué había de malo en disfrutar de la vista de una mujer tan atractiva?

Que era un *padre* soltero. Ya bastante tenía con lo mío y estaba decidido a darle lo mejor a mi hija. Y eso significaba que por un tiempo no podría liarme con nadie.

Siempre me había burlado de Chad, que había estado años sin salir con nadie tras divorciarse de su esposa dedicándose por completo a la crianza de su hija, pero ahora empezaba a entenderlo.

Me acerqué directamente a Piper, observándola mientras bebía un *Sazerac*[1]. Ella aún no se había percatado de mi presencia.

—¿Está ocupado este asiento? —pregunté.

—Hola, Beckett —me saludó con una sonrisa—. Creo que está libre, puedes sentarte. —Y señalando al taburete justo al lado, añadió en tono juguetón—: Este también está libre.

—Parece que la suerte me sonríe.

Ya tenía su ordenador portátil sobre la barra.

—Este *Sazerac* es, sin duda, el mejor de la ciudad, y mira que he probado unos cuantos. Pensé que todos estos diplomas eran puro cuento —dijo, señalando los certificados que adornaban las estanterías de la barra—, pero es verdad.

Le sonreí:

—Mi hermano es un auténtico perfeccionista.

—Como toda tu familia, ¿no?

—Exacto. El lema familiar "Hagas lo que hagas, tienes que hacerlo bien", se nos ha quedado grabado a fuego.

Le hice una seña al camarero. Ni siquiera tuve que decirle lo que quería: me sirvió un *Sazerac* en un abrir y cerrar de ojos. Sería mi única copa de la noche; quería estar completamente lúcido cuando volviera a casa.

—Bueno, te escucho —dije después de dar un sorbo.

—Claro.

Piper se enderezó, apartó la bebida y abrió su portátil con gesto profesional.

Desde donde estaba sentado, no pude evitar ver su escote. Tuve que obligarme a desviar la mirada hacia la pantalla.

Nada de flirtear, cero coqueteo, esto es una reunión de negocios y nada más.

Iba a tomarlo como una reunión de trabajo, porque eso era lo que era.

Me explicó pacientemente cada diapositiva durante los siguientes veinte minutos. Una vez terminada la presentación, se giró hacia mí. El carmín de sus labios se había desvanecido un poco, pero seguían siendo carnosos, naturales e increíblemente tentadores.

—¿Tienes alguna pregunta?

Se me ocurrieron un millón: ¿Tenía pareja? ¿Estaba soltera? ¿Qué planes tenía para después?

Respiré hondo. Ninguna de esas cosas me incumbía. Había dejado atrás mi época de mujeriego.

Me aclaré la garganta y respondí:

—Sí. ¿Por qué os interesa trabajar con nosotros?

—Porque todas las empresas del *Orleans Conglomerate* gozan de una reputación y prestigio admirables. Sois líderes en vuestros respectivos sectores y nos gustaría ayudaros a mejorar y expandir vuestro negocio, conseguir nuevos clientes, y contribuir a mantener el legado familiar.

Me acerqué a ella:

—Me suena a respuesta ensayada. *De verdad*, ¿por qué queréis trabajar con nosotros?

Ella se rió con timidez y contestó:

—Lo he dicho en serio; a mí personalmente me encantan todos vuestros negocios. De pequeña, mis padres me llevaban a las

panaderías *LeBlanc-Broussard* todos los domingos. —Se notaba que estaba siendo sincera—. Sois parte del ADN de esta ciudad e impulsáis el sector. Sería un honor para mí participar de las campañas publicitarias de cualquier forma. De hecho, mi anuncio favorito de niña era aquel en el que un hombre pierde a su perro y empieza a buscarlo por todas partes. Al final, lo encuentra en una de vuestras panaderías porque el perro sabe dónde compra el pan a diario.

—Tienes muy buena memoria. También es uno de mis anuncios preferidos.

Sus ojos se llenaron de una tierna nostalgia, como si estuviera recordando un momento de su infancia. Ese era justo el tipo de campaña que necesitábamos.

—Quiero crear publicidad que llegue al corazón de la gente —continuó Piper. Realmente le apasionaba su profesión.

Y en ese instante, tomé la decisión:

—Dile a Josh que *MarketingPros* está contratada.

—¿En serio? ¡Qué buena noticia! —exclamó con una sonrisa radiante y entrelazando las manos—. Te aseguro que no te vas a arrepentir. No sabes la cantidad de ideas que se me han ocurrido y que aún no te he enseñado.

Tras una breve pausa, inquirí:

—¿Serás tú nuestra persona de contacto?

—Sí, por supuesto. Estás en mi cartera de clientes —respondió con orgullo—. Iré a tu oficina o donde te convenga. Trabajaremos codo a codo hasta tener una idea más clara de lo que quieres y necesitas exactamente.

Esto podría ser un problema; verla tan a menudo dificultaría ignorar lo increíblemente guapa que era. Pero quizá sería un buen ejercicio para mí. Tenía que dejar de fijarme en las mujeres, y punto.

Lo curioso era que, desde la llegada de Charlotte, Piper era la única que me había llamado la atención.

La idea de Chad sobre la abstinencia sexual me parecía cada vez más plausible.

—Nuestro propio equipo de marketing trabajará contigo estrechamente, aunque yo también quiero involucrarme. Hace

tiempo que no lanzamos un anuncio que funcione bien.

—Nuestra campaña será un éxito. Tengo un buen presentimiento.

Llevaba puesta la camiseta de la empresa y su entusiasmo era contagioso; justo lo que necesitábamos.

—Me encanta tu confianza —respondí sonriendo.

—Adoro mi trabajo… no hay más. Y estoy dispuesta a dedicarle las horas que sean necesarias para que todo el mundo esté satisfecho con el resultado. —Dio otro sorbo a su *Sazerac* y añadió —: Madre mía, qué rico está. Pero apenas comí una *muffuletta*[2] de Central Grocery, y tengo el estómago prácticamente vacío.

—Es la favorita de mi madre. Pero no, no cuenta como cena.

—Lo sé —respondió con una tímida sonrisa.

Hice una seña al camarero y le pregunté al acercarse:

—¿Podrías traernos algo de comer?

Piper dio un pequeño grito ahogado.

—Claro. ¿Qué les apetece? —preguntó.

Miré a Piper y dije:

—Tú eliges.

—¿Podría ser un *po'boy*[3]?

—Lo mismo para mí —añadí.

—Enseguida.

El camarero se marchó para hablar con un ayudante que, segundos después, se quitó el delantal y salió del bar a toda prisa.

—¿Cómo has conseguido eso? —preguntó Piper, volviéndose hacia mí.

—¿Recuerdas que conozco al dueño? —sonreí con aire burlón—. Tengo algún que otro privilegio.

—¿De qué privilegios estás hablando, hermano? —intervino Julian, acercándose a nosotros—. No puede ser que mi camarero tenga que hacerte los recados. —Luego se fijó en Piper y la saludó —: ¡Buenas!

—Julian, te presento a Piper Dawson. Vamos a trabajar con su agencia en nuestra próxima campaña.

—Encantado de conocerte. Soy Julian LeBlanc —se presentó, extendiéndole la mano.

—El placer es mío —respondió Piper.

—Si has logrado convencer a mi hermano es que debes ser muy buena. Ha rechazado muchísimas propuestas —comentó, poniendo los ojos en blanco.

—La de Piper es, con diferencia, la mejor —aseguré con total sinceridad.

Julian señaló el portátil sobre la barra:

—¿Habéis cerrado el acuerdo aquí? Vaya, creo que es la primera vez que veo una reunión de negocios en mi bar, Beckett.

—Mi agenda es bastante impredecible desde que tengo a Charlotte. Y Piper fue muy amable al aceptar reunirse aquí.

Julian asintió, comprensivo.

—No hay problema —dijo Piper, añadiendo—: Avísame si otro día necesitas que vuelva a pasar por tu casa.

Mi hermano levantó las cejas, sorprendido, pero se contuvo de hacer un comentario. Sabía exactamente lo que pensaba y que después me daría la lata por ese comentario.

—Y para responder a tu pregunta inicial —lo interrumpí—, tu empleado nos va a traer dos bocadillos.

—¿Se puede comer aquí? —preguntó Piper.

—Piper, en mi familia nunca pedimos permiso —contesté, guiñándole un ojo.

—Es verdad, solo pedimos perdón —confirmó Julian entre risas.

—¿Y si otros clientes también quieren pedir comida? —preguntó Piper.

—Les diré que ha sido una excepción —respondió Julian, guiñando un ojo.

Mi hermano parecía tan relajado como siempre. Me dio una palmada en el hombro y anunció:

—Bueno, voy a ver cómo van las cosas. El resto llegará dentro de un rato.

—¿Quién más viene? —pregunté.

—Los cinco —respondió Julian con indiferencia.

—¿Los cinco? —interpelé, arqueando una ceja.

—La situación lo requería.

Y por "situación", sabía que se refería a la llegada de Charlotte. La reunión iba a ser, cuanto menos, entretenida.

Me volví hacia Piper justo cuando el camarero regresó con nuestros *po'boys.*

—Muchas gracias —le dije, tras darle una generosa propina.

Piper empezó a comer sin más rodeos.

—Vaya, estaba muerta de hambre.

—¿Solo has comido una *muffuletta* en todo el día? —pregunté, después de tragar un bocado.

Yo tampoco recordaba cuándo había comido por última vez. En esos días, mi prioridad absoluta era dormir un poco, y la comida había pasado a un segundo plano.

—Puede que haya sido lo único, sí —confesó Piper.

—¿Tienes algún otro plan para esta noche? —Quería que se quedara y saber más sobre ella, pero había quedado con mis hermanos.

—Voy a visitar a mis padres.

—¿Los ves a menudo?

—Sí, al menos una vez a la semana. A esta hora es probable que ya hayan cenado, pero puedo caerles con algún postre, que les encanta a los dos. Y a mí también me flipan las cosas dulces. —Su sonrisa era amplia y genuina. Su autenticidad me había llamado la atención desde el primer momento. Piper era frontal y transparente, incluso a la hora de hacer negocios.

—¿Cuáles son tus dulces favoritos? —pregunté, después de darle un mordisco a mi bocadillo.

—Los pralinés[4] —respondió sin dudar.

—¿Alguno en especial?

—Me gustan todos. —Al verme sonreír, preguntó—. ¿Qué pasa?

—Nada.

Casualmente, Bailey, la prometida de Xander, hacía los mejores pralinés de Nueva Orleans y pensaba guardarme esa carta bajo la manga.

—Venga ya, está claro que tienes algo en la punta de la lengua pero no me lo quieres decir.

—Vale, me has pillado. Pero no puedo decírtelo ahora.

—No puedes dejarme así con la intriga.

Piper no se hacía una idea de *lo mucho* que me apetecía seguir coqueteando con ella.

—No me esperaba eso de ti —murmuró.

—Puede que te tenga preparadas algunas sorpresas. Pero ten paciencia: últimamente no estoy funcionando a mi ritmo habitual.

—Ya veo. Estaré esperando esas sorpresas.

—Joder, sí —solté sin pensar.

Piper se quedó desconcertada: inmediatamente bajó la mirada hacia su copa y se humedeció los labios. ¿Se habría dado cuenta de que había cruzado la línea profesional?

—¿Cuándo debería ponerme en contacto con tu equipo?

—Hablaré con ellos para que se comuniquen contigo pronto. —Me enderecé, procurando no acercarme demasiado a ella.

De reojo, vi a mis hermanos observándonos. *¿En qué momento habían llegado?* Miré el reloj y vi que era la hora en la que habíamos quedado. Genial, estaban a solo unos pasos, mirándonos a Piper y a mí.

—Ya ha llegado el pelotón al completo.

—¿Eh? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

Pero no tuve oportunidad de explicarle nada porque Chad se adelantó.

Me aclaré la garganta y comencé:

—¡Buenas, familia! Os presento a Piper Dawson: se encargará de gestionar nuestra próxima campaña publicitaria para las panaderías.

Chad pareció aliviado.

¿Qué demonios? ¿Estaba pensando que estaba ligando con una clienta? ¿Y por qué me molestaba, si había sido mi pan de cada día durante toda mi vida adulta?

—Encantado, soy Chad. —Le tendió la mano a Piper—. Yo estoy al mando de los restaurantes.

—Y estos son mis otros hermanos —continué cuando se acercaron—. Xander es el director financiero de *The Orleans Conglomerate*.

Xander seguía mirándome con desconfianza, probablemente intentando averiguar mis intenciones con respecto a Piper. *Cría fama y échate a dormir.*

—Anthony se ocupa de la gestión de las salas de conciertos, y Zachary —señalé a mi último hermano mientras le estrechaba la mano a Piper—, es el director ejecutivo de la división de transporte marítimo.

—Encantada de conoceros a todos —dijo Piper, y luego se volvió hacia mí—. Me voy, muchas gracias por el bocadillo. Esperaré a que tu equipo se ponga en contacto conmigo.

Se bajó del taburete y no pude evitar fijarme en sus piernas cuando su vestido se subió ligeramente. Trabajar con ella no sería nada fácil. Tendría que pedirle a Chad algunos consejos sobre la abstinencia sexual. De alguna forma, logró sostenerlo durante unos años. Pero claro, mi hermano nunca había sido un mujeriego empedernido como yo.

Me quedé mirando a Piper hasta que salió del bar y me di cuenta de que todos mis hermanos me estaban observando.

Me han pillado.

---

1 Nota de la Traductora: El *Sazerac* es un cóctel clásico de Nueva Orleans, proclamado bebida oficial de la ciudad. Se elabora con coñac o whisky de centeno, absenta, azúcar y amargos de *Peychaud.*

2 Nota de la Traductora: Una *muffaletta* es un bocadillo de origen siciliano, muy popular en Nueva Orleans, relleno de fiambres, quesos y encurtidos.

3 Nota de la Traductora: El *po' boy* es un bocadillo tradicional de Nueva Orleans, compuesto normalmente de camarones rebozados, servidos en una baguette francesa, con tomate, lechuga y mayonesa.

4 Nota de la Traductora: El praliné es un dulce característico de la gastronomía francesa, que se ha vuelto muy popular en Nueva Orleans. Suele llevar nueces pecanas y caña de azúcar.

Capítulo Ocho

BECKETT

—¿Qué? —pregunté, mientras Chad y Anthony tomaban los taburetes junto a mí.

—Tenemos curiosidad por Piper, hermano —respondió Chad—. Es un lugar bastante extraño para una reunión de negocios.

—Ya te digo —dijo Julian, para echar más leña al fuego. Acaba de acercarse pero había escuchado todo.

—Pensé que así mataría dos pájaros de un tiro. Tomaría una copa y…

—¿Y de paso tontear con Piper, como de costumbre? —me interrumpió Chad.

—No me gusta lo que insinúas. Ya os he explicado por qué la he citado aquí. ¿Por qué me estáis dando la lata?

Chad carraspeó:

—Pensábamos que, ahora que tienes a Charlotte, cambiarías tu *modus operandi*.

—¡Pero no estaba ligando con ella!

—No somos ciegos —dijo Xander—. Es evidente que te gusta.

No tenía sentido mentir a mis hermanos.

—Es una mujer atractiva, por supuesto que le he echado el ojo.

Chad resopló al escuchar mi respuesta. Incluso Anthony negó con la cabeza y dijo:

—Hermano, no soy nadie para decirte qué está bien o qué está mal, pero deberías replantearte tus prioridades.

Vaya Anthony, quién te ha visto y quién te ve. Esperaba un comentario así de Xander, Chad e incluso de Zachary, pero no de él. Tenía que reconocer que Anthony había cambiado desde que conoció a su alma gemela… para mejor, al igual que todos mis hermanos.

Pero en ese momento me estaban sacando de quicio.

—No estoy tonteando con Piper, gilipollas. Ayer teníamos una reunión de negocios, pero Charlotte estaba muy demandante, no pude salir de casa, y ella tuvo la amabilidad de ir hasta allí. Pero eso tampoco funcionó porque mi bebé no paraba de quejarse. Así que le pedí a Piper que viniera aquí esta noche ya que tenía previsto reunirme con vosotros. ¿Satisfechos con mi explicación? —concluí con sarcasmo.

—Entonces —insistió Xander, entrecerrando los ojos—: ¿No estabas ligando con ella hace un momento?

—¡No! —repliqué exasperado, y carraspeé—. Aunque me moría de ganas. —Me volví hacia Chad y añadí—: Tenía pensado pedirte algunos consejos sobre el tema de la abstinencia sexual. ¿Cómo lo conseguiste?

Mis hermanos se echaron a reír. Chad, sin embargo, se quedó serio y respondió:

—Intenté ponerme en el lugar de Bella para ver cómo se sentiría si me viese con una mujer diferente cada dos por tres.

—Yo no soy así —negué con la cabeza—. Jamás le presentaría a nadie. Además, Charlotte acaba de nacer.

—Los niños crecen más rápido de lo que crees, y ven y oyen más de lo que te imaginas.

Anthony me puso una mano en el hombro:

—Hermano, eres un *crack* y sabemos que cuando te propones algo, lo consigues. Pero no te veo capaz de hacer un voto de castidad.

La verdad, yo tampoco me veía.

—Solo era una idea —admití.

—Mira, no queremos meternos —dijo Zachary con su su habitual calma—. Pero ten en cuenta que ahora las cosas son diferentes.

—¡¿Crees que no me he dado cuenta?! Soy responsable del bienestar de Charlotte, y cada decisión que tomo lo hago pensando en qué es lo mejor para ella. Apenas llevo diez días como padre, ¿me podéis dar un respiro?

Aunque Zachary parecía querer seguir discutiendo, dijo:

—Claro. Pidamos algo de beber.

Algunos se sentaron en las sillas libres, pero Anthony se quedó de pie a mi lado.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó.

—Con mucha fuerza de voluntad, considerando lo poco que duermo.

—¿Cómo va la búsqueda de la niñera? —preguntó Chad.

—La agencia que me recomendaste prometió enviarme a alguien la semana que viene. ¿Cómo demonios te las arreglaste sin niñera con Bella?

—Bella era mucho más mayor cuando Sarah y yo nos divorciamos. Ya iba a la guardería, tenía una canguro a media jornada y pude apañármelas bien. Y con Simone, tuvimos una niñera desde el principio porque Scarlett no quería dejar su trabajo.

—Claro —asentí.

—Isabeau y Celine me dieron una gran mano con Bella, pero no con Simone. Están…

—Mayores —terminé por él, y todos mis hermanos se rieron.

—Que no salga de aquí. Como se enteren nuestras abuelas que las hemos llamado viejas se va a liar parda —dijo Anthony.

—Totalmente —coincidí, riendo.

—Si necesitas algo, dímelo —insistió Chad.

—Te lo agradezco, hermano.

No se imaginaban lo mucho que significaba para mí. Siempre había estado muy unido a mi familia, pero nunca antes había necesitado ayuda de verdad. Estaba muy agradecido de que todos me apoyaran incondicionalmente.

—Bueno, volviendo a Piper… —dijo Xander.

Le interrumpí con un resoplido:

—Estaba intentando cambiar de tema, por si no te habías dado cuenta.

—Claro que me he dado cuenta —asintió Xander—. Y por si no ha quedado claro: liarte con alguien en este momento es lo último que necesitas.

—Gracias por la advertencia. Lo tendré en cuenta —le aseguré, y no lo decía con sarcasmo—. Todavía estoy asimilando lo que está pasando, pero ya os digo que mi etapa de mujeriego ha quedado atrás. —Charlotte era mi prioridad absoluta y quería que tuviera una infancia feliz—. Ya me siento suficientemente culpable por la madre que le ha tocado.

—Lo harás genial —dijo Chad—. Ahora, creo que podemos tomarnos otro *Sazerac*.

—¡Del tirón! —aplaudí.

Capítulo Nueve

PIPER

A la mañana siguiente, Josh irrumpió por todo lo alto en mi oficina.

—¡Sabía que lo lograrías, Piper! —exclamó—. Estoy muy orgulloso de que hayas fichado a Beckett LeBlanc.

—Gracias, pero que sepas que él ha cambiado de opinión por propia iniciativa. —No quería atribuirme méritos que no me correspondían.

—Tú sigue así y avísame si surge algún problema.

—Claro, Josh.

—Oye, si necesitas más gente en la campaña…

—Tranquilo Josh —le interrumpí—, estoy bien. Si necesito algo, te lo diré.

—Sé que lo tienes controlado, Piper. Eres la caña. —Sonrió—. Bueno, me voy. Tengo que darle mi toque personal a otra campaña.

Me sorprendió su comentario, porque mi jefe no solía participar del proceso creativo.

Después de que se marchara, me centré en mi trabajo. Aunque la mañana había empezado con buen pie, el resto del día fue un

caos absoluto. Estuve muy liada apagando varios incendios con algunos clientes.

Después del almuerzo, recibí un correo electrónico del departamento de marketing de *LeBlanc-Broussard* con copia a Beckett, para concretar una fecha en la que pudiese ir a la oficina y conocer a todo el equipo. Elegí un día sobre el final de la semana para poder prepararme y revisar mi propuesta a fondo.

Después de responder, un mensaje de texto me llamó la atención y me hizo sonreír. Era de Beckett.

Beckett: Muchas gracias por haber ido al bar. Espero que mis hermanos no te hayan agobiado.

No entendía a qué venía ese comentario si habían sido de lo más educados.

Piper: ¿Agobiado? Si solo se presentaron.

Empezó a redactar la respuesta, pero debió de cambiar de opinión porque no recibí nada durante unos minutos. Un rato después me llegó su mensaje.

Beckett: Menos mal. A mí me volvieron loco.

Piper: ¿Por qué?

No respondió. Tenía ganas de llamarlo, pero tampoco sabía qué decirle. Además, podría estar en una reunión.

Mejor vuelvo a mis asuntos.

Unos segundos más tarde, mi teléfono sonó de nuevo, y por supuesto, olvidé por completo lo que tenía que hacer y me puse a leer el mensaje que venía acompañado de una foto. Dios mío. Beckett había enviado una *selfie* con Charlotte acurrucada contra su hombro.

Beckett: No me hagas caso. Sigo sin pegar ojo. ¿Qué tal tu día?

Seguía derritiéndome mientras miraba la foto.

Piper: Con algunos líos en la oficina, pero todo bajo control.

Beckett: Eres muy buena en tu trabajo.

Me resultaba increíble que aquel hombre tan sexy y adorable con su hija en brazos me hiciera un cumplido. No era de extrañar que tuviera mariposas en el estómago.

Joder, tenía que empezar a salir con alguien aunque no me apeteciera lo más mínimo. Habían pasado dos meses desde la última cita; mi madre me organizó una salida con un amigo de un amigo, pero quedó en la nada. Para ser sincera, no me entusiasmaba ni un pelo.

Tenía varias aplicaciones de citas en mi teléfono, pero en vez de abrirlas, volví a la foto de Beckett. *¿Se puede ser más guapo y tierno a la vez?*

Decidí enviarle otro mensaje.

Piper: Muchas gracias por el *po'boy*. Estaba delicioso y combinaba muy bien con el *Sazerac*. Me salvó de que el alcohol se me subiera a la cabeza.

Beckett: Tranquila, yo me habría ocupado de ti.

Me humedecí los labios mientras imaginaba su tono coqueto.

Piper: ¿En serio? ¿Cómo exactamente?

No entendía por qué no estaba poniendo fin a esa conversación. Tenía mucho trabajo pendiente pero no podía soltar el teléfono.

Beckett: Habría esperado un Uber contigo y me habría asegurado de que llegaras a casa sana y salva.

No sabía si él estaba coqueteando, pero yo me estaba derritiendo.

Piper: Habría sido muy caballeroso de tu parte.

Beckett: Así es como nos comportamos los hombres del sur.

Piper: No lo sé. Por mi experiencia con las aplicaciones de citas, me parece todo lo contrario.

En cuanto lo envié, me arrepentí. Beckett era mi cliente y ese comentario estaba fuera de lugar. Pulsé sobre el mensaje con la intención de borrarlo, pero él respondió antes de que pudiera hacerlo.

Beckett: No creo que eso nos represente en absoluto.

En lugar de poner fin a la conversación, le respondí con una sonrisa.

Piper: Pues yo creo que define a la perfección al sector masculino que utiliza aplicaciones de citas.

Beckett: ¿En serio? ¿Crees que esas plataformas son para buscar algo serio?

En lugar de responder, abrí una de las aplicaciones, busqué su nombre y ¡menuda sorpresa! Beckett tenía un perfil. No sé qué me empujó a hacerlo, pero le envié un mensaje a través de la misma.

Piper: ¿Qué haces TÚ en esta aplicación?

A juzgar por la cantidad de fotos de penes que tenía en mi bandeja de mensajes, sabía exactamente qué buscaban los usuarios. Pero cuando una amiga encontró a su alma gemela por internet, me animó a probarlo. Aunque lo cierto era que ya hacía años había perdido la esperanza de encontrar al gran amor de mi vida.

Activé las notificaciones para ver si Beckett me respondía y cerré la aplicación. El ícono de mensajes no leídos se iluminó inmediatamente, así que la volví a abrir.

Beckett: Es la costumbre. Debería dar de baja mi usuario, está claro que no lo voy a usar en un futuro próximo.

Piper: ¿Por qué no?

Beckett: Quiero centrarme en mi hija y ordenar algunos aspectos de mi vida.

Volví a derretirme. *¿Acaso esto es normal?*

Piper: Es admirable de tu parte.

Beckett: Yo diría que es lo mínimo que puedo hacer. En tu perfil dices que buscas a alguien con quien pasar un buen rato. ¿Qué significa eso exactamente?

¿En serio estoy teniendo esta conversación? Mi parte racional me decía que lo dejara ya mismo, que saliera de la aplicación, o mejor aún, que la borrara. Pero mi instinto me alentaba a lo contrario. Así que, en lugar de llamarme a silencio, respondí.

Piper: Alguien que me haga reír, y que le guste explorar la ciudad tanto como a mí.

Luego añadí una tercera cosa que nunca antes había pensado.

Piper: Y que sea detallista.

Salí de la conversación y revisé su perfil. No tenía ningún tipo de información. Volví a los mensajes y sonreí al leer su respuesta.

Beckett: No creo que estés pidiendo demasiado.

Piper: ¿Por qué te interesa tanto?

Decidí subir aún más la apuesta.

Piper: ¿Acaso tienes a algún amigo que cumpla mis criterios?

Beckett: Quizás.

Mi corazón se puso a mil y sentí un cosquilleo en la yema de los dedos.

No podía estar coqueteando con mi cliente, que además, era padre de una criatura. Me parecía completamente fuera de lugar. Pero tampoco podía parar. Llevaba apenas diez minutos conversando con Beckett, pero parecía mucho más, como si el tiempo se hubiera detenido por completo durante esa conversación.

Piper: No pones nada en tu perfil. ¿Cuáles son tus requisitos?

Beckett: ¿También quieres presentarme a una amiga?

Me estaba poniendo en un aprieto. Decidí seguirle el juego y darle la misma respuesta ambigua.

Piper: Quizás.

Dejé el teléfono rápidamente para responder a un correo electrónico que tenía como asunto "Urgente" de un cliente al borde del colapso. Le envié una breve respuesta, asegurándole que lo tenía todo bajo control. Mientras tanto, no dejaba de mirar mi teléfono.

Beckett no respondió durante un rato. Quizás, y a diferencia de mí, había entrado en razón. Entonces apareció un mensaje largo.

Beckett: 1) Sincera y que no oculte nada. 2) Dispuesta a vivir aventuras. 3) Que le gusten los niños (nunca pensé que escribiría esto).

¡Madre del amor hermoso! ¡Yo cumplía los tres requisitos!

Me mordí el labio. Antes de seguir adelante, necesitaba saber qué había ocurrido con la madre de Charlotte.

¿Seguir adelante? ¡Pero si es mi cliente!

Josh lo desaprobaría por completo, y no quería contrariar a mi jefe. Sería complicarme la vida.

Piper: ¿Me puedes explicar un poco lo de la sinceridad?

No sabía qué respondería pero ese requisito me llamó la atención. Podría salir por la tangente o darme una respuesta

genérica en plan "La sinceridad ante todo". Pero no me parecía un dato irrelevante.

Beckett: Charlotte es el resultado de un rollo de una noche. Su madre nunca se puso en contacto conmigo durante el embarazo, y tenía pensado darla en adopción. Por suerte, su mejor amiga me llamó para ponerme al tanto.

Me quedé sin palabras. Era lo más atroz que había oído en mi vida, no podía creer que alguien fuera capaz de hacer algo así. Me puse una mano en el pecho y la deslicé lentamente hasta el cuello.

Piper: Beckett, lo siento mucho. Debe ser muy duro.

Beckett: Yo también tengo parte de culpa. Nunca volví a contactar con ella después de enrollarnos.

Intenté ponerme en el lugar de esa mujer; por supuesto que no debería haberle gustado, pero no era motivo para ocultar al bebé. Era una barbaridad.

No me entraba en la cabeza que no quisiera criar a su hija. Yo sería incapaz de hacer algo así, sin importar las circunstancias.

Pobre Charlotte. No podía imaginar cómo sería crecer sin una madre.

Para mi sorpresa, Beckett me llamó un segundo después. Mejor así; era un poco extraño tener esa conversación a través de una plataforma de citas.

—Hola —respondí, sin saber muy bien qué decir.

—Piper, ¿te parece bien que te llame?

—Sí, claro.

Suspiró y dijo:

—Siento haberte soltado todo eso.

—Fui yo quien preguntó.

—Aun así, esa no es forma de empezar una relación laboral.

Relación laboral… Menuda bofetada de realidad.

—Tienes razón. Haré de cuenta que no ha pasado nada.

—¿Así de fácil?

—No, pero tendré que fingir. Lo que no puedo disimular es mi indignación con esa mujer. Siento mucho que Charlotte vaya a crecer sin su madre. —Apreté los labios—. Y ahora que ya lo he dicho, haré de cuenta que no sé nada.

—Gracias por ser tan comprensiva, Piper. —La voz de Beckett era más suave que antes—. Y por indignarte en nombre de mi hija.

Era evidente que ninguno de los dos quería cambiar de tema todavía.

—También por lo que te ha tocado a ti.

Beckett se echó a reír:

—Estoy cosechando lo que sembré, y lamentablemente mi hija está pagando por mis errores.

—Beckett, ella está rodeada de amor. Y por lo que me has contado, tu familia también se encargará de darle todo el cariño del mundo. Ahora… volvamos al tema.

Tenía que centrarme, aunque lo único que quería era seguir charlando sobre él y Charlotte.

—Tu equipo me ha proporcionado la información que necesitaba. Iré a la oficina con todo preparado —continué.

—Estoy deseando que comience oficialmente la campaña. —Su voz cambió por completo. Era profesional, sin rastro de la ternura de antes.

—¿Tú también estarás implicado en el proceso?

—Por supuesto. Es muy importante para nosotros, y quiero ser partícipe de todos los aspectos.

—Claro. —Por alguna razón, había dado por sentado que trabajaría en estrecha colaboración con su equipo y que él solo estaría al tanto de forma superficial, al igual que Josh—. Bueno… nos veremos en la oficina, ¿no?

—Así es.

¡Eso sí que no me lo esperaba!

Capítulo Diez

PIPER

—Tranquila, puedo con esto y con lo que sea —me dije a mí misma, mientras paseaba por la calle Royal y enviaba un correo electrónico a un cliente despistado que nunca recordaba los plazos de entrega. Me armé de paciencia, volví a pasarle las fechas y envié el correo cuando llegué a *LeBlanc & Broussard*.

Normalmente me sentía llena de entusiasmo y energía cuando entraba en la oficina de un nuevo cliente, pero también notaba un cosquilleo en el estómago que *nunca* había sentido antes. Respiré hondo y entré por la parte trasera del edificio, tal y como me habían indicado el correo electrónico. En la primera reunión, entré por la puerta equivocada.

Era un edificio emblemático de Nueva Orleans, con sus características paredes de ladrillo rojo y balcones de hierro forjado. El restaurante *LeBlanc & Broussard* también era muy famoso y había ido a comer allí varias veces con mis padres.

Más me vale estar a la altura, mantener la profesionalidad y empezar a desarrollar las sugerencias para la campaña. Debo centrar mi atención en el equipo de marketing*, y no en Beckett.*

Por mucho que me costara, lo mejor sería que él no estuviese presente en la reunión. Me costaba concentrarme cuando estaba cerca.

Llegué a la planta ejecutiva con cinco minutos de antelación.

—¿Piper Dawson? —me preguntó una joven.

—Sí.

—Soy Nina, de marketing. Beckett me ha pedido que venga a buscarte. Se le ha hecho un poco tarde.

Crucé los dedos para que no apareciera por la oficina, aunque me moría de ganas de verlo. *¡Mierda!* Nunca había estado tan nerviosa en toda mi vida.

Nina me llevó a una pequeña sala de reuniones, donde había otra mujer esperando.

—Buenos días, soy Sonia —dijo.

—Hola, Sonia. Soy Piper —respondí mientras me sentaba frente a ella.

—Nina y yo dirigimos el equipo de marketing del sector panadero y de los restaurantes.

—¿Solo vosotras dos?

No lo podía creer.

—No, tenemos un *equipo* grande, pero nosotras nos encargamos de los proyectos de promoción y ventas.

—Ah, vale —asentí.

—¿Qué me he perdido? —resonó la voz de Beckett. Al instante me puse muy nerviosa, todo mi cuerpo se tensó y sentí cómo me invadía la ansiedad.

Me senté más erguida y apreté los muslos. Repasé mi atuendo mentalmente: tacones y traje negro. Prefería los vestidos, pero siempre que me reunía con un nuevo cliente, optaba por un traje. Mi corazón latía con fuerza. *Menuda forma de empezar el proyecto.*

—¡Beckett, al final has llegado a tiempo! —dijo Nina—. No te has perdido nada: nos estábamos presentando.

—¡Excelente! —exclamó, y se sentó a la cabecera de la mesa.

Al principio, sentí alivio por que no se sentara a mi lado. Sabía que la proximidad sería peligrosa. Pero entonces me percaté que

desde allí tenía una vista completa de su torso y me vino a la mente la imagen de sus bíceps mientras sostenía a su hija.

—Piper, ¿lista para empezar? —preguntó, clavándome la mirada.

Tragué saliva y asentí.

Entonces *me* guiñó un ojo.

¡Dios mío! ¿Pero qué está haciendo?

Miré a las otras dos mujeres, pero ambas estaban ocupadas abriendo sus portátiles. Saqué el mío de mi bolso y, mientras lo preparaba, lo volví a mirar: seguía observándome atentamente. Era inquietante… como si estuviera bajo una lupa.

—Bueno, hemos revisado tus propuestas y sugerencias —comenzó Nina—, y todas son buenas, *muy* buenas. Pero si tengo que quedarme con una creo que sería la última.

—¿Los tres estáis de acuerdo? —pregunté.

—Sí —asintió Beckett—. Y lo curioso es que ni siquiera he llegado a comentarles que era mi favorita. Así que elegiremos esa, que es la que más nos ha gustado a todos.

Me encantaba mi trabajo. Podría pasarme el día *entero* hablando de campañas publicitarias, pero me había llevado mis notas para no perder el foco y centrarme en los detalles importantes.

Aún así, no conseguí ceñirme completamente a mis apuntes. Me fui por las ramas en algunas ocasiones, pero todos se mostraban muy interesados e hicieron preguntas. Me sorprendió lo bien informado que estaba Beckett sobre campañas de marketing; lo normal era que un CEO tuviese solo un panorama superficial.

—Por último, pero no menos importante —comencé—, debemos hablar del presupuesto. No llegué a elaborar ninguna estimación real hasta no saber qué ejemplo ibais a elegir.

Nina señaló a Beckett y dijo:

—Eso lo tenéis que definir tú y el jefe.

—¿Qué? —pregunté y lo miré.

—Así es, yo soy quien decide los presupuestos, y evaluaremos los números en detalle. ¿Cuánto tiempo crees que te llevará elaborar una propuesta basada en lo que hemos decidido?

—La tendré para hoy mismo —respondí sin dudar. Me estaba exigiendo demasiado, pero quería mantener la buena racha.

—Estupendo. Si no os importa, seguimos con otras tareas —dijo Nina, mirando a Sonia—. Beckett, avísanos si necesitas algo. Piper, ha sido un placer conocerte. Tengo un buen presentimiento sobre esta campaña.

—Yo también.

En cuanto salieron de la sala de reuniones, Beckett se puso de pie. No me percaté de su intención hasta que se acercó a donde yo estaba, y se sentó en el borde de la mesa.

—La reunión ha estado genial.

—Gracias. Me gusta cómo tenéis estructurado el departamento, y que el equipo participe de la campaña de marketing de los restaurantes.

—Intentamos aprovechar la sinergia pero sin quitarles autonomía.

—Parece que funciona bien —respondí, y él asintió.

Volví a mirar mi portátil, presa de los nervios. *¿Y ahora qué hago?* Había sido fácil mantener la profesionalidad con Sonia y Nina delante, pero en ese momento estaba a solas con Beckett.

—Piper —dijo lentamente, y detecté un ligero cambio en su tono.

—¿Sí?

—¿Por qué no me miras?

No es justo. ¿Por qué me pone en una situación tan incómoda? Levanté la vista y me humedecí los labios, determinada a poner todas las cartas sobre la mesa:

—No sé cómo comportarme después de la conversación que tuvimos.

Una sonrisa pícara apareció en su rostro. No podía ser más guapo.

—Por primera vez, yo tampoco.

—¡Uf! —parpadeé—. Menos mal.

—¿Por qué? —preguntó con una sonrisa.

—Pensaba que era la única que me estaba… —Estaba a punto de decir "colando por ti", pero sería demasiada información.

—¿La única que qué? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia mí.

—No importa.

Sus ojos tenían un brillo juguetón. Bajó la mirada hacia mis labios, pero no dijo nada. Luego se enderezó y dijo:

—Tengo una propuesta para ti.

—Te escucho.

—Hoy estarás trabajando en el presupuesto, ¿verdad?

—Sí, te lo enviaré al final del día.

—Antes que nada, quiero decirte que yo me haré cargo del Uber y cualquier otro gasto.

—Por ahora pinta bien. ¡Me apunto a lo que sea! —respondí con entusiasmo.

Sus ojos brillaron. Parecía como si estuviera tratando de reprimir un gruñido, lo que solo hacía aumentar su sensualidad.

—Piper… No puedo quedarme hasta tarde en la oficina, pero estos días he conseguido que Charlotte duerma un rato entre las seis y las nueve de la noche. —Su tono volvió a ser serio—. Podemos cenar en mi casa y concretar el presupuesto durante ese tiempo. Si es que estás disponible y no tienes nada más planeado, claro.

Mi corazón latía con tanta fuerza que lo notaba en mi garganta. ¿Era únicamente por motivos laborales o había algo más? Después de todo lo que me había contado, sentía un vínculo más cercano, pero no quería sacar conclusiones precipitadas.

—No tengo planes para esta noche y me parece bien que definamos el presupuesto. Así Sonia, Nina y yo podremos empezar con el diseño del anuncio.

—Excelente.

Beckett se levantó de la mesa y lo interpreté como una señal de que la reunión había terminado. Me puse de pie inmediatamente y guardé mi portátil en el bolso.

—¡Qué reunión tan productiva! —exclamé con un toque de exageración. Así de nerviosa estaba.

La sonrisa de Beckett tenía un dejo de cinismo, como si supiera exactamente que él era el causante de mi excitación.

—Estoy deseando verte esta noche. Déjame acompañarte a la salida.

—Vaya, al final eres todo un caballero, ¿eh? —De repente, mi tono se volvió coqueto. Su mera presencia me hacía perder el

control, e intenté volver a mi forma profesional—. Lo cual agradezco mucho, por supuesto —agregué con el tono más serio que pude.

Beckett se acercó y señaló el pasillo:

—Esto no es ser un caballero, Piper, solo mínimamente educado.

Estaba a punto de rebatir su argumento pero preferí mantener la seriedad, y me limité a sonreír. Cuando una joven rubia pasó junto a nosotros, dije:

—Gracias por la reunión, señor Leblanc.

Sus ojos se abrieron como platos cuando vio mi mano extendida. Frunció el ceño, pero su expresión se transformó al regalarme una sonrisa de satisfacción. Me moría por saber qué estaba pensando en ese mismo momento.

Mejor no pregunto.

Y qué *orgullos*a estaba de haber mantenido la boca cerrada.

Beckett me acompañó hasta las escaleras:

—Nos vemos esta noche. Gracias por haber venido y tus excelentes propuestas.

Se estaba burlando de mi tono profesional.

Mi cuerpo vibraba mientras bajaba los escalones. Hasta que no estuve fuera, no conseguí recuperar el aire. Apreté mi bolso contra mi pecho y respiré profundamente. Dios mío, qué experiencia.

Miré el reloj y calculé el tiempo que me llevaría volver a mi oficina, estar un rato y en un par de horas tener que desplazarme hasta el ático de Beckett. Lo más sensato sería quedarme en el Barrio Francés y ahorrar tiempo. Llevaba conmigo unos auriculares con cancelación de ruido, y podría aprovechar para trabajar desde una cafetería.

Mi lugar favorito era un local en la calle Decatur, una mezcla entre librería y cafetería. La dueña era una anciana cascarrabias que se pasaba el tiempo quejándose de que la gente se quedaba allí durante horas; pero, en el fondo, le encantaba charlar con los clientes.

Elaborar un presupuesto era una de las tareas que más disfrutaba; por raro que pareciera, el marketing y las finanzas estaban íntimamente ligadas.

Me detuve al pasar frente a *Fragrant Delights*. Se me habían acabado todos los perfumes que tenía de esa tienda, y sabía que Celine e Isabeau tendrían los ingredientes especiales para crear mi perfume personalizado. Podía entrar y salir en unos minutos. No había clientes, así que empujé la puerta y entré. Las dos mujeres estaban debatiendo las ventajas y desventajas de fabricar productos exclusivamente de lavanda.

—Creo que es una buena idea —dijo Isabeau, y luego se enderezó. Sus ojos se posaron en mí.

—¡Hola! —las saludé.

—Hola, Piper —dijo Isabeau.

—¿Os acordáis de mí? —pregunté atónita.

—Claro, si ya has comprado como tres perfumes —dijo Celine—. Eres una clienta habitual. —Fue muy amable por su parte. —¿En qué podemos ayudarte, querida?

—Necesito reponer el último que me llevé.

—¡Por supuesto! —dijo Isabeau entrecerrando los ojos—. A menos que quieras probar algo nuevo. Nos acaban de llegar unas esencias que huelen genial.

—Puede que otro día; hoy tengo poco tiempo y prefiero ir a lo seguro. —Me encogí de hombros y anuncié con orgullo—: ¿Sabéis que estoy trabajando con Beckett, vuestro nieto?

—¿En serio? —preguntó Celine.

Una extraña expresión se dibujó en el rostro de Isabeau, y dijo lentamente:

—Claro, y también has conocido al resto de nuestros nietos en el bar de Julian, ¿no?

Qué pregunta tan extraña.

—Sí —asentí—. Quedé allí con Beckett para repasar mi presentación.

—Qué amable por tu parte.

—Beckett me dio una segunda oportunidad y no podía dejarla pasar. —No sabía por qué, pero no podía ocultarles la verdad—. Veréis, en nuestra primera reunión, al ver que él estaba demacrado y no me prestaba la más mínima atención, di por hecho que había estado de fiesta y pensé que no estaba respetando mi trabajo.

Esas dos mujeres tenían un aura tal que me obligaba a decir la verdad compulsivamente. Además, conocían la historia de mi vida: me hicieron muchas preguntas como paso previo a la elaboración de los perfumes.

Isabeau parpadeó:

—Vaya, has sacado una conclusión totalmente errónea. ¿Sabes que él…?

—Lo sé, fue una metedura de pata monumental —Acto seguido, agregué—: He conocido a su hija.

La sonrisa de Celine se iluminó como si se le hubiera encendido una bombilla.

—Es verdad. Conociste a Charlotte cuando fuiste a su casa.

—¡S-sí! —tartamudeé. ¿Cómo lo sabían? —Esta noche la volveré a ver. Tenemos que terminar el presupuesto y Beckett me ha pedido que pase por allí; con suerte, la peque estará durmiendo. Dice que tiene una nueva rutina que le está funcionando bien.

Dios mío, ya estoy otra vez.

—Bueno, ya mismo te preparo la recarga —dijo Celine. Le lanzó una mirada significativa a Isabeau antes de irse a la trastienda.

Isabeau y Celine siempre habían sido un poco misteriosas, pero ese día estaban especialmente extrañas. ¿Cometí un error al decirles que estaba trabajando con Beckett? Aunque, por otra parte, no entendía por qué debería ocultarlo.

—Así que Beckett y tú no congeniasteis al principio, ¿eh? —preguntó Isabeau.

Negué con la cabeza, avergonzada:

—Lamentablemente, no. Fue culpa mía, y le pedí mil disculpas. Y cuando me enteré que tenía una hija recién nacida, lo entendí todo. No sé qué me llevó a suponer lo peor en un primer momento.

—A ver… es verdad que a mi nieto le gusta la noche —comentó entre risas—. Pero no sabía que era de dominio público.

—Sí, de hecho, lo leí en internet.

—¿Cómo están tus padres? —preguntó de repente.

—Muy bien. Adoran vuestros jabones y a mi madre le encanta la crema facial que le compré la última vez.

Me pregunté si recordaría a cuál me refería.

Isabeau aplaudió:

—Me alegro mucho. ¿Quieres que le prepare una caja con jabones y una crema facial? Si no recuerdo mal, fue hace tres meses y se le debe estar acabando.

—¡Oh, gracias! ¡Qué buena memoria tienes!

—Por supuesto. No soy tan mayor, chica.

—Oh, no, no quería decir *eso*. Y sí, por favor, ponme la crema para mi madre.

Dios mío, lo último que quería era ofenderlas.

—Sabía que colaborar con Grace sería un acierto —murmuró Isabeau.

—¿La crema facial no la producís vosotras?

—No, la elabora la empresa de Grace, la prometida de Zachary. Estamos trabajando juntas y no podríamos estar más contentas.

Que colaboraran entre miembros de la familia me parecía adorable.

—Espera que lo preparo todo —dijo, cogiendo una caja de debajo del mostrador.

—Gracias.

La presentación de sus productos era estupenda y muy profesional.

—Entonces, ¿todo bien entre Beckett y tú ahora? —preguntó, mientras envolvía la caja con un elegante papel de seda y la ataba con un lazo. Metió los jabones en una caja más pequeña con papel y la cerró con un sello de cera.

—Sí, sí. Acabamos de tener una reunión muy productiva, pero aún nos falta concretar el presupuesto.

—Ya veo —respondió Isabeau, enderezándose cuando Celine volvió con mi perfume.

—Aquí está —dijo.

Aunque estaba perfectamente empaquetado, destapé el frasco y lo olí:

—¡Ay, me encanta! Me habéis malacostumbrado con vuestros perfumes.

—Ya nos cuentas si quieres uno nuevo más adelante —comentó Isabeau.

—Gracias. Lo pensaré cuando termine este frasco.

—Estupendo.

Mientras pagaba, Isabeau me entregó la bolsa con dos cajas y puse mi perfume dentro. Las dos intercambiaron otra mirada bastante sospechosa.

Después de salir de *Fragrant Delights*, me dirigí directamente a mi querida cafetería y abrí una hoja de cálculo. Tres horas después, y tras atender algunas llamadas de otros clientes, había terminado el presupuesto y estaba lista para irme.

Estaba muy orgullosa de mi trabajo. Iba a dejar a Beckett con la boca abierta.

Capítulo Once

BECKETT

Por suerte, Charlotte se durmió a las cinco y media. Mi vida oscilaba como el péndulo de un reloj; cuando estaba despierta y de buen humor, era un placer estar con ella, pero cuando empezaba a llorar y no conseguía calmarla, lo único que quería era que se durmiera. Y, para rematar, cuando dormía, no podía dejar de mirarla. ¿Era normal o me estaba volviendo loco?

Agatha, la nueva niñera, había comenzado a trabajar el día anterior. Tenía la misma edad que mi madre y una larga experiencia en el cuidado infantil, lo que me dio una buena impresión. Cuando volví a mi casa a las cuatro, me contó cómo había ido el día.

Charlotte dormía en el salón en una pequeña cuna portátil. Mientras mantuviera el dispositivo de sonido blanco que enmascaraba los ruidos molestos, podía moverme por la casa sin despertarla, así que empecé a preparar la cena.

Cocinar era una de mis pasiones. De adolescente, Isabeau y Celine cocinaban sin parar mientras yo hacía los deberes en la isla de la cocina. Y gracias a eso, les había robado la mayoría de sus

recetas. Esa noche estaba preparando la célebre *jambalaya*[1] de Isabeau.

En medio del jaleo, me di cuenta de que había olvidado un detalle importante. *Maldita sea. ¿Lleva dos o tres cucharaditas de comino?* Nunca lo recordaba.

Resignado, llamé a Isabeau. Sabía que, por las buenas o por las malas, me intentaría sonsacar por qué me estaba tomando la molestia de cocinar un plato tan elaborado; sabía que solo lo hacía cuando quería impresionar a alguien. Era probable que todavía estuviera en la tienda, pero estaba seguro de que cogería mi llamada.

—Hola, Beckett —respondió al primer tono.

—Hola, Isabeau. Sé que estás en la tienda, y no quiero robarte mucho tiempo, pero necesito hacerte una pregunta. ¿La *jambalaya* lleva dos o tres cucharaditas de comino?

—¿Estás cocinando mi *jambalaya*? —preguntó.

—Así es.

—Mmm… qué curioso.

—No pienso decirte nada más.

—No hace falta, cariño. La estás haciendo para Piper.

Casi se me cae el teléfono sobre la encimera.

—¿Cómo lo sabes?

—No debería decírtelo; tú no has querido contarme que era para ella en primer lugar.

—Isabeau…

—Está bien. Piper pasó por la tienda para reponer un perfume que le hicimos hace meses.

—Sí, ella me comentó que os conocía.

—Pero ya nos había llegado la noticia incluso antes —dijo Isabeau con petulancia—, porque tus hermanos la conocieron en el bar.

—Ajá.

—Y aprovechamos para releer todos los apuntes que teníamos sobre ella. Ya sabes, la información que les pedimos a nuestras clientas para hacer perfumes.

—Dais miedo —afirmé sin reparos.

—Métete en tus asuntos, jovencito. Piper es una mujer encantadora, muy trabajadora, y quiere muchísimo a sus padres. Gasta más en productos de belleza para su madre que para ella misma.

Era un dato interesante que hablaba bien de ella, pero no entendía por qué Isabeau me lo estaba contando.

—Me estás revelando información personal sobre tus clientes. ¿No debería ser confidencial?

—Hoy estás empeñado en hacerte el difícil, ¿verdad?

—No, Isabeau, eres *tú* quien me lo está poniendo difícil. Te he llamado solamente para saber la cantidad de comino que lleva la receta.

—Tres cucharaditas. Pero la tercera se añade después de…

—Removerlo bien —terminé por ella.

—Ah, por cierto, añade también unas semillas de hinojo. ¿Tienes en casa?

—Sí, ¿estás segura?

—Completamente.

—Nunca antes me habías dicho que le pusiera semillas de hinojo a la *jambalaya*.

—Es verdad, pero es un condimento que he descubierto hace poco y que le queda muy bien.

Me resultó extraño, pero era habitual que los *chefs* experimentaran y cambiaran las recetas.

—Vale, añadiré semillas de hinojo. ¿Cuántas?

—Una cucharadita será suficiente.

—De acuerdo.

—¿Cómo está el angelito?

—Ahora, durmiendo plácidamente. Gracias por todos los consejos, Isabeau. Sobre la comida y sobre todo en general.

Aunque me gustaba chinchar a mi familia, nunca estaba de más recordar lo agradecido que estaba con ellos.

—Sabes que estamos aquí para lo que necesites. Y, por si acaso, dinos si Piper necesita una fragancia con lila, ¿vale?

Empecé a reírme de nuevo:

—No puedo creer lo que me estás diciendo.

—Todos tus hermanos pasaron por esto. Ahora te toca a ti.

—Tengo una hija recién nacida, que casualmente es el resultado de una aventura de una noche. Está claro que no debería salir con nadie durante mucho tiempo.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Puedes cambiar la perspectiva: has disfrutado de ese estilo de vida despreocupado durante años, y estás preparado para otra cosa.

—Preparado para ser padre. —Me sorprendió la fuerza de mis propias palabras—. Nada más.

—Bueno, por si cambias de opinión…

—Serás la primera en saberlo —le aseguré—. Ahora, voy a terminar de preparar la cena.

—Por supuesto, querido.

Después de colgar, volví a la *jambalaya*. Tenía el monitor para bebés en la encimera para poder vigilar a Charlotte en todo momento. No era una persona controladora, pero si pudiera, me llevaría el vigilabebés al trabajo; quería ver a mi pequeña todo el rato. En ese momento, dormía plácidamente, lo que me daba tiempo para prepararlo todo.

Mis pensamientos volaron a Piper. Había cedido a un impulso y la había invitado a cenar a mi casa. Cuando dijo que tendría el presupuesto listo para ese mismo día, aproveché la excusa para *volver* a verla.

No sé cómo lo hizo, pero consiguió que me abriera y le contara todo sobre la madre de mi hija. No era propio de mí; jamás hablaba de mi vida privada con ninguna mujer. Y que se indignara por mi situación me acercó a ella. Parecía que realmente se preocupara por Charlotte y por mí.

Joder, esa noche tendría que centrarme y atenerme al tema de los presupuestos. Como le acababa de decir a Isabeau, mi objetivo era ser el mejor padre posible. No había espacio para nada más.

Una hora más tarde, cuando le abrí la puerta a Piper, me di cuenta de que me había metido en un problema. Una vez más, verla en su elegante traje desató mi imaginación y me excitó profundamente.

—¡Qué bien huele! —comentó, mientras se quitaba los zapatos. La miré de arriba abajo: estaba sexy de cojones. Piper se enderezó y añadió—. ¿Es *jambalaya*?

Me aclaré la garganta. Maldita sea, tenía que mantener la mente fría.

—Sí, la receta de Isabeau —respondí, mientras entrábamos en la sala de estar—. Me ha contado que hoy has estado en *Fragrant Delights*.

—Sí —respondió con cara de sorpresa—, como estaba en la calle Decatur, aproveché para comprar un recambio de mi perfume.

—Ya que has estado allí, ¿has visto algo raro en mis abuelas o fuera de lo común?

—Es curioso que lo preguntes —dijo mientras nos dirigíamos a la mesa—. No las conozco lo suficiente como para saber si hay algo "fuera de lo común", pero actuaban de forma un poco extraña. ¿Por qué?

—No importa.

—¡Beckett! —Me señaló con el dedo—: Deja de hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Dejar las frases a medias.

Le sonreí, inclinándome ligeramente hacia ella:

—Créeme. Es mejor así.

Abrió la boca, pero miró hacia un lado y sonrió:

—Oh, lo entiendo. Charlotte está durmiendo en esa camita, ¿verdad?

—Sí. Compré por Internet lo que se llama un moisés. Me gusta tenerla aquí conmigo en el salón para poder verla. He leído que lo mejor para los bebés es estar en el mismo lugar que un adulto durante los primeros seis meses de vida.

Piper me miró con ojos tiernos:

—Eres un padre estupendo.

Tragué saliva. ¿Lo decía en serio? No tenía motivos para halagarme, ya me había fichado como cliente.

—Hago lo que puedo.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Si no te importa, esperemos un rato. Pareciera que se despierta cada vez que alguien la mira.

Piper empezó a reírse y se tapó la boca. Era adorable.

—¿Hablamos en voz baja?

—No hace falta. He colocado una máquina de sonido blanco justo a su lado, y funciona de maravilla. —Asentí y le indiqué la mesa del comedor. —Vamos, sentémonos. La *jambalaya* estará lista en media hora. Mientras tanto, podemos trabajar en el presupuesto.

—Pues pongámonos manos a la obra. ¿Has visto la hoja de cálculo que te he enviado? —Al ver que yo negaba con la cabeza, añadió—: Supongo que no has tenido tiempo.

—No, lo siento.

—No importa. Para eso he venido aquí esta noche, para revisarla juntos.

Sí, era cierto. Había venido a casa exclusivamente para revisar el puñetero presupuesto, no para que la mirara con deseo o tuviera pensamientos obscenos. Eso pertenecía a mi vida anterior, que había quedado atrás. Ahora era padre y no tenía tiempo para nada más.

Pero cuando nos sentamos a la mesa, no pude evitar cruzar una línea:

—Qué bien hueles.

—Es el perfume que me hicieron tus abuelas —respondió sorprendida.

Estuve a punto de preguntarle si contenía lila. No me extrañaría que Isabeau y Celine le hubieran echado unas gotas a escondidas. En lugar de eso, me limité a decir:

—Veamos el presupuesto.

Su lenguaje corporal se transformó por completo. Adoptó una expresión de gran seriedad que, curiosamente, le favorecía. Incluso la rigidez de su mandíbula se acentuó. Abrió su portátil y lo giró para que ambos pudiéramos ver el monitor. Instintivamente acerqué mi silla a la suya y ella contuvo el aliento.

—Tengo tres presupuestos diferentes. He volcado toda la información en un PowerPoint con ejemplos de lo que podríamos conseguir con cada nivel de presupuesto, y así…

—¿Has hecho todo esto en cuatro horas?

—En tres horas y media —respondió con orgullo.

—Piper, eres increíble. Creo que nunca he conocido a nadie tan eficiente.

—Josh dice que por eso no me suelta. Es verdad que facturo muchas horas al mes, pero hago el trabajo de tres personas.

—Desde luego.

Dividió la pantalla para que pudiéramos revisar la hoja de cálculo y la presentación al mismo tiempo.

—Es un presupuesto bastante elevado —dije, señalando el primer ejemplo. Era un treinta por ciento más de lo que había calculado inicialmente.

—Lo sé, vendría a ser como el anuncio ideal, y por eso lo podemos dejar para el final. Primero veamos los dos más realistas.

Me reí:

—¿Quieres dejarlo para el final y que no pueda quitármelo de la cabeza?

Ella sonrió tímidamente:

—Me has pillado.

—Muy inteligente. De acuerdo, vamos.

Tal vez me gustaran las otras opciones y no tuviera que elegir la producción más cara. No me importaba invertir en marketing, pero si podía conseguir un resultado similar con un presupuesto menor, mucho mejor.

Revisamos las diferentes opciones en poco tiempo. Piper no solo era eficiente, sino que también era excelente presentando la información de forma rápida y concisa. Al final, también miramos la opción más costosa. Joder, era buena.

—Te ha convencido, ¿verdad? —preguntó Piper, con tono muy seguro.

—Tengo que consultarlo con la almohada. Es espectacular, pero también cuesta un treinta por ciento más de lo que había previsto.

—Va a ser una decisión difícil. —Cerró su ordenador portátil—. Tómate todo el tiempo que necesites para decidir, pero… cuanto antes, mejor. —Bajó la mirada hacia sus manos y su ordenador cerrado—: Si quieres, me voy y te dejo tranquilo.

—Piper, te prometí que cenaríamos juntos. La *jambalaya* está lista. Debes tener hambre y no permitiré que te vayas sin comer.

—¿Cómo lo sabes? No he picado nada en toda la tarde.

—¿No has comido nada desde esta mañana? —pregunté con la mirada entornada.

—No, porque me dijiste que viniera a cenar —murmuró—. Pensé que la presentación nos llevaría más tiempo, pero no hace falta que…

—Eso te pasa por ser demasiado eficiente —respondí, antes de que pudiera terminar la frase.

Cuando me levanté de la silla, Charlotte empezó a despertarse. La saqué del moisés y la puse sobre mi hombro.

—Necesita el biberón —dije, y fui a la cocina a prepararlo.

—¡Guau! ¡Es como una cafetera, pero para bebés! —exclamó Piper. No me había dado cuenta de que estaba a mi lado.

—Exactamente.

—Ha llevado solo cinco segundos. —Parecía atónita mientras cogía el biberón, le ponía la tapa y lo cerraba con fuerza.

—¿Crees que yo podría darle de comer? —preguntó, con un tono de voz tan tímido que me pilló completamente desprevenido.

—¿Estás segura?

—Sé cómo hacerlo —asintió—. Cuidé a mis primos cuando eran pequeños.

—Bien, pues entonces adelante.

Le pasé a Charlotte y Piper la cogió con destreza, con la cabeza ligeramente inclinada hacia arriba. Charlotte empezó a comer en cuanto le ofreció el biberón.

—A que está buena, ¿verdad? —le dijo Piper con voz dulce—. Tu papá ha estado muy listo con esta máquina.

Verla con mi hija en brazos me causó una sensación inexplicable. Podría pasar horas mirándolas a las dos; me producía una inmensa felicidad.

—Puedes servir la *jambalaya*, ¿no?

—Exacto.

Sacudiendo la cabeza, puse la comida en dos platos y los llevé a la mesa. Piper volvió a su silla lentamente, con la mirada fija en

Charlotte.

—Qué bonita es.

—Soy su padre, para mí, es la niña más bonita del mundo. Dámela y así empiezas a comer.

—Queda poca leche, esperaré a que termine.

Besó la frente de Charlotte. Instintivamente supe que esa imagen se me quedaría grabada durante mucho tiempo. La noche anterior había empezado a pensar en Charlotte en el futuro y en el momento en que me preguntara por su madre. ¿Qué le diría? Sentía que estaba privando a mi hija de tener una experiencia familiar normal. Pero tal vez, algún día, encontraría a la mujer adecuada para mí.

Sabía que mis padres y abuelos estarían encantados. "Cuantos más, mejor" solían decir.

Maldita sea, no puedo creer lo que estoy pensando.

Tratando de borrar esa ideas de mi mente, pregunté:

—Te gustan mucho los niños, ¿eh?

—Sí, ya te dije que me encantan los niños. Durante años soñé con tener un bebé. Hasta que tiré la toalla… —suspiró—. Lo siento, se supone que no debo hacer ese tipo de comentarios tan poco profesionales.

—A mí me pasa lo mismo —respondí entre risas—. Pero parece que no lo estamos consiguiendo.

Y, por alguna razón, no me parecía mal.

---

1 Nota de la Traductora: La *jambalaya* es un guiso de arroz especiado, típico de Luisiana, que lleva distintos tipos de carne, mariscos y vegetales.

Capítulo Doce

BECKETT

—No lo *estamos* consiguiendo, ¿no? —murmuró, mirando de nuevo a mi hija.

—¿Qué estás pensando, Piper?

—Demasiadas cosas… —negó con la cabeza pero sin levantar la mirada—. Y nada tiene sentido.

Después de sentarnos a la mesa, comí a toda velocidad para poder darle el relevo.

—Yo me encargo ahora de Charlotte —dije unos minutos más tarde.

—¡¿En qué momento te has terminado el plato?! —preguntó pasmada al ver mi plato vacío.

—He sido rápido. Desde que soy padre, me he vuelto todo un experto.

Mi pequeña había terminado su biberón y, mientras la hacía eructar, observé a Piper comer. Mi hija se quedó dormida inmediatamente después de un fuerte eructo que nos hizo reír a los dos.

—No puede ser, mis abuelas tenían razón —murmuré, mientras me levantaba de la mesa y acostaba a Charlotte en su cuna.

Volví a la mesa, y vi a Piper de pie, recogiendo los platos sucios. No quería que se tomara esa molestia, y cuando se los quité de las manos, mis dedos rozaron su delicada piel. Ella se apartó rápidamente, y desvió la mirada.

Me moría de ganas de tocarla.

Mente fría, por favor.

Dejé los platos en el fregadero y Piper trajo los vasos, decidida a colaborar.

—Volviendo a tus abuelas, ¿por qué me has preguntado si he notado algo fuera de lo común?

—Vale, te lo contaré. Pero antes que nada necesito saber si tu perfume huele igual que siempre o lo notas diferente.

—Es el de siempre —respondió con el ceño fruncido—. La fórmula es la misma; sabes que guardan la composición en un archivo en la tienda. ¿Por qué?

Incliné la cabeza.

Allá voy… y que sea lo que Dios quiera.

—En primer lugar, que conste que no me creo ni una palabra de la historia que voy a contarte. Y segundo, si dices que tu perfume huele igual que siempre, puede que haya pensado mal de mis abuelas sin motivo. —Me detuve un segundo y dije—: El asunto es que ellas creen que algunas plantas tienen poderes mágicos.

—No me extraña —se rió entre dientes—. Estamos en Nueva Orleans: todo el mundo cree en poderes sobrenaturales.

—¿Tú también? —pregunté, arqueando una ceja.

—En realidad no, pero me encanta escuchar esas historias.

—Resulta que mis abuelas creen que la lila tiene el poder de… ¿cómo decirlo? De unir a las almas gemelas. —No podía creer que lo estaba diciendo en voz alta. —Y tengo serias dudas de que le hayan añadido unas gotas de lila en secreto a tu perfume.

Piper parpadeó rápidamente:

—¿Con qué propósito?

—Muy buena pregunta —respondí.

—¿Piensas que le añadirían algo a mi perfume sin consultármelo primero?

—No, tampoco son capaces de hacer algo así. Seguramente te contarían una milonga de reformulación de ingredientes o algo así.

—Un momento… —dijo entrecerrando los ojos—. Ahora que lo dices, *sí* que me preguntaron si quería un perfume nuevo. Y parecían muy misteriosas.

—¡Lo sabía! —Las comisuras de mi boca se crisparon hasta que no pude contener la risa—. Mis abuelas son de lo que no hay.

—Pero no lo entiendo. ¿Qué significa eso?

—Aún no estoy seguro —confesé.

Tenía suficiente experiencia con mis abuelas como para saber que querían emparejarme con ella. Maldita sea, si yo mismo pensaba que Piper era buena para mí, y sin embargo…

Eso no podía suceder.

—Bueno, debería irme —dijo, y al levantarse, uno de los cuchillos que había utilizado para preparar la *jambalaya* cayó al suelo.

Piper dio un grito lo suficientemente alto como para que me diera cuenta de que le había rozado la mano. Se agachó para coger el cuchillo.

—Déjalo, lo recogeré más tarde. Enséñame la mano.

Ella la extendió. Solo era un pequeño roce, no le había hecho sangre.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. —Su voz era apenas un susurro.

No solté su mano. En cambio, pasé mi pulgar por el dorso y le toqué la muñeca.

—Tienes el pulso acelerado.

—Sí, ¿y sabes por qué? —Su tono era un poco descarado, casi provocador. La miré directamente a los ojos, y esta vez, no apartó la mirada.

—¿Soy yo el responsable? —bromeé, y ella asintió.

Era tan increíblemente guapa que no pude evitar besarla. De cerca, su perfume era tan embriagador que me cautivó por completo.

Se entregó al beso y me hice adicto a ella en ese preciso momento. No podía parar. Entrelacé nuestras lenguas, profundizando el beso, hundiendo una mano en su espesa melena. No podía tener suficiente de ella, de su sabor y de sus gemidos. Mi cuerpo reaccionó al instante.

La apreté contra mí para que sintiera lo mucho que me excitaba: me había puesto duro como una roca en cuestión de segundos. Piper se estremeció en mi brazos y casi pierdo la cabeza.

Entonces volví a la Tierra. *Joder.* Mi hija estaba durmiendo en la misma habitación con nosotros. ¿En qué coño estaba pensando?

Interrumpí el beso, pero no solté su cabello. Todavía no. Necesitaba tocarla unos segundos más.

—Beckett… —susurró—. No deberíamos… Oh, Dios.

—Lo sé. Lo sé.

Finalmente, la solté y di un gran paso atrás.

—No era mi intención besarte —admití.

—Bueno… la verdad que ha sido muy bueno para no haber sido planeado —respondió. Me encantaba su sentido del humor.

—Nada sale según lo planeado cuando se trata de ti, Piper.

—Mejor me voy. —Echando un vistazo a la mesa, añadió—: Cogeré mi portátil y nos pondremos en contacto la semana que viene.

Su actitud había cambiado: estaba nerviosa.

Quería tranquilizarla, pero sabía que era yo quien causaba su nerviosismo.

—Por supuesto —me limité a decir.

Sus hombros se relajaron con alivio. Se apresuró hacia la mesa, cogió su bolso y el ordenador. La acompañé hasta el pasillo.

—Antes de que se me olvide, tengo algo para ti —dije. Abrí la puerta del armario que servía de guardarropa y saqué una caja de pralinés.

—Dios mío. ¡Pralinés *LeBlanc-Broussard*! Llevo años sin probarlos. No sabía que… Claro. ¿Cómo no me di cuenta de que todo estaba relacionado?

—Dijiste que te gustaban los pralinés. Y estos son los mejores.

Piper ladeó la cabeza y me miró:

—Fuera de broma, a tu familia le gusta ser la mejor en todo, ¿eh? Y reconozco que tenías razón sobre el *Sazerac*.

—Pruébalos y dime qué te parecen.

—Bueno… Estoy intentando no comer dulces por la noche, pero no pasará nada si solo como uno.

Maldita sea, Piper era irresistible y adorable a partes iguales. Sacó un praliné del envoltorio con cuidado y se lo llevó a la boca.

—Mmm… Había olvidado lo buenos que están. ¿Dónde los vendéis?

—Hasta hace poco, solo se conseguían en nuestras panaderías y restaurantes. Ahora estamos en proceso de introducirlos también en comercios minoristas.

—Me encantan. Voy a guardar la caja en mi bolso para no olvidarlos.

—No te preocupes, te conseguiré otra.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

—Piper… —comencé mientras ella se ponía los tacones.

—¿Sí? —preguntó, incorporándose y levantando los hombros.

—No tienes que preocuparte en absoluto por que esto afecte nuestra relación profesional. No ha cambiado nada.

—Gracias, eso *era* lo que más me preocupaba.

—Me lo imaginé. Tranquila, te prometo que seguiremos como si nada hubiera pasado. —Y como buen cabrón que era, me acerqué más a ella. Me quedaban un par de minutos con ella y no quería desperdiciarlos—. Pero en lo que respecta al plano personal…

—¿Sí?

—No puedo decir lo mismo.

—¿Qué? —preguntó y se humedeció los labios.

—No me gusta hacer promesas que no sé si podré cumplir.

—Bueno… La sinceridad ante todo. —Su sonrisa juguetona había vuelto.

Me acerqué a la puerta y la abrí. Maldita sea, quería que se quedara, pero sabía que no era lo correcto.

Era padre soltero, y más me valía que me entrara en la cabeza de una buena vez. No tenía tiempo para dedicarlo a otras cosas.

Corrección: no *quería* buscar tiempo para otras cosas. De lo contrario, sería un completo desastre.

La miré fijamente hasta que entró en el ascensor y cerré la puerta.

Charlotte seguía dormida. Si no se despertaba para otra toma antes de que me acostara, dormiría en el sofá. Trasladarla a la cuna del dormitorio no era opción, siempre se despertaba.

Saqué mi teléfono, le hice una foto y se la envié a Isabeau.

Beckett: Duerme como un angelito. Gracias a tus consejos. Me han venido muy bien.

Mi abuela me llamó en ese mismo momento, y me alejé unos metros antes de contestar, aunque no creía que Charlotte se despertara. Cuando estuvo Piper no había reaccionado.

—¿Ya habéis terminado de cenar? —preguntó Isabeau.

—Sí, Piper se ha ido a su casa.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien, es muy buena en su trabajo.

—No me refería a eso.

Lo sabía, pero quería salir por la tangente.

—¿A qué te referías entonces? —pregunté, fingiendo total inocencia.

—Ha pasado algo entre vosotros, ¿verdad?

—Isabeau, nunca te habías entrometido tanto… en mi vida.

—No me inmiscuí en tus relaciones anteriores porque no parecían valer la pena.

—¿Y crees que esta vez es diferente?

—*Tú* estás diferente. Algo cambió en ti en el momento en que regresaste a casa con Charlotte.

—Por supuesto, Isabeau. Quiero lo mejor para ella y mi estilo de vida anterior era incompatible con la crianza de una niña.

—¿Ves? A eso me refiero. Que priorices su bienestar ya es de por sí un cambio radical. Quizás tú también estés listo para el amor verdadero.

—Lo dudo.

—¿Qué tal estaba la *jambalaya*?

—Deliciosa, como siempre.

—Me alegro. Entonces, ¿la cena fue una simple reunión de negocios?

No respondí de inmediato, lo que resultó ser un gran error.

—No lo fue —concluyó mi abuela—. Me alegro. Sé que me estás ocultando cosas, pero aún así estoy muy contenta.

—¿En serio? —pregunté completamente sorprendido.

—No me interesan los detalles, me basta con que mis nietos sean felices. Y ya que estamos, te confieso que el hinojo tiene propiedades afrodisíacas, como a ti te gusta decir.

—El hinojo es una planta.

—No me des lecciones, jovencito. ¿Recuerdas que soy *chef*, verdad?

Una chef muy supersticiosa, pensé, pero no lo dije en voz alta. Además, una duda persistente me rondaba la cabeza. Con o sin lila, habían acertado en el pasado con mis hermanos y sus parejas. ¿Y si ahora también tenían razón? Piper era… Tenía que olvidarla. Aunque fuera la persona adecuada para mí, el momento no podía ser peor.

—Mejor lo dejamos por hoy. Solo quería contarte que tus consejos me han venido muy bien con Charlotte.

—¿Has visto? Deberías confiar más en mí.

—Confío en ti, Isabeau. Créeme, con los ojos cerrados.

Después de colgar, empecé a recoger la cocina. Maldita sea, ¿cómo era posible que hubiera acabado besando a Piper? Había pasado de considerar seriamente el celibato a no poder quitarle las manos de encima.

Durante toda mi vida había tenido muy claros mis objetivos: expandir la empresa familiar y pasármelo pipa. Nunca tuve la intención de sentar cabeza, y la perspectiva de compartir un futuro con una mujer no me atraía. Mis padres y abuelos tenían matrimonios felices, pero no le veía ninguna ventaja. Ahora me daba cuenta de que había sido un cabrón egoísta.

Joder. Isabeau tenía razón. Algo había cambiado radicalmente: ahora me encantaba la vida en casa, junto a mi pequeña, mientras planeaba el futuro.

Dios mío, ¿y si Isabeau tenía razón en todo lo demás?

Capítulo Trece

PIPER

—Mamá, deberías probar los pralinés *LeBlanc-Broussard* —le dije por teléfono a la mañana siguiente, de camino al trabajo. Había pensado llamarla la noche anterior después de llegar a casa, pero al final decidí esperar. Necesitaba tiempo para recomponerme, asimilar el beso y todo lo que Beckett me había dicho. Pero a la mañana siguiente seguía hecha un lío. —Te llevaré algunos esta noche.

—¿*Cómo* lo has hecho? Son los mejores de Nueva Orleans y muy difíciles de conseguir.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cada Navidad, me hago de un pequeño arsenal con mucha antelación; compro las cajas poco a poco en varios de sus establecimientos. —Cada día descubría algo nuevo sobre mi madre. Nunca imaginé que fuese tan fan de los pralinés—. ¿Dónde los has conseguido, Piper?

—Trabajo con una de las empresas del *Orleans Conglomerate*, que son quienes que los producen.

—¡Qué bien! Eso significa que podrás hacerte de pralinés cuando quieras, ¿no?

Dudé antes de responder.

—Espero que sí.

—¿Y con quién trabajas?

—Con Beckett LeBlanc, que está al mando de las panaderías. —Respiré hondo y añadí—: Mamá, he hecho una tontería.

—¿Qué ha pasado cariño? Cuéntamelo todo.

—No me andaré con rodeos: Beckett y yo nos besamos anoche.

—¿Y cuál es el problema?

Sonreí mientras subía al tranvía. Mi madre nunca me había juzgado en toda mi vida, ni siquiera cuando era adolescente. Tampoco me daba carta libre para hacer cualquier cosa, al contrario, podía llegar a ser muy dura. Pero sabía que siempre podía hablar con ella y nunca le ocultaba nada.

—Es mi cliente.

—Uy, besar a un cliente es un pecado gravísimo —dijo en tono de broma.

Su comentario logró calmar mi nerviosismo.

—No creo que a Josh le haga ninguna gracia.

—Con el dinero que le haces ganar, que se meta su opinión sobre tu vida privada por donde le quepa.

—Otro tema es que Beckett tiene una hija recién nacida.

Mi madre se detuvo un segundo.

—¿Tiene pareja?

—No, mamá. Yo nunca haría algo así.

Lo dije tan alto que varios pasajeros me miraron. No me importó y fingí no darme cuenta mientras disimulaba mirando por la ventana.

Bajando la voz hasta convertirla en un susurro, le conté la historia de Beckett.

—¡Dios mío! No me lo puedo creer, ¡pobre niña! —Mi madre tampoco podía entender cómo alguien era capaz de renunciar a su propio hijo—. ¡Y pobre Beckett! —Luego lo reconsideró—: Bueno, no sé si merece tanta compasión. Quiero decir, él decidió tener una aventura de una noche.

—Mamá, tú nunca juzgas a nadie.

—Nunca te juzgo a *ti*, hija mía. Pero con los demás no soy tan complaciente.

—Ya veo.

—Sigo sin entender por qué crees que has cometido un error. Ambos sois adultos y simplemente surgió.

—Ya, es verdad. Además me aseguró que nuestra relación profesional no cambiará en absoluto.

—¿Ves? No te preocupes tanto. Tú no eres de las que se ahogan en un vaso de agua.

—Tienes razón —suspiré—. No sé por qué le estoy dando tantas vueltas.

—Parece que Beckett te gusta mucho más que el último chico que te presenté.

—Bueno, sí —admití—. Aquello no iba a ninguna parte.

—Ya me di cuenta, si ni siquiera accediste a tener una segunda cita. Mira, si crees que lo vuestro va a ser un follón, entonces no le des cabida. Pero si piensas que puede ser algo bonito, ¿por qué no darle una oportunidad? A veces, las situaciones más complicadas son las que más merecen la pena.

Que era complicado estaba más claro que el agua. Esperaba que la charla con mi madre me aclarara un poco las cosas, pero ahora me sentía aún más confundida.

Estaba tan absorta en nuestra conversación que casi olvidé mi parada. Me levanté de un salto y tuve que abrirme paso entre la gente a codazos, mientras me miraban con mala cara.

—Mierda, mamá, tengo que bajarme del tren. Hablamos esta noche, ¿vale?

—Claro, cariño. Y no seas tan dura contigo misma; la vida no viene con manual de instrucciones, y de todo se aprende.

—Gracias. Siempre sabes qué decir.

—Para nada. Casi siempre improviso y digo lo primero que me viene a la mente, pero me quieres demasiado como para darte cuenta. Que tengas un buen día, cielo.

—Tú también.

Me abrí paso rápidamente hasta la salida y conseguí salir justo a tiempo. Fui recuperando el aliento mientras llegaba al edificio de mi oficina.

Justo cuando entré, me llegó un mensaje al móvil y pensé que podría ser mi madre otra vez con más sabios consejos, así que lo revisé. Pero era de Beckett.

Beckett: Avísame cuando tengas tiempo para hablar por teléfono.

Me mordí el interior de la mejilla mientras entraba en el edificio. ¿De qué quería hablar? Saludé a Christine, nuestra recepcionista, antes de dirigirme a mi oficina y sentarme en mi escritorio. ¿Quería que habláramos de la campaña o se trataba de otra cosa?

Maldita sea, Josh tenía razón. Mezclar los negocios con placer solo complicaba las cosas.

Entonces me vinieron a la mente las palabras de mi madre: "A veces, las situaciones más complicadas son las que más merecen la pena". En cualquier caso, tenía que ser profesional.

Piper: Estoy disponible ahora, o puede ser más tarde.

Beckett me llamó al momento:

—Buenos días.

—¡Hola!

—¿Ya estás en la oficina? —preguntó.

—Sí, acabo de llegar.

—Perfecto. Lo he consultado con la almohada y me he decantado por la opción del presupuesto más alto.

Al final era una llamada laboral.

—Qué rápido.

—Esta mañana, antes de que Charlotte se despertara, revisé todo otra vez —explicó—. Es la mejor opción.

—Entonces me pondré manos a la obra.

—Perfecto. ¿Te comunicarás con mi equipo para coordinar?

—Sí. ¿Quieres que te envíe copia de todas las comunicaciones?

—Sí, por favor.

—Estupendo. No sabes lo emocionada que estoy, todo está saliendo mucho mejor de lo que esperaba.

—¿De verdad? —preguntó Beckett.

Hubo un sutil cambio en su tono. Tragué saliva, me levanté de un salto y empecé a dar vueltas por mi oficina.

—Sí, no pensé que lo tendría resuelto tan rápido.

—Pues yo nunca pensé que te terminaría besando —respondió.

¡Lo sabía! Por eso había cambiado su tono.

—Beckett, no sé qué decir…

—No tienes que decir nada. Yo sigo reviviendo ese momento en mi mente.

Se me puso la piel de gallina.

—Yo también —admití.

—Piper, te debo una explicación.

—No, no me debes nada —aseguré, pese a que se me encogió el corazón.

—Insisto. Llevo toda la vida haciendo lo que me da la gana y sin dar explicaciones a nadie. Y creo que, en parte, por eso la madre de Charlotte tomó esa decisión.

—Dijiste que fue algo de una sola noche —murmuré.

—Sí, pero también le dije que la llamaría y nunca lo hice.

—¡Beckett! Eso *no* justifica que te haya ocultado el embarazo. Todo el mundo conoce los riesgos de las aventuras de una noche. No es por defenderte a ti, ni a ningún hombre en general, pero todos dicen que van a llamar y después desaparecen.

—Como sea, no quiero enviar señales contradictorias.

—Está bien. —Bajé la mirada hacia mis zapatos. Llevaba unos tacones rojos que los había combinado con un vestido azul oscuro.

—Pero tú me haces sentir algo que nunca antes había sentido.

Me quedé flipando. No me lo esperaba.

—Vaya.

—Me pasan cosas contigo, Piper.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé y tampoco puedo explicarlo. En cualquier otro momento de mi vida, hubiera intentado conquistarte.

Una vez más, se me cortó la respiración. *¿Conquistarme?* Hacía años que no escuchaba esa palabra.

—Pero no es un buen momento para mí —continuó—. A ver… estoy viviendo una etapa maravillosa por la llegada de mi hija; ha sido, sin duda, la mejor sorpresa de mi vida. —Su voz reflejaba su inmensa felicidad, confirmando una vez más el amor que sentía por su pequeña—. Pero quiero lo mejor para mi hija. Y eso implica que

no puedo salir con nadie, ni siquiera pensar en alguien… como pienso en ti.

—Lo entiendo, Beckett. No tienes que darme explicaciones, ¿vale? —dije con voz suave. En el fondo, esperaba otra respuesta. Me senté de nuevo en la silla, descalzándome para mover los dedos de los pies—. Tienes otras prioridades, y está bien.

—No se trata solo de eso, aún estoy adaptándome a mi nueva realidad.

—Como debe ser.

—Y ahora que he sido sincero contigo, he pensado cómo deberían ser las cosas a partir de ahora entre nosotros.

—Te escucho.

—Creo que lo mejor será comunicarnos solo por email.

—Está bien.

—Y si hay algo que necesites hablar específicamente conmigo, nos reuniremos en la oficina con alguien de mi equipo presente.

Sentí una gran decepción.

—Me parece lo mejor.

Que quisiera hacer lo correcto hacía que me sintiera aún más atraída por él.

—Joder, no puedo creer que esté haciendo esto —dijo, y ambos respiramos hondo—. Por cierto, esta semana estaré muy ocupado con reuniones, así que, si quedas con Sonia y Nina, no podré asistir.

—¡Estupendo! —*Ups. ¿Mi comentario ha sido demasiado entusiasta?*

—No, de estupendo no tiene nada —dijo Beckett en voz baja.

Tenía razón. No quería enviar señales contradictorias, pero era justo lo que estaba haciendo. Aún así, no iba a juzgarlo, entendía que quisiera hacer las cosas bien.

—Que tengas un buen día, Piper.

—Tú también.

Después de colgar, decidí ignorar mis sentimientos.

No me costaba ponerme en su lugar: si yo tuviera un bebé, sería mi prioridad absoluta, y ni se me pasaría por la cabeza salir con alguien.

Aunque sí saldría con Beckett…, me dijo un pequeño diablillo en mi hombro, al que también decidí ignorar.

Durante el resto del día, me mantuve en contacto con el equipo de Beckett, que me respondió con rapidez y eficiencia. Pero cada vez que contestaba a uno de sus correos electrónicos, se me revolvía el estómago al ver su nombre en copia. No tenía ni idea de cómo salir de esa situación. Podría volver a lo de las aplicaciones de citas pero no me apetecía nada… ni un poco.

Alrededor de las tres de la tarde, descubrí que tenía un correo electrónico sin leer.

Remitente: Beckett LeBlanc

Asunto: Pralinés

¿Se lo había enviado a todo el equipo? Lo abrí rápidamente y comprobé que era solo para mí.

Beckett: ¿Te quedan pralinés?

Sonreí.

Piper: Sí, pero no por mucho tiempo. Esta noche llevaré la caja a casa de mis padres. Y ya te digo que entre mi madre y yo, no dejaremos nada.

Beckett: Te mandaré más, no te preocupes por eso.

Piper: Beckett, ¿recuerdas lo que hablamos esta mañana?

Beckett: Claro que sí. Y ya ves: no son ni las cuatro y ya te estoy enviando un correo por privado. Te prometo que es el último.

Estuve a punto de preguntarle por cuánto tiempo, pero me contuve. Era evidente que lo estaba intentando pero fracasaba estrepitosamente. El día anterior dijo que no podía hacer ninguna promesa.

Entonces me volvió a enviar otro email.

Beckett: ¿Vas al evento de esta noche?

Este hombre no tiene remedio. Una vez más, yo era la única destinataria.

Beckett: Esta noche estaré en el evento de marketing, y me parece que vuestra agencia está invitada. ¿Te veré allí?

Fruncí el ceño y eché un vistazo al archivo adjunto. Mierda. *Estábamos* invitados al evento y lo había olvidado por completo.

Miré mi calendario y allí estaba correctamente señalado. ¿Cómo se me había pasado?

Piper: Sí. ¿Cómo deberíamos… comportarnos?

Beckett: Somos adultos, se supone que somos capaces de mantener la distancia.

Eso no te lo crees ni tú.

Inmediatamente le envié un mensaje a mi madre para decirle que no podría ir a su casa esa noche.

Piper: Hola, mamá. Lo siento, se me olvidó por completo que tengo un evento de trabajo esta noche. No podré ir a cenar con vosotros.

Mamá: No te preocupes, pero guárdame algún praliné para cuando nos veamos.

Piper: Claro que sí.

Beckett dijo que podía conseguirme más. *Bueno… ya que no podré volver a besarlo, los bombones serán mi consuelo.*

Normalmente me entristecía tener que cancelar un plan con mis padres, pero esta vez no. Y todo era porque iba a volver a ver a Beckett. Menos mal que llevaba ese vestido, que era perfecto para un cóctel de negocios. Seguía sin creer que se me hubiera olvidado; no era propio de mí. ¿Debería pedirle a un compañero que fuera en mi lugar?

No, acudir a eventos era parte de mi trabajo y me alegraba saber que Beckett estaría allí. Solo tenía que prepararme mentalmente para resistir la sensualidad de sus labios y el hechizo de sus ojos castaños.

***

Pero cuando llegué al local, ya no estaba tan segura de haber logrado reforzar mis defensas; empecé a buscar con la mirada a un hombre alto e increíblemente guapo. El lugar estaba tan abarrotado que no sería fácil encontrarlo.

Quizás sea mejor que ni me lo cruce.

En definitiva, estaba allí para hacer contactos y encontrar clientes potenciales. Eso era todo.

Decidí acercarme a unos antiguos clientes para que, con suerte, me presentaran a otros potenciales clientes.

Divisé a Monica entre la multitud, con quien había trabajado el año anterior, y me dirigí hacia ella.

Estaba a punto de alcanzarla cuando una voz sexy me dijo:

—Por fin. Te estaba buscando.

Capítulo Catorce

PIPER

Me detuve en seco y giré la cabeza: Beckett estaba justo a mi lado, con un elegantísimo traje hecho a medida. Tenía mucho estilo y estaba sexy a rabiar.

—¡Hola! —saludé.

—¿Quieres que me dé la vuelta para que puedas verme el culo también? —preguntó con una ceja levantada.

Contuve el aliento. Joder. Ni siquiera hizo el mínimo esfuerzo por disimular nuestra evidente atracción.

—¿Es mi imaginación o esta mañana dijimos que mantendríamos el tono profesional? —pregunté con el ceño fruncido.

Su sonrisa se desvaneció un poco:

—No, no es tu imaginación.

—Bueno —me aclaré la garganta y me puse lo más erguida posible—, entonces deberíamos…

—Sí, tienes razón —me detuvo, pero por la forma en que me miró, estaba claro que no creía que tuviera razón.

—Haré todo lo posible por mantener la distancia esta noche, pero…

—¿Pero qué? —pregunté.

—Tengo una caja de pralinés en el coche para ti.

—¡Beckett! —exclamé—. ¡No puedes ser tan malo conmigo!

—Quería complacerte.

Su comentario me dejó sin aliento. *¿Soy yo o eso ha sido una insinuación descarada?*

—Cuando te vi me pareció que ibas a hablar con alguien. No quiero entretenerte —dijo antes de dar un paso atrás.

—Gracias. Que te diviertas.

—Eso espero. —Y con un guiño, agregó—: Los pralinés pueden esperar a que termine el evento.

—Perfecto.

Sin volver a mirarlo, me dirigí hacia Monica, que seguía en el mismo sitio y estaba sola.

—¡Hola, Piper! —saludó cuando me acerqué.

—¿Qué tal, Monica? Sabía que te vería aquí esta noche.

Hablamos sobre cómo le había ido a su empresa desde que hicimos la campaña de marketing. Me gustaba ponerme en contacto con antiguos clientes para comprobar que nuestro trabajo había marcado la diferencia.

Durante el resto de la noche, busqué meticulosamente a otras personas que conocía y me presentaron algunos clientes potenciales.

Tomé todos los recaudos para no cruzarme con Beckett. Pero fui consciente en todo momento de dónde estaba en la sala, así como que no me quitaba los ojos de encima. Al principio, pensé que lo había pillado por casualidad. Luego me di cuenta de que mi cuerpo me enviaba señales; la primera vez que sentí un cosquilleo en mi piel, no sabía qué estaba pasando, hasta que levanté la vista y me percaté de que Beckett me estaba observando atentamente.

La segunda vez que ocurrió, me estaba devorando con la mirada sin ningún pudor.

Estuve nerviosa toda la noche. Menos mal que tenía que hablar con muchos clientes; de lo contrario, habría terminado otra vez junto a Beckett. Su magnetismo era irresistible. Tres horas más tarde, finalizó el evento, y los invitados empezaron a marcharse.

Ni siquiera había prestado atención a la comida y empecé a sentir un poco de hambre. Mientras la sala se vaciaba, me dirigí al bufé, llené un plato con lo que parecían albóndigas y croquetas de queso, y me las comí rápidamente.

Estaba tan concentrada en mi plato que me costó darme cuenta de las señales. Sentí un ligero cosquilleo y fue entonces cuando vi a Beckett al otro extremo de la mesa, mirándome con una enorme sonrisa. Se me estaban acabando las excusas para mantener la distancia, de modo que me acerqué a él. Además, se suponía que tenía que ir a buscar mi caja de pralinés, ¿no?

—¿Es mi imaginación o te estás riendo de mí? —pregunté, antes de llevarme la última croqueta a la boca. Estaba deliciosa.

—Llevo toda la noche observándote, pendiente del momento en que te acercarías al bufé. Te has tomado tu tiempo.

—Menos mal que aún quedaba algo. Estaba pensando en coger algunos dulces, pero entonces recordé que tienes unos pralinés para mí, así que me voy a reservar para eso.

—Claro. —Sus ojos brillaron—. ¿Quieres que te traiga la caja?

—Puedo acompañarte al coche. ¿Está muy lejos?

—No, el aparcamiento está justo detrás del edificio. Te llevaré a tu casa.

Uy, eso suena a peligro.

—Puedo pedir un Uber —respondí, consciente de que en el fondo quería pasar tiempo con él—. Pero si no te importa…

Sus ojos volvieron a brillar:

—Claro que no me importa, Piper, te lo aseguro. ¿Estás lista para irte?

—Sí, me he quedado unos minutos más solo porque quería comer algo.

—Lo tendré en cuenta —respondió entre risas.

—¿En cuenta para qué?

—Prefiero no decírtelo. Venga, vamos al coche.

El simple hecho de caminar junto a Beckett me encendía. ¿Cómo lograría resistir el trayecto hasta mi casa con él a mi lado? Pero ya había dicho que sí, y podía aprovechar para hablar un poco sobre la campaña.

Una vez fuera, el aire fresco me hizo tiritar, y me froté los brazos para calentarme. Acto seguido, Beckett se quitó la chaqueta del traje.

—¿Tienes calor? —pregunté.

—No —respondió extrañado, antes de ofrecerme su chaqueta—. Póntela.

—Gracias. Es muy amable por tu parte.

Me la puse sobre los hombros. Era enorme, pero me quitó el frío. Entonces, me vi envuelta de su irresistible aroma.

—Por ahí —dijo, señalando hacia la derecha y poniéndome una mano en la espalda.

Menos mal que me había dado su chaqueta, porque si hubiera puesto su mano sobre la fina tela de mi vestido, quién sabe lo que habría pasado. Aún así, mi temperatura corporal se disparó mientras me guiaba hacia el aparcamiento y me abrió la puerta de su BMW.

En cuanto entré al coche me quité la chaqueta.

—No te la quites —dijo.

—Aquí dentro no la necesito.

La doblé y la dejé sobre mi regazo mientras él me cerraba la puerta. *Puedo hacerlo*. Sacaría el tema del anuncio y el viaje se pasaría rápidamente.

Mientras Beckett se subía al coche, abrí el navegador de mi teléfono.

—¿Vives en Irish Channel? —preguntó al mirar la pantalla.

—¡Sí! ¿Conoces la zona?

—He estado allí unas cuantas veces, pero no lo conozco bien.

—Vivo en un *shotgun*[1]. Bueno, mi casa está hecha de dos unidades para ser más exacta.

—Vaya, no me lo esperaba —comentó Beckett, mientras aceleraba el coche.

—De niña soñaba con vivir en una casa *shotgun*, y la primera vez que vi una por dentro, me di cuenta de que era demasiado pequeña. Pero entonces encontré esta, que tiene el tamaño justo, mucha personalidad e historia. Me encanta.

—Estoy deseando verla —dijo Beckett.

Me moví en mi asiento, relamiéndome los labios. Me encantaría invitarlo a entrar, pero ¿sería lo más apropiado?

Maldita sea. Se supone que debo hablar de trabajo. Del anuncio… de cualquier cosa.

Pero no podía.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo allí?

—Hace cinco años que compré esa casa. Antes vivía en Marigny.

—Qué curioso. —Volvió la cabeza hacia mí antes de volver a centrarse en la carretera—. ¿Te gustaba Marigny?

—¡Me encantaba! Pero no encontré nada dentro de mi presupuesto. —Me reí al recordar la cara que ponían todos los agentes inmobiliarios cuando les especificaba lo que quería—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque justo estoy buscando casas en esa zona.

—¿Quieres mudarte del ático? —Era el lugar más espléndido que había visto nunca, me sorprendió que quisiera mudarse.

—Me gustaría vivir en un chalé con jardín para Charlotte. El ático es maravilloso, pero no lo compré pensando precisamente en una familia.

—¿De verdad? ¿A pesar de tener cinco hermanos?

—Hasta hace poco los seis estábamos solteros y ninguno pensaba sentar cabeza.

—¿Y qué pasó?

—No lo sé.

Apenas pude contener la risa porque lo dijo como si fuese un asunto muy serio.

—¿Quizás encontraron a la persona adecuada? —sugerí.

—Eso es lo que dice todo el mundo. Yo, en cambio… Da igual.

—Me estabas contando que estás buscando una casa para mudarte con Charlotte —dije para cambiar de tema. Que se preocupara tanto por su hija me conmovía.

—Sí, pues eso, a los niños les encanta estar al aire libre. Yo mismo crecí en una casa con jardín y la disfrutamos muchísimo. El ático tiene una terraza en la azotea, pero es muy insegura.

—¡Claro! Tendrías que estar todo el tiempo estresado pendiente de dónde está la peque.

—Exacto. Además, mi hermano Chad también vive en Marigny, lo cual me vendría muy bien, y de paso, estaría más cerca de la sede *LeBlanc-Broussard*.

Pese a que era mi oportunidad para dar el paso a una charla de negocios, no pude. Quería saber más sobre Beckett.

—¿Cómo va la búsqueda de niñera?

—La agencia me envió una señora estupenda. Se llama Agatha. Estamos muy contentos con ella.

—¿Y Charlotte se ha quedado con Agatha esta noche?

—No, con mis padres. Tengo mucha suerte de contar con el apoyo de toda mi familia.

—Ya te digo —respondí justo cuando giramos hacia mi calle.

Beckett condujo hasta la puerta de mi casa. Cuando llegamos, la miró con una sonrisa:

—Me has convencido. Por fuera tiene mucho encanto.

El exterior estaba pintado de azul claro, y los escalones del porche delantero y las puertas de azul oscuro.

—Los pralinés están en el maletero —me explicó antes de bajarse del coche para ir a buscar la caja.

Al abrir la puerta del acompañante, descubrí que Beckett ya estaba esperando a que saliera.

—Gracias por traerme a casa —dije. Después de agarrar la caja, añadí—: Y por los bombones, por supuesto.

Apreté la caja contra mi pecho y, con cuidado, coloqué su chaqueta en el reposabrazos del BMW. Pero al bajarme del coche, calculé mal la distancia y choqué contra él. Ese simple contacto le arrancó un gemido.

—Dios mío, lo siento mucho. ¿Te he hecho daño?

Quería asegurarme de no haberle pisado con el tacón.

—No, estoy bien. ¿Y tú? —preguntó, colocando una mano en la cintura.

—Igual. No me he tropezado y los pralinés están a salvo —respondí apretando la caja contra mi pecho.

—No vaya a ser cosa que se arruinen —dijo con una sonrisa.

—Casi me da algo. No puedo permitir que se echen a perder.

Dios, estaba tan cerca. Mi calle tenía muchas farolas, pero justo donde estábamos la iluminación era escasa. Aun así, podía ver el fuego en sus ojos. Lo *sentía*.

Y entonces Beckett se acercó y me besó con tanta pasión que no pude negar lo mucho que lo necesitaba, lo mucho que ansiaba que eso sucediera.

Me entregué a sus labios con fervor. Lo deseaba, y conforme profundizaba el beso aumentaba mi excitación. Jadeé contra su boca, presionando mis caderas contra las suyas. Seguía sosteniendo la caja de pralinés, pero aparté una mano para acariciarle su musculoso y robusto hombro. Era tan fuerte y corpulento que podría lanzarme a sus brazos sin previo aviso, y no perdería un segundo el equilibrio.

—Joder, Piper —dijo al separar su boca de la mía.

En lugar de detenerse, continuó bajando por mi cuello. Incliné la cabeza para facilitarle el recorrido y que llegara a todas partes.

—Entremos, Beckett.

Se detuvo.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

Con otro gemido, se enderezó y asintió:

—Entremos.

---

1 Nota de la Traductora: Se denomina *shotgun* a un estilo de vivienda rectangular y estrecha, de no más de tres metros y medio de ancho, con habitaciones dispuestas una detrás de la otra y puertas en cada extremo, que se hizo muy popular en el sur de Estados Unidos a fines del siglo XIX.

Capítulo Quince

BECKETT

Mantuve mi mano alrededor de su cintura y caminé a su lado hasta que llegamos a la puerta principal. En cuanto ella abrió la puerta y entramos en su casa, la giré para volver a besarla. Piper dio un pequeño grito y me di cuenta de que algo había caído al suelo. Probablemente era la caja de pralinés, pero ninguno de los dos le dio la menor importancia.

Volví a capturar su boca, besándola aún más apasionadamente que antes. Pensé que ese beso sería suficiente para saciar mi deseo, pero qué equivocado estaba. Ahora solo quería más. Quería hacerla llegar al clímax. Quería hacerla mía.

—Piper, dime que me vaya.

—No.

—No sabes lo mucho que te deseo.

—Yo también te deseo —susurró, y fue mi perdición.

Cualquier esperanza de autocontrol se desvaneció por completo. Iba a hacerla mía esa noche. Iba a tener a Piper Dawson solo para mí.

En la habitación a oscuras, nos movimos sin rumbo fijo hasta que se detuvo junto a una pared y encendió la luz. Estaba demasiado consumido por ella como para prestar atención a cualquier otra cosa. Avanzamos por un estrecho pasillo, probablemente hacia su dormitorio, sin dejar de tocarla ni un segundo. Necesitaba besar su espalda, su cuello, su boca, cada parte de su cuerpo. Ella se rió cuando le aparté el pelo hacia un lado y le besé la nuca. Aminoró la marcha y empezó a jadear, empujando ligeramente su trasero hacia atrás.

—¿Has cambiado de opinión? —pregunté.

—No, para nada —respondió con la misma urgencia que yo sentía.

Sonreí contra su piel y volví a besarle la nuca. Ella gimió una vez más y le subí el vestido hasta la cintura. Lentamente, deslicé una mano sobre sus bragas y descubrí que las tenía empapadas.

—Joder. ¿Cómo es que ya estás tan mojada?

—Ya ves lo mucho que me gustas… —dijo en un susurro apenas audible.

Deslicé mi mano dentro de sus bragas; necesitaba comprobar exactamente cuán húmeda estaba, y mi polla palpitó cuando hice contacto.

—Podría meterte dos dedos ahora mismo. Estás preparadísima…

—Sí —susurró.

Pero no lo hice. Quería esperar y estimular su clítoris hasta sentir cómo se deshacía en mis brazos. Su cuerpo se ablandó y sus gemidos se volvieron más fuertes que antes.

—Beckett, Dios mío. ¿Qué me estás haciendo? —Su voz se tornó aguda, quebrándose al final.

—Quiero que te corras, Piper. —Ella se estremeció ante mis palabras y se le puso la piel de gallina—. ¿Tienes ganas de un orgasmo?

—Sí.

—¿Muchas ganas?

—¡Muchísimas! —Su voz volvió a convertirse en un susurro. Apoyó la cabeza en mi hombro y jadeó—. Dios mío, no me lo puedo creer. Ya estoy…

—Sé que estás ahí, preciosa. Quiero llevarte al límite.

Ella presionó su trasero contra mi pene, y tuve que armarme de valor durante unos segundos para no follármela allí mismo. Le estimulé el clítoris una y otra vez hasta que sus piernas se debilitaron por completo. Piper perdió el equilibrio por una fracción de segundo, y la sostuve con mi brazo, bien pegada a mí.

Un gutural grito llenó la casa. Sentir cada vibración de su cuerpo contra el mío fue una experiencia sublime. Piper se retorcía y sus piernas finalmente cedieron. Seguí acariciándola mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja. Aún no había terminado de correrse. Joder, me moría por meterme dentro de ella y sentir la contracción de sus paredes internas.

—Beckett —dijo entre jadeos. Mientras bajaba lentamente del clímax, retiré la mano—. Entremos al dormitorio.

Nos habíamos detenido justo delante de la puerta. La abrí y la luz del techo se encendió. Piper había pulsado el interruptor, lo que me permitió verla bien por primera vez desde que había empezado a besarla en la calle. Tenía el vestido subido hasta la cintura.

—Vaya culazo tienes. Date la vuelta.

Piper se giró lentamente. Sus bragas blancas estaban completamente empapadas, tenía las mejillas sonrojadas, el pelo revuelto y un poco de sudor en las sienes. Era el epítome de la sensualidad.

Di un paso adelante, cogí el bajo de su vestido y ella levantó los brazos. *Qué sincronizados estamos*. Se lo quité rápidamente y lo tiré a un lado. Su sujetador hacía juego con las bragas, pero también quería deshacerme de él. Lo único que importaba en ese momento era hacerla mía.

Sus manos recorrían mi cuerpo mientras volvía a explorarla. Cuando me bajó los pantalones, saqué mi cartera del bolsillo trasero. Me enderecé y saqué un condón; tenía la costumbre de llevar uno siempre conmigo. No era algo de lo que estuviese orgulloso, pero para esa ocasión me vino de perlas.

Piper se mordió el labio antes de coger el condón de mis manos. Abrió el paquete sin dudarlo un segundo… me estaba volviendo loco.

Una vez que me quité toda la ropa que me quedaba, quiso entregarme el preservativo.

—Pónmelo tú, preciosa —pedí—. Quiero sentir tus manos en mi polla.

Lo desenrolló a lo largo de mi erección y empezó a bombear.

Acto seguido, comenzó a recorrer mi torso con su boca y besarme el cuello sin dejar de acariciarme el pene, y mi visión se nubló por un instante. Gemí por la necesidad imperiosa de penetrarla.

La llevé a la cama y ella se sentó en el borde. Me miró con picardía, me dio un beso en la parte baja del abdomen y recorrió mis oblicuos con la boca hasta casi tocar mi polla.

—¡Joder! —gruñí.

Estuve a punto de correrme.

Le puse las manos en los hombros para inclinarla hacia atrás; ella entendió el mensaje y se tumbó boca arriba.

—Me encanta esta cama —dije, al darme cuenta de que era mucho más alta que la mía, lo que permitía que su entrada quedara a la altura de mi miembro.

Ella sonrió y se masajeó los pechos con ambas manos. Ver cómo se tocaba íntimamente me hizo perder la cabeza. Me coloqué en su entrada y empecé a introducir la punta.

Piper abrió los ojos y soltó un pequeño grito.

—La tienes enorme —susurró. Por eso mismo quería ir despacio.

Estaba completamente mojada, pero también contraída por el orgasmo, y sus músculos aún no se habían relajado del todo. Introduje otro centímetro, y, por suerte, me pudo acoger mucho más rápido de lo que pensaba.

—Por favor, la necesito toda.

—¿Qué?

—Que me la metas toda, por favor.

¿Cómo podía resistirme a sus súplicas?

Seguí abriéndome camino sin dejar de observarla, pendiente a cualquier indicio de incomodidad. Pero no sucedió, ni siquiera cuando estuve completamente dentro de ella. Incliné la cabeza y solté un intenso gemido. Lo tenía puñeteramente apretado, y me

envolvía con fuerza. Me acerqué para besarle la clavícula mientras empezaba a embestirla. Ella subió una palma por mi espalda, desde la columna hasta la cabeza, para hundir las manos en mi pelo.

Dejó caer las rodillas a los lados, y se abrió para que la penetrara con fuerza. Su cuerpo vibraba; podía sentirlo a pesar del ritmo frenético de mis embestidas.

—¡Beckett, voy a correrme otra vez! —gritó. Parecía completamente sorprendida.

Me enderecé y bajé una mano para estimularle el clítoris. Al segundo, su excitación se disparó, se llevó las manos a los pechos, cerró los ojos con fuerza y apretó los labios.

Percibí su descarga de placer en lo más profundo de mi ser. El orgasmo envolvió todo su cuerpo; estaba conectado a todo lo que Piper sentía. No tuve tiempo de asimilarlo, un segundo después me rendí con ella. Mi orgasmo fue tan poderoso que perdí completamente el sentido. Juntos, éramos puro fuego.

Piper apoyó los talones y las palmas de las manos en el colchón, para elevar el culo y responder a mis embestidas hasta quedar completamente agotado.

Me retiré y me puse de pie. Ella se apoyó en los codos y le hice espacio para que se levantara de la cama.

—Me encanta tu sonrisa —confesé.

—Deberías estar orgulloso, tú eres el responsable —dijo antes de señalar una puerta al otro lado de la habitación—. Ahí está el baño, es un poco pequeño pero es el que tengo. Ve tú primero. Yo necesito un respiro.

Es verdad, la he dejado muy satisfecha.

Me dirigí al baño y me duché rápidamente. Piper entró mientras me secaba con la toalla. Le di una palmada en el trasero y me guiñó un ojo antes de meterse en la ducha. Cuando salió, yo ya estaba vestido.

—¡Madre mía! —exclamó, ajustándose la bata—. Tienes que volver a casa con Charlotte, ¿no?

—Sí. —Me sentía fatal por tener que irme—. Les dije a mis padres que volvería hace media hora.

Piper hizo una mueca de dolor. Me acerqué y le acaricié la cara con ambas manos:

—Me encantaría quedarme más tiempo.

—No te preocupes. Vas tarde, así que anda, vete.

Mientras caminábamos hacia la puerta principal, no dejaba de mirar a mi alrededor.

—Tienes razón. Tu casa es muy acogedora.

Tenía una combinación de muebles bastante peculiar: un sofá gris, una mesa de metal y una falsa araña colgando del techo. Detrás del sofá había una pared cubierta de estanterías, y en el centro un gran ventanal.

Mientras agarraba el pomo de la puerta, la miré fijamente:

—¿Estás bien? Siento tener que irme así; he perdido completamente la cabeza —admití—. Olvidé que tenía un horario que cumplir.

Ella me dedicó una tímida sonrisa:

—Bueno, no pasa nada. —Pero entonces su sonrisa se desvaneció al señalar el desastre que había en el suelo—. ¡Oh, no! ¡Mis pralinés!

—¿Qué demonios? ¿Cómo ha pasado esto?

Se habían salido de la caja y estaban esparcidos y aplastados por el suelo.

—Creo que los hemos pisado —dijo con un gesto de desilusión—. ¡Qué pena! Tenía muchas ganas de comerlos.

Me acerqué a ella y le puse un dedo en los labios:

—Mañana te traeré una caja nueva.

Piper sonrió, y estuve a punto de volver a besarla. Pero quién sabe si sería capaz de detenerme solo en un beso. De modo que, en lugar de quedarme, abrí la puerta y salí.

—Cuídate, Piper.

—Tú también.

Suspiré. No tenía ganas de irme, pero tenía que pensar en mi pequeña.

Capítulo Dieciséis

BECKETT

A la mañana siguiente, Charlotte durmió hasta las siete. No podía creerlo.

Mis padres no se sorprendieron en absoluto de que llegara tarde, aunque mi madre me lanzó algunas miradas curiosas. Afortunadamente, no hizo preguntas.

No podía creer que hubiera perdido la noción del tiempo… y el control de mí mismo. Pero mi deseo por Piper había sido más fuerte. Ni siquiera tuve tiempo de considerarlo.

Ahora me encontraba en medio de un dilema, pero no iba a analizarlo sin antes tomarme un buen café. Además, tenía que encargarme de resolver otro asunto.

Mientras tomaba mi primer *espresso* del día, llamé a Bailey, la prometida de Xander, que gestionaba la pastelería y sabía que empezaba la jornada laboral muy temprano.

—Hola, Beckett —respondió con voz cantarina. Se oía música al otro lado del teléfono.

—¿Te he pillado con las manos en la masa?

—¿Cómo lo sabes?

—Te conozco: son apenas las ocho y ya tienes la música a todo volumen.

—Es verdad —admitió entre risas—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Necesito una caja de pralinés.

—Claro. ¿Para una ocasión especial?

Dudé un instante antes de responder:

—Son para una persona a la que le gustan mucho.

—Beckett, a todo el mundo le gustan los pralinés *LeBlanc-Broussard*.

—¿Podrías hacer un surtido con los mejores? Es una auténtica fan.

Cerré los ojos al darme cuenta de que había revelado demasiado.

—¿Esa "persona" es Piper?

Su pregunta me despertó más que el café. *¿Cómo diablos…?*

—Xander te lo ha contado.

—No, no ha sido él. Isabeau y Celine me pusieron al corriente cuando les llevé unas cajas de pralinés. Se rumorea que… la verdad, es mejor que no lo sepas.

—Sí, mejor no me digas nada.

—Te prepararé una caja y, como hoy tengo que ir al Barrio Francés a ver a Xander, puedo dejártela en la sede.

—Estupendo, hoy iré a la oficina por la tarde. Avísame cuando estés por allí y pasaré a recogerla. —Dudé un segundo y luego añadí —: ¿Puedes no contarle nada de esto a mi hermano?

—Beckett… Me pones en un aprieto muy grande —dijo, pero me di cuenta de que estaba conteniendo la risa—. No quiero ocultarle nada a mi prometido.

—Pero es un secreto tuyo que no tiene nada que ver contigo.

—Tienes razón, no le diré nada.

—Gracias, Bailey.

—De nada.

Después de colgar, terminé el café y le envié un mensaje a Piper.

Beckett: Buenos días. ¿Cómo estás? Y, de nuevo, perdona por haberme ido tan rápido anoche.

Piper: Estoy bien. Y como es viernes, trabajo desde casa.

Beckett: Yo también estoy en mi casa. Mi jefa me tiene aquí prisionero.

Agatha estaba resfriada y le dije que se tomara el día, de modo que tuve que quedarme en casa con Charlotte.

Piper: Tu jefa es la persona más comestible del mundo.

Sonreí y miré a mi bebé.

—¿Has oído eso? —le susurré—. Eres mi jefa y la persona más comestible del mundo.

También era una máquina de hacer caca. Justo después de besarle la frente, su pañal se desbordó. Tuve que dejar el teléfono y salir corriendo al baño con ella.

Una vez cambiada, le preparé el biberón. Había empezado a cogerle el ritmo, y lo disfrutaba muchísimo. Sin embargo, necesitaba a alguien que la cuidara por la tarde mientras me embarcaba en mi misión de conseguir los pralinés. Le envié un mensaje a Isabeau para ver si estaba disponible, y me respondió con un rotundo sí.

Mi abuela llegó a las cuatro en punto.

—¡Aquí está mi pequeña! —exclamó, agarrando a Charlotte de mis brazos.

Mi niña parecía haberle cogido mucho cariño. Aunque, a decir verdad, le gustaba cualquier persona que la alzara en brazos y le hiciera caricias.

—He dejado todo listo. ¿Quieres que te enseñe otra vez cómo se prepara el biberón?

—¡Beckett, por favor! —dijo Isabeau—. Ya le he cogido el truco.

No era una experta en electrodomésticos modernos, pero se estaba apañando muy bien.

—Entonces me voy.

—Sí, tómate todo el tiempo que necesites.

—Gracias de nuevo.

—¿Vas a una reunión de negocios?

Su pregunta me pilló desprevenido:

—No, solo tengo que hacer un recado en el Barrio Francés.

—Bailey y Xander también estarán allí. ¿Vas a reunirte con ellos?

Me aclaré la garganta. Me estaba adentrando en arenas movedizas.

—Sí, pero solo los veré un momento. No quiero estar de sujetavelas.

—Bailey también va a pasar por nuestra tienda con unas cajas de pralinés.

Y con ese dato supe que no tenía ninguna posibilidad. Conocía demasiado bien a mis abuelas y sabía que tarde o temprano se enterarían. Isabeau era admirablemente hábil para interrogar y obtener información, incluso sin la presencia de Celine; de hecho, era más efectiva cuando actuaba sola.

—Sí —confesé—. Le pedí a Bailey que me preparara una caja para mí.

—Un pedido especial. ¿eh? Supongo que estás tratando de impresionar a alguien —concluyó Isabeau—. ¿Se trata de la misma persona a la que le cocinaste mi *jambalaya*?

—Ya es suficiente por hoy —contesté con un bufido.

—Como ya te he dicho alguna que otra vez, no hace falta entrar en detalles, pero estoy muy orgullosa de ti. Y, para que lo sepas, te noto diferente.

Entrecerré los ojos, pero no dije nada. Tampoco podía contarle a mi abuela que la noche anterior me había acostado con Piper.

—Como siempre, llámame si pasa algo, ¿vale?

—¡Sí! Déjanos disfrutar de nuestro tiempo juntas. Ya la has acaparado bastante por hoy.

—Sabes que soy su padre, ¿verdad? —dije entre risas.

—Sí, pero se necesita una aldea para criar a un niño. Y como somos tu tribu, comparte a tu hija con nosotros.

Besé a Isabeau en la frente antes de irme. De camino a mi coche, saqué mi teléfono para confirmar que Piper estuviese en su casa. Eran las cuatro de la tarde y era probable que aún no hubiese terminado la jornada laboral.

Tal como había previsto, Bailey me pidió que me acercara a *Fragrant Delights*. Seguramente Isabeau ya hubiese puesto al corriente a Celine, y lo agradecía: de lo contrario, me habría bombardeado a preguntas.

Xander y Bailey estaban dentro de la tienda cuando llegué. Había unas cinco docenas de cajas de pralinés en el mostrador.

—¡Vaya! ¡Has traído un montón! —exclamé.

Celine me miró con una gran sonrisa:

—Isabeau y yo hemos tenido una idea brillante: obsequiar una caja a nuestros clientes más fieles. Así nos aseguraremos de que vuelvan.

—Pralinés y perfumes. Es una combinación que no puede fallar —afirmé.

Mis abuelas no dejaban de sorprenderme e inspirarme. Incluso a su edad, continuaban esforzándose por expandir y mantener la lealtad de su clientela.

—¿Una de esas cajas es la mía? —le pregunté a Bailey.

—No, esta es la tuya —dijo, y sacó una de su bolso—. La guardé aparte.

—¿Y eso? —pregunté arqueando una ceja.

—Esta mañana hice un experimento y preparé una tanda con ingredientes que nunca había utilizado antes, como lavanda y… otras flores.

Xander la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Vaaale —suspiró Bailey—, no puedo ocultártelo.

—Cariño, no hace falta. Hay secretos que es mejor no revelar —intentó cortarle Celine.

—Lo siento, Celine, pero no puedo —respondió Bailey—. Llevaba tiempo queriendo probar añadir esencia de lilas a los pralinés, y hoy por fin lo he hecho. —La mirada de culpabilidad en su rostro era de lo más cómico—. La lavanda queda muy bien, y he descubierto que la lila también. Pero si no te convence, puedes elegir otra.

—Ya te he dicho que no creo en estas tonterías —negué con la cabeza—. Me quedo con mi caja.

Xander seguía mirando a Bailey con el ceño fruncido.

—Hermano, ¿qué te pasa? —le pregunté.

—No me gusta que la gente se entrometa en la vida de los demás —respondió.

—Venga ya, Xander —intervino Celine—. Y para que te quedes más tranquilo, la lila no actúa así de fácil; aunque funciona bien en

perfumes, necesita combinarse con otros ingredientes. Aún así, me lo he pasado de maravilla con Bailey preparando la receta.

Me sentí extrañamente decepcionado porque Celine no creyera que fuese a tener ningún efecto. *Madre mía, se me está yendo la cabeza*.

Bailey le sonrió a Celine:

—Sí, fue muy divertido.

—Xander, déjalas que se entrometan, ya sabes que les encanta —comenté con humor—. Bueno, chicos, tengo que irme. Oye, ¿cómo es que la tienda está tan vacía? —le pregunté a Celine. Los viernes por la tarde solía haber mucho tráfico en el Barrio Francés.

—Le he dado la vuelta al cartel. No me gusta que entren clientes cuando mi familia está aquí.

—No me había dado cuenta. ¿Quieres que le dé la vuelta de nuevo?

—No te preocupes, ahora lo hace tu hermano cuando se vaya.

Saludé a todos con la mano y me dirigí hacia la puerta.

—¡Que te diviertas! —exclamó Bailey—. Y ya me cuentas si te ha gustado el sabor.

Ahora entiendo por qué mis abuelas adoran tanto a Bailey: son tal para cual.

—Claro —le prometí. Aunque la lila no tuviera el efecto deseado, podrían aprovecharla por su sabor.

Salí de la tienda con energía renovada. Reflexioné en lo diferente que era mi vida ahora. Antes, me habría pasado la noche de juerga en el Barrio Francés yendo de bar en bar con el único objetivo de ligar. Ahora me daba cuenta de lo superficial y vacío que aquello era.

Solo imaginar la expresión de Piper cuando me apareciera en su puerta me hacía feliz. Aunque la noche anterior había usado el GPS, recordaba perfectamente su calle. Además, su casa era inconfundible: la única azul de la manzana, parecía sacada de una película de Pitufos.

Subí los escalones de la entrada y llamé al timbre. Al no obtener respuesta, volví a pulsar. Entonces escuché atentamente y sonreí al percibir pasos acercándose. Cuando Piper abrió la puerta, estaba

ruborizada y tenía un mechón de pelo pegado a la comisura de la boca.

—Hola —saludó, casi sin aliento.

—Te he traído pralinés, como prometí —dije levantando la caja.

—Pensé que te habías olvidado —respondió con una sonrisa.

—¡Jamás! Lo prometido es deuda.

—¿Quieres pasar? —ofreció con evidente alegría.

—Claro, puedo quedarme un ratito.

—Me estaba tomando una copa de *Aperol* en el jardín y leyendo un libro. Pero la verdad es que tú eres mucho mejor compañía que *Moby Dick*.

—¿Eso ha sido cumplido?

—Sí —respondió entre risas—. Hoy me ha dado por probar con libros clásicos. Este libro, por ejemplo, lo compró mi madre hace años y lleva todo este tiempo cogiendo polvo.

—¿Qué sueles leer? —pregunté, mientras ella abría la caja de pralinés.

—Libros eróticos.

—¿Cómo has dicho? —pregunté, extrañado.

—¿No conoces la literatura erótica? —replicó con una ceja levantada.

—La verdad es que no leo mucho.

—Es una especie de novela romántica.

—Ah, claro —asentí.

Se llevó un praliné en la boca y añadió:

—Pero con muchas escenas sexuales.

Oír la palabra "sexuales" de su boca mientras se comía un bombón encendió mi imaginación

—Mmm… ¿estos son nuevos no? No los había probado antes —comentó, y no pude leer su expresión.

—¿Pero te gustan o no?

—¡Están buenísimos! —exclamó con brillo en la mirada—. ¿Quieres uno?

—¿Por qué no? —Tenía curiosidad por saber qué sabor tendría el experimento de Bailey.

Lo probé; estaba tan delicioso que tal vez se convertiría en uno de mis favoritos.

Piper tomó otro mientras me mostraba su casa. Me acerqué, poniéndole una mano en la cintura. Ella se detuvo y acerqué mi boca a su oído:

—Llevo todo el día esperando este momento.

—Yo también —susurró.

—Desde que me fui anoche, no he dejado de pensar en ti.

Ella giró la cabeza lentamente, y le besé la comisura de la boca. Al instante, noté cómo se le erizaba la piel de los brazos.

—No hagas que vuelva a tirar la caja de pralinés —me advirtió, pero sin apartarse.

Sonreí contra sus labios:

—Eso solo me daría una excusa para volver con una caja nueva.

—No necesitas una excusa para venir. Eres bienvenido cuando quieras. Charlotte también.

Su comentario no consiguió aplacar mi deseo, pero que pensara en mi hija me conmovió profundamente.

—¿Te apetece un *Aperol*? —preguntó mientras se dirigía hacia la puerta.

—No puedo beber alcohol, tengo que conducir.

—Ah, claro.

—Pero te haré compañía.

Me miró de reojo, guiñándome un ojo mientras salíamos al jardín. Era más pequeño de lo que pensaba, pero, al igual que su casa, resultaba único y muy acogedor.

—Tienes buena mano para las plantas —comenté, observando las flores y macetas. No parecía haber un orden estricto, pero la armonía era evidente.

—Gracias. Soy principiante, y mi madre, que tiene un talento natural con las plantas, me ayuda mucho.

Había una agradable zona de estar con dos sillones y una mesa redonda de madera.

—No bromeabas con lo del *Aperol* —dije, mirando la bebida naranja.

—¿Por qué pones esa cara de asco? —preguntó riendo.

—Es que no entiendo cómo se ha puesto tan de moda.

—Al principio, a mí tampoco me gustaba. De hecho, lo probé unas cuantas veces antes de empezar a disfrutarlo de verdad. Y ahora me flipa.

Dio un sorbo como para reafirmar su punto, antes de comerse otro praliné.

Estar con ella me provocaba una sensación inexplicable. No sabía qué era, pero quería más.

—Puedes coger otro —dijo, ofreciéndome la caja.

—¿Solo uno más? —bromeé.

—Sí, es mi caja.

—No, gracias —respondí con una sonrisa—. Solo quería probar el de sabor a lila.

Piper se quedó mirándolos y luego abrió otro.

—Un momento, ¿no eran las lilas las que supuestamente…? —dijo, enderezándose—. ¿Recuerdas la historia familiar que me contaste?

—Sí, pero al parecer, solo se aplica a los perfumes. O eso es lo que me han contado hoy.

—Ah, vale.

Estaba seguro de haber notado un matiz de decepción en su voz.

Echó los hombros hacia atrás y descruzó las piernas. Apenas había reparado en su ropa: aunque no era un vestido corto, sus preciosas piernas estaban a la vista, evocando el recuerdo de cómo se había entregado a mí la noche anterior.

Respiré hondo y decidí centrarme en su cara, sería más fácil de resistir. Estaba a punto de proponerle pedir comida a domicilio o salir a dar una vuelta, cuando mi teléfono sonó, sobresaltando a Piper.

—Es mi abuela, que está cuidando a Charlotte —expliqué antes de contestar—. Hola Isabeau, ¿va todo bien?

—Hola, cariño. Siento tener que molestarte, pero creo que deberías volver a casa. La pequeña está muy intranquila y no consigo calmarla.

—¿Tiene fiebre?

—Me parece que no, y mira que he probado de todo. Creo que solo necesita a su papá.

—Ya voy —le aseguré—. Tardaré veinticinco minutos como mucho.

Piper me miró con preocupación. En cuanto colgué, nos pusimos de pie a la vez.

—¿Le ha pasado algo a Charlotte? —preguntó alarmada.

—No lo sé con seguridad, pero mi abuela no consigue calmarla. —Lo cual me preocupaba muchísimo, pese a que Isabeau hubiera intentado restarle importancia—. Siento tener que irme corriendo otra vez. No hace falta que me acompañes a la puerta.

—No pasa nada, de verdad. Gracias por los pralinés.

Qué complicada era mi vida ahora, siempre pendiente de Charlotte. No me arrepentía en absoluto y no lo cambiaría por nada, pero entendía que no fuese la situación ideal para Piper. Aún así, no podía marcharme sin soltar lo que había ido a decirle.

—Piper, sé que a principios de esta semana…

—En realidad fue ayer —señaló. Sabía perfectamente a qué me refería.

—Ayer —continué—, te dije que no tengo tiempo para otra cosa que no sea mi hija.

—Lo sé. Y te admiro por ello. Charlotte tiene que ser tu prioridad, y lo entiendo perfectamente, Beckett.

Me acerqué a ella, poniendo una mano en su hombro y la otra bajo su barbilla:

—Pero después de lo de anoche, no puedo ni quiero estar lejos de ti. Lo que tenemos es mucho más profundo de lo que pensaba. Y no puedo ignorarlo.

—A mí me pasa lo mismo —respondió con una sonrisa—. Entonces, ¿qué hacemos?

—No lo sé —confesé—. Lo único que tengo claro es que me encanta estar contigo. Quiero verte más, pero no puedo prometerte nada. Como ves, mi vida es muy impredecible.

—No me importa —contestó sin dudar—. Puedo adaptarme a tu situación. Y recuerda que Charlotte es bienvenida aquí cuando quieras.

Tragué saliva:

—¿Es en serio?

—Sí, por supuesto. Es solo que…

—¿Qué? —insistí—. Puedes ser sincera. No quiero secretos entre nosotros, o esto fracasará antes de empezar.

—Vale. Anoche, antes de subirme al coche, estaba convencida de que seríamos capaces de limitarnos a temas de trabajo y que todo iría bien.

Su confesión me hizo reír a carcajadas.

—No te rías de mí —protestó, poniendo morros.

—Lo siento, cariño, pero estaba claro que no podríamos mantenernos alejados.

—Yo pensaba que sí, pero entonces tú te empeñaste en seducirme con los pralinés y me ofreciste tu chaqueta.

—Lo sé… Es más fuerte que yo.

—Ya me di cuenta —murmuró ella.

A pesar de ser el momento más complicado de mi vida, sentía la certeza de estar haciendo lo correcto.

Ella se aclaró la garganta y añadió:

—Quiero que sigamos manteniendo un tono estrictamente profesional en todas las comunicaciones en las que estén presentes tus empleados.

—Cuenta con ello.

Titubeó un momento antes de agregar:

—Tampoco creo que mi jefe deba estar al tanto de lo nuestro.

—¿En serio? —pregunté, frunciendo el ceño—. Josh parece bastante relajado.

—Sí, pero no creo que le haga mucha gracia. Las políticas de la empresa incluyen una cláusula que prohíbe las relaciones con clientes y empleados fuera del entorno laboral.

—¿De verdad? Piper, si esto te supone algún problema, déjame que me ocupe de solucionarlo.

—Mmm… qué sexy ha sonado eso.

Me incliné hacia ella, pero logré contenerme y me enderecé. Tenía que volver a casa.

—¿Qué haces? —preguntó con la mirada entornada—. Ibas a besarme.

—Me has pillado, pero me tengo que ir volando, y no quiero besarte con prisas.

Para evitar caer en la tentación, di un paso atrás. Piper sonrió, se recostó de nuevo, dio un sorbo a su *Aperol* y se llevó otro praliné a la boca.

—Vale. Llámame cuando las cosas se calmen un poco.

—La próxima vez, te besaré largo y tendido.

—Te tomo la palabra.

***

Cuando llegué a casa, Charlotte seguía muy alterada, pero se calmó en cuanto la tomé en mis brazos.

—Como suponía, solo quiere a su padre —comentó Isabeau.

—Y aquí estoy para ella. Muchas gracias por quedarte esta tarde.

—Cuando quieras. Es mi LeBlanc favorita.

—La mía también —dije, besando la frente de Charlotte, que me miró con ojos somnolientos—. Parece que se va a dormir. No me lo puedo creer.

—Ya ha comido y eructado —me informó Isabeau—, pero seguramente quería que tú la acostaras. Es muy bonito ver la conexión que tienes con ella.

—Por supuesto. Es mi hija.

Al ver la sonrisa irónica de mi abuela, pregunté:

—¿Y ahora qué pasa?

—Noto algo diferente en ti otra vez. Como si hubieras tomado una decisión importante.

Parpadeé un segundo antes de contestar:

—Déjalo, Isabeau. Me da hasta mal rollo.

—No te preocupes, no es nada raro, solo intuición de abuela. Pero sigue adelante con lo que sea que hayas decidido. Cuando tengo un dilema, no dejo que mis miedos se interpongan y escucho a mi instinto.

—Gracias.

Miró a Charlotte y preguntó:

—¿Cuándo podré volver a verla?

—Pronto —le prometí. Ahora mi prioridad era compensar a mi hija el tiempo que había estado fuera.

Isabeau se puso la chaqueta justo cuando sonó su teléfono, seguramente era el abuelo David que venía a buscarla. Abrí la puerta y la abracé antes de que se marchara, procurando no despertar a mi pequeña.

Cuando se despertó, le preparé el baño que tanto le gustaba, aunque esa noche parecía más cansada. Tras ponerle el pijama y acostarla en su cuna, le canté algunas nanas, y aunque no entendía mis palabras, mi voz parecía tranquilizarla.

Una vez dormida, me puse a revisar mis correos electrónicos. Había varios relacionados con el trabajo que podían esperar hasta el lunes, y uno en particular que me tomó por sorpresa. Era de la madre de Charlotte, el asunto decía "Papeles" y estaba marcado como urgente.

Lo abrí, anticipando lo peor. Le había dejado claro que solo quería tratar con ella si tenía la intención de formar parte de la vida de su hija. Elle había rechazado esa opción y me había cedido todos los derechos de paternidad, así que, ¿qué podría ser tan urgente?

Hola, Beckett. Mi abogado me ha dicho que debería tener una copia impresa de los papeles de la custodia. Creía que los había escaneado, pero no los encuentro por ninguna parte. Aquí tienes mi correo; dile a tu asistente que me envíe una copia.

Me levanté de la mesa del comedor hecho una furia. Estaba muy tranquilo después de acostar a Charlotte, pero en ese momento mi ira era tal que sentía la necesidad de salir a correr. Aunque tenía una cinta, el ruido podía despertar a mi bebé, así que decidí coger las pesas para liberar la tensión. Un poco de ejercicio físico me vendría bien.

Una vez más calmado, me dirigí a la ducha. Elle ni siquiera había preguntado por Charlotte; nada de nada. No me entraba en la cabeza que no quisiera tener ningún tipo de vínculo con su propia hija. Para mí, había sido amor a primera vista; me bastó con verla para saber que se convertiría en el ser más importante de mi vida.

Revisé mi móvil mientras regresaba al salón, sin perder de vista el vigilabebé que llevaba conmigo a todas partes. Piper me había enviado un mensaje hacía unas horas.

Piper: ¿Cómo sigue Charlotte?

Se preocupaba más por Charlotte que su propia madre.

Beckett: Muy bien. Estaba un poco molesta y solo necesitaba estar conmigo. Ahora está dormida. ¿Tú qué tal?

Piper respondió con una *selfie* mostrando la copa de *Aperol* vacía y un libro diferente al de esa tarde. Luego me mandó una captura de pantalla de una página en la que aparecían las palabras "polla" y "clítoris". Casi se me cae el teléfono.

Beckett: Ya veo. *Moby Dick* no tenía ninguna oportunidad, ¿eh?

Piper: No, y tampoco me avergüenza reconocerlo. Estaré bien acompañada el resto de la noche.

Tragué saliva.

Beckett: ¿Tienes planes para mañana por la noche?

No estaba seguro de si Agatha estaría recuperada o si alguien de mi familia podría quedarse con Charlotte, pero quería ver a Piper. Estaba siguiendo el consejo de Isabeau: no iba a ignorar el deseo irrefrenable que sentía de estar con ella.

Piper: Nada que no pueda cancelar.

Beckett: Entonces, por favor, reserva un hueco para vernos a partir de las seis.

Ella respondió casi de inmediato.

Piper: Hecho.

Capítulo Diecisiete

PIPER

¡Una cita! ¡Voy a tener una cita!

La emoción me invadía mientras me preparaba para mi gran noche. La invitación de Beckett la noche anterior me había impulsado a hacer un minucioso examen de mi armario. Había llevado varios conjuntos al salón donde tenía un gran espejo de cuerpo entero junto a la estantería. Después de probarme siete diferentes, me decanté por un vestido largo, ceñido a la cintura y de un deslumbrante azul que parecía sacado de un cuento. Además, me alisé el pelo para que quedara perfecto y brillante.

Esperaba con nerviosismo a que sonara el timbre, y como aún faltaban unos quince minutos, decidí hacer una videollamada con mi madre.

—¡Hola, cariño! —respondió, aunque no la veía en pantalla. Sonreí al reconocer el entorno; estaba trabajando en el jardín—. Estoy terminando de trasplantar unas macetas. Espera a que me quite los guantes y enfoco la cámara.

—Vale.

—¿Cómo estás? ¿Vendrás a casa esta noche?

—Hoy no puedo, mamá. ¿A qué no sabes qué? ¡Tengo una cita!

—¡Qué bien! —exclamó—. ¿Quién es el afortunado?

—Beckett LeBlanc.

—Tu cliente, querrás decir —comentó mi madre en tono de broma.

—Exacto.

—Me lo imaginaba. Me alegro de que no hayas dejado que el trabajo interfiera con tu vida personal.

—Ya… Aún así, no creo que sea lo más sensato —admití—. Pero me gusta mucho.

—Se te nota en la voz.

Momentos después, mi madre apareció en la pantalla y dijo:

—¡Oh! Llevas ese vestido azul tan bonito. Me alegra verte contenta y con ganas de conocer a un chico.

Sonreí tímidamente:

—Él es diferente… y me hace mucha ilusión.

—Ya veo. La última vez que tuviste una cita, parecía que fuiste más a cumplir con una obligación que otra cosa.

—Aquel chico no me daba buena espina —respondí entre risas.

—Seguro que os lo pasaréis genial, cariño. ¿Cómo lleva lo de ser padre primerizo? —preguntó mi madre, genuinamente preocupada.

—Bien. Es muy dedicado con su hija.

—Qué bien. Imagino que se le debe de hacer muy cuesta arriba.

Detecté un tono de duda en su voz.

—¿Pasa algo, mamá?

—Me pregunto si estás preparada para salir con alguien que tiene un bebé.

—¿Qué quieres decir?

—Que no va a ser tan fácil como salir con un hombre sin hijos. Quiero que seas consciente de que no siempre serás su prioridad.

—Solo es una primera cita —la tranquilicé—, así que no te preocupes, ¿vale? Además, que ponga a su hija por encima de todo habla bien de él, ¿no?

—Por supuesto. Pero tú eres *mi* hija y solo quiero lo mejor para ti.

—No te preocupes, mamá. Sé cuidar de mí misma.

Ella sonrió:

—Lo sé. Te he educado para que seas independiente.

Justo en ese momento, oí unos pasos en el porche delantero:

—Creo que ya ha llegado Beckett. Mañana hablamos, ¿vale? —dije y le lancé un beso.

—Claro, cariño. Que os divirtáis.

El timbre sonó justo cuando colgué. Me puse rápidamente los tacones y cogí mi bolso plateado a juego. Estaba impaciente por saber qué me deparaba aquella noche con aquel hombre tan guapo.

Abrí la puerta y se me cortó la respiración: llevaba una sencilla camisa blanca y vaqueros, pero resultaba increíblemente atractivo.

—Hola —saludé.

Beckett no respondió. En cambio, me recorrió lentamente con la mirada, deteniéndose en mi cintura antes de bajar a mis tacones.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunté, levantando un poco el vestido para que se vieran mis tobillos.

—Estás sexy de cojones —respondió con un gruñido.

—Gracias.

Me di una vuelta completa para que pudiera verme mejor, y juraría que sus pupilas se dilataron.

—Joder. Si no nos vamos ahora mismo, no saldremos de aquí.

—¿En serio? ¿Cómo es posible que un vestido largo te provoque pensamientos tan obscenos?

—Piper, mi imaginación siempre se dispara al verte, te pongas lo que te pongas.

—Entonces, vámonos —sonreí con aire burlón.

Beckett volvió a gruñir y dio un paso atrás. Cerré la puerta con llave y nos dirigimos a su coche.

—¿Cómo está Charlotte? ¿Quién se ha quedado con ella?

—Está muy bien, disfrutando de la compañía de mis abuelas.

—Celine e Isabeau son maravillosas.

—Han llegado a decir que por Charlotte estarían dispuestas a jubilarse, pero no me lo creo. *Fragrant Delights* es su propio bebé.

No pude evitar silbar al ver un Ford Mustang descapotable aparcado justo enfrente de mi puerta.

—Vaya, has traído un coche nuevo.

—Me gusta coleccionar coches.

Una vez dentro, aplaudí emocionada.

—¡Qué guay! Nunca he estado en un descapotable.

—Como hace buen tiempo pensé que sería una buena ocasión para usarlo.

—¿Adónde vamos exactamente?

—Al restaurante de la azotea del hotel Westin.

—¡Genial!

—He elegido ese sitio por las impresionantes vistas. Cuando viniste a mi ático te pillé mirando por los ventanales y pensé que te gustaría algo así.

Le sonreí mientras aceleraba el coche. El viento me alborotaba el pelo, así que me lo tuve que sujetar en la nuca para que no se me enredara. Cerré los ojos y me recosté, disfrutando del momento. Al abrirlos de nuevo, me di cuenta de que Beckett me estaba mirando.

—¡Eh, mira la carretera!

—Estamos seguros, no te preocupes. Es que me gusta mirarte y verte disfrutar.

—Imposible no disfrutar de todo esto —respondí—. Estoy con un tío bueno, en un coche espectacular y tengo la sensación de que, además, iremos a un restaurante muy elegante.

Beckett esbozó una sonrisa enigmática.

Me esperaba una velada emocionante, de eso estaba segura.

Capítulo Dieciocho

PIPER

Beckett tenía razón: el Observatory Eleven era realmente espectacular. Además de los enormes ventanales con vistas espectaculares a la ciudad, en el centro de la sala había un bar con una extravagante araña, así como mesas y sillones negros repartidos por todas partes. Era una especie de bar-restaurante con un estilo muy ecléctico.

—Me encanta —dije, y cuando me volví para mirarlo, vi que se estaba riendo otra vez.

—Esta era exactamente la reacción que esperaba.

Un camarero nos condujo a una mesa junto a la ventana.

—¡Oh, asientos en primera línea! —exclamé.

—Por supuesto. Lo pedí específicamente —dijo Beckett con un guiño.

La silla era un poco más baja de lo habitual y me costó encontrar una posición que me gustara. Crucé las piernas y pillé a Beckett devorándome con la mirada. El inconfundible deseo de sus ojos me provocó una oleada de calor.

Estaba fijándose en mis tacones. *Mmm*. Con la intención de incitarlo, y fingiendo inocencia, me subí ligeramente el vestido como si me lo estuviera acomodando, atenta a su reacción. *Sí*. Su mirada se intensificó aún más.

Entonces levantó la mirada y me miró a los ojos:

—Lo estás haciendo a propósito.

—Por supuesto —sonreí—. Quería ver hasta dónde puedo…

—¿Llegar? —dedujo, y asentí—. Piper —añadió en un tono peligroso—, estás jugando con fuego.

Estaba a punto de preguntarle qué quería decir, pero justo llegó el camarero con los menús. *¿Se puede ser más inoportuno? Acaba de interrumpir un momento muy caliente*. No iba a mosquearme, tenía el presentimiento de que toda la noche estaría cargada de momentos calientes.

Beckett pidió un cóctel sin alcohol y estofado de ternera. Yo pedí un *Pimm's* y *coq au vin*[1].

Una vez a solas, le pregunté:

—Oye, no deberías haberme recogido en coche si pensabas beber alcohol. Podríamos haber venido en Uber.

—Para empezar, jamás te invitaría a una cita en Uber. Y además, no es solo por conducir; quiero estar completamente lúcido por si ocurre una emergencia o cualquier cosa con Charlotte.

—Me parece perfecto. ¿Tienes fotos nuevas de la peque? —pregunté, y su mirada cambió.

—Le hago mil fotos cada día. —Sacó su teléfono y me lo entregó —: Mira en la galería.

—¿Estás seguro de que no encontraré nada que no deba ver?

—¿Como qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—No lo sé. Es tu teléfono.

—Tranquila, solo tengo fotos de mi hija —respondió entre risas.

Deslicé el dedo por las fotos más recientes y me morí de ternura. Era verdad que tenía muchísimas: en la cuna, envuelta en una toalla, en sus brazos.

—Es una monada. Yo tendría un montón.

—¿Un montón de hijos o un montón de fotos? —bromeó Beckett con una sonrisa mientras le devolvía el teléfono.

—Me refería a las fotos. Pero ya que lo mencionas, soy hija única y siempre he tenido la espinita de saber cómo sería tener hermanos. Me encantaría tener tres hijos. ¿Y tú?

—Como te dije, nunca se me pasó por la cabeza tener una familia —añadió con el ceño fruncido y negando con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Es curioso. Cuando pienso en cómo era todo antes de Charlotte, parece otra vida, otra persona. Y solo ha pasado un mes.

—A veces la vida nos cambia radicalmente. Y está bien aceptarlo.

—Eso mismo me dice Isabeau.

—Tus abuelas son muy sabias.

—Sabias y entrometidas.

Las comisuras de mi boca se curvaron en una sonrisa.

—Entonces… ahora que tienes a Charlotte, ¿te planteas tener más hijos?

Beckett echó la cabeza hacia atrás. Estaba claro que no se esperaba esa pregunta, y menos en una primera cita.

Por otra parte, si ya habíamos tenido relaciones, ¿contaba como una primera cita?

Empecé a ponerme un poco nerviosa.

—No quería ponerte en un aprieto.

—No, es solo que… no tengo una respuesta y tampoco me lo he pensado… Quién sabe qué sorpresas me deparará el futuro.

—Cierto.

El camarero llegó con nuestras bebidas, y en cuanto se marchó, chocamos las copas.

—Tengo que reconocer que no hay nada como un *Pimm's*. ¿Cuál es tu cóctel favorito?

—El *Sazerac* —respondió sin dudar.

—¿Por tu hermano?

—Exactamente.

—¿Cómo acabaste al mando de las panaderías?

—Era el único sector que quedaba —respondió encogiéndose de hombros—: La desventaja de ser el menor de la familia. Pero no me

importó; habría aceptado con gusto cualquier rama del *Orleans Conglomerate*. Soñaba con formar parte del legado familiar y estoy feliz de poder contribuir.

—Tus padres deben de estar muy orgullosos de todos vosotros.

—Así es, y son maravillosos. Trabajaron mucho para conseguir todo lo que han logrado. Mi padre decía que le hubiera gustado que él o mi madre tuvieran hermanos para poder dividir los negocios y no tener que esperar a que nosotros nos hiciéramos mayores.

—¿Tu padre llevaba todo él solo?

—Bueno, tenía directores ejecutivos y empleados de confianza, por supuesto, pero no es lo mismo que alguien de la familia.

—Claro. Por mi experiencia trabajando en empresas familiares, puedo decir que la tuya se sale del molde. Vuestra vocación y compromiso son admirables.

—Así es, hacemos piña y tiramos para adelante entre todos por el mismo objetivo —dijo Beckett mientras nos servían la comida.

En cuanto vi mi plato, mi estómago rugió de hambre.

—Está delicioso —comenté tras el primer bocado—. Es la segunda vez que como *coq au vin* en mi vida, pero este está para chuparse los dedos.

Beckett soltó un gruñido y pregunté confundida:

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la comida?

—Es que has dicho *coq* y no pude evitar asociarlo… ¿Sabes que hay una palabra en inglés que suena igual pero significa otra cosa, verdad?

—Lo sé, pero es obvio que estaba hablando de la comida —respondí entre risas.

—Es que desde que me enviaste la captura de pantalla de ese libro… —dijo negando con la cabeza.

—¿Piensas que tengo la mente sucia? —repliqué, arqueando las cejas mientras daba otro bocado.

—Exacto.

—Pues me has pillado —sonreí con aire burlón—. Ya no tengo nada que ocultar.

—Por Dios, Piper —gimió Beckett—. No sé si eres consciente de lo mucho que me provocas. Estoy a punto de pedir la cuenta y

largarnos de aquí.

—¡Pero si ni siquiera hemos terminado de comer!

—Para que veas.

—Déjame comer primero. Si tienes pensado algo esta noche, necesito un poco de comida en mi estómago.

—Es justo lo que tengo planeado —sonrió con picardía, y todo mi cuerpo se encendió.

Me pregunté qué tendría en mente mientras terminaba de comer rápidamente. ¿Iríamos a su casa o a la mía?

—Puedes tomarte tu tiempo, Piper —dijo Beckett, riéndose entre dientes—. No voy a dejar que pases hambre.

—Más vale prevenir que curar. Quién sabe qué ideas se te pueden ocurrir.

Pero al final nos quedamos un buen rato en el restaurante. Incluso pedimos una pequeña bandeja con un surtido de postres.

Cuando el camarero vino a recoger la mesa, volví a ponerme nerviosa.

—¿Quieren otro cóctel? —ofreció, alternando la mirada entre ambos, pero Beckett tenía los ojos fijos en mí.

—Tú decides, Piper. ¿Quieres otra copa?

El significado de sus palabras era inequívoco. Si no pedía más nada, nos iríamos en ese preciso instante y por fin daríamos inicio a la parte sensual de la noche.

—No —susurré.

Sus ojos brillaron:

—Entonces, la cuenta, por favor.

—Por supuesto.

El camarero se dispuso a marcharse, pero Beckett metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó la cartera y dijo:

—Un momento. —Le entregó la tarjeta y añadió—. ¿Puedes encargarte del pago?

—¿No quiere ver primero la cuenta?

—No hace falta —respondió sin apartar la mirada de mí. Y ese gesto no hizo más que aumentar la tensión entre nosotros.

Tragué saliva y respiré hondo en cuanto el camarero se alejó. El silencio estaba cargado de deseo. No sabía qué decir. ¿En qué

momento habíamos pasado de bromas inocentes y postres a esa tensión tan palpable? Cada latido me retumbaba en el pecho.

Después de lo que pareció una eternidad, el camarero regresó con la tarjeta. Beckett se levantó de inmediato y yo seguí su ejemplo.

Para mi asombro, estaba temblando ligeramente. ¿Cómo era posible que me excitara sin siquiera tocarme, y mucho menos besarme? Apenas podía concentrarme en otra cosa que no fuera poner un pie delante del otro para salir del magnífico restaurante hacia el ascensor. Tuvimos que esperar a que llegara hasta nuestra planta y se vaciara. Entramos y nos quedamos completamente solos.

En cuanto se cerró la puerta, Beckett se colocó detrás de mí, mirándome en el espejo. Respiró hondo y acercó la boca a mi oído, poniendo una mano en mi cintura:

—No sabes las ganas que tengo de estar contigo…

Todo mi cuerpo se relajó al instante. Necesitaba oírlo.

Me besó el lóbulo de la oreja y me giró hasta dejarme frente a él. Sabía a limón y naranja, y su beso me hizo gemir al instante. No era solo un beso indecente sino, además, completamente adictivo.

Tiré de su camisa con la intención de quitársela de los vaqueros, pero Beckett me detuvo. Entonces recordé que estábamos dentro de un ascensor.

—Joder, Piper. No vamos a poder salir de aquí.

—No creo que podamos.

Se apartó justo cuando llegamos a la planta baja y se abrieron las puertas. Me tomó de la mano, entrelazando nuestros dedos mientras salíamos.

—¿Quieres que coja una habitación?

Mis bragas se humedecieron ante la sugerencia de pasar la noche allí mismo, en ese hotel. Asentí con ansia.

—¿Estás segura?

Volví a asentir. Ni siquiera podía articular palabra. ¿Qué me pasaba?

Me arriesgué a mirarlo y el contacto visual fue demasiado intenso, tal y como había imaginado. Mis pezones se endurecieron bajo su intensa mirada.

La idea de tener sexo en este majestuoso hotel me resultaba tan erótica como romántica. Como sacada de una novela.

—Espérame aquí —dijo.

Me crucé de brazos y me aparté a la derecha para dejar espacio a la multitud que subía al restaurante.

Madre mía, qué emocionante es todo esto.

Beckett regresó mucho más rápido de lo que esperaba y una oleada de decepción me invadió por completo. No podría haber hecho el *check in* tan rápido. Seguro no quedaban habitaciones disponibles.

—Lo conseguí —dijo mostrándome la tarjeta.

De repente, me sudaron las palmas de las manos. *Esto está pasando de verdad*.

Mientras volvíamos a esperar el ascensor, me cogió de la mano. La tarjeta de la habitación quedó entre nuestras manos entrelazadas. No podía aguantar ni un minuto más.

---

1 Nota de la Traductora: El *coq au vin* es un estofado emblemático de la gastronomía francesa, elaborado con carne de gallo o cualquier ave de corral, vino tinto, verduras y hierbas aromáticas.

Capítulo Diecinueve

BECKETT

Entramos en el ascensor junto con media docena de personas. Y menos mal, porque de lo contrario, habría pulsado el botón de emergencia para detenerlo y hacerla mía allí mismo.

Jamás había experimentado algo así. Pero desde el momento en que la besé, supe que no saldríamos de ese hotel. La necesidad que sentía por ella era abrumadora.

Nuestra habitación estaba en la planta quince. La recepcionista me miró extrañada cuando mencioné que solo nos quedaríamos unas horas. No sé qué me llevó a darle esa información, no cambiaba el precio, y además le expliqué que mi acompañante no se encontraba bien. No creía que se hubiese tragado mi mentira, pero me daba igual. Había conseguido mi objetivo: tener a Piper completamente para mí.

Dos personas se bajaron en la planta catorce, y el ascensor subió a la nuestra.

—Ya estamos —anuncié, entrelazando mis dedos con los de Piper y apretándolos. Se abrieron las puertas y salimos al pasillo.

Oí su respiración profunda mientras la guiaba a la habitación. Deslicé la tarjeta en la ranura, abrí la puerta y entramos. La cerré de golpe y besé a Piper contra ella. Esa vez no me contuve.

Exploré su boca, enredando nuestras lenguas hasta arrancarle un gemido. Luego, le subí el vestido.

—Llevo toda la noche preguntándome qué lencería llevas puesta —susurré, besándole el cuello.

—¿Y si no llevo nada puesto?

Me empalmé al instante, pero al deslizar la mano entre sus muslos y tocar el encaje de sus bragas, repliqué:

—¿Todavía crees que puedes jugar conmigo, eh?

Le rocé la entrepierna y sus rodillas cedieron. Esa noche la poseería con tal intensidad que Piper no olvidaría nuestro encuentro en mucho tiempo.

Aparté la tela de las bragas a un lado, y toqué la piel desnuda de su sexo.

—Beckett… —le tembló la voz, y sus piernas cedieron un poco más.

—Esta noche eres mía para hacer lo que yo quiera. Lo que sea.

—Sí, por favor. Lo que tú quieras.

La besé de nuevo mientras le acariciaba el pubis. No dejaría que se corriera tan pronto, pero sí quería excitarla al máximo. Quería que se empapara y que mi polla se cubriera con sus fluidos antes de penetrarla.

Piper empezó a quitarme la ropa, yendo directamente a mi cinturón, lo que me indicó cuánto me deseaba.

Una vez desabrochado, tomé el relevo; no quería obstáculos de tela. Me aparté de la puerta, y nos adentramos en la habitación.

Saqué la cartera del bolsillo trasero antes de que se me olvidara y la dejé sobre el escritorio junto al espejo.

—¿Tienes un condón? —preguntó, humedeciéndose los labios.

—Sí, preciosa. He venido preparado.

Piper respiró hondo, cogió el envoltorio de mi cartera y lo colocó sobre borde de la mesa, como para asegurarse que no lo olvidáramos. Menos mal porque yo estaba a punto de perder la cabeza con esa mujer.

Al ver un enorme espejo rectangular, se me ocurrió una idea:

—Ponte aquí.

Piper tragó saliva, asintió, y se colocó exactamente donde le pedí.

Me apoyé contra el escritorio y añadí:

—Quítate el vestido.

Acto seguido se lo quitó por encima de la cabeza, y su cabello cayó como una cascada sobre su rostro.

—Ahora, ponte delante del espejo y tócate. Muéstrame dónde y cómo te gustaría que toque —dije, antes de levantarme del escritorio y acercarme a ella por detrás.

Piper se llevó la mano bajo sus bragas, pero como el encaje me impedía ver, decidí bajárselas. Ella las apartó de una patada cuando le llegaron a los tobillos, sin dejar de tocarse en ningún momento. Cerró los ojos, como si necesitara concentrarse para poder disfrutar de su propio placer.

Mientras le masajeaba las nalgas, recordé que aún no me había quitado toda la ropa. Iba a hacerla mía pronto y no quería ninguna prenda de por medio.

Mantuve la mirada fija en su mano, hipnotizado por cómo se autocomplacía, mientras me deshacía de la camisa. Ni siquiera me molesté en desabrochármela; simplemente me la quité por la cabeza. Cuando me bajé los vaqueros, ella abrió los ojos.

Una vez que estuve completamente desnudo, puse ambas manos sobre sus pechos y le acaricié los pezones, tal y como ella estaba haciendo con su clítoris. Tenía la polla dolorosamente dura.

—Quiero chupártela —dijo, extendiendo una mano hacia atrás para agarrar mi miembro.

—¡Uf, sí! —exclamé.

—Por favor, me apetece mucho.

—Ponte de rodillas, preciosa. Chúpamela pero sin dejar de tocarte.

Mis palabras la sorprendieron; lo noté por la forma en que jadeó y se estremeció. Acto seguido, se arrodilló y recostó el trasero sobre los talones.

—¿Así? —preguntó, mirándome.

—Exactamente así. —Agarré mi polla por la base y pedí—. Tócate.

Asintió y se llevó una mano a su entrepierna.

La observé de reojo en el espejo mientras acercaba mi polla a su boca. Froté la punta por su labio inferior y luego por el superior antes de introducirla. Piper pasó la lengua por el glande, y me agarró la base con la mano.

—¡Joder! —gemí, mientras veía cómo me acogía lentamente—. Mírate en el espejo y llévatela toda dentro. —La acomodé para que ella también pudiera ver su reflejo—. ¿Ves lo sexy y preciosa que eres?

Piper miró al espejo y gimió contra mi polla. Apostaba a que se había mojado aún más. Me encantaba ver cómo me tomaba centímetro a centímetro. Era imposible que pudiera introducirla entera, pero entre la presión de su mano en la base y su lengua recorriéndome, estaba en el puto paraíso.

Hicimos contacto visual en el espejo y mi excitación se disparó. Le agarré la cabeza, para mecerla justo como necesitaba, pero sin causarle incomodidad.

—Me encanta —dije entre gemidos.

Unos segundos más tarde, me di cuenta de que Piper estaba a punto de correrse. Practicarme sexo oral la excitaba tanto a ella como a mí.

Percibí cómo todo su cuerpo se estremecía, y sus manos no dejaban de tocarse la entrepierna. Retiró la boca y arqueó la espalda, con la cabeza hacia atrás. Ya no tenía control sobre sí misma.

Le puse una mano en el hombro para estabilizarla. En lugar de volver a penetrarla oralmente, le cogí la mano y le pedí:

—Ponte de pie, preciosa.

Ni siquiera lo dudó. La ayudé a levantarse. Sus piernas aún temblaban mientras la guiaba para que apoyara las manos a ambos lados del espejo.

—Así. Joder, te voy a follar aquí mismo.

Estaba a punto de deslizarme dentro de ella cuando recordé que no me había puesto el condón. Me incliné a la mesa para cogerlo.

—¿Qué haces? —preguntó con voz tensa.

—Ponerme protección.

—Ah, sí. Buena idea.

Con el preservativo enfundado, volví a colocarme detrás de ella.

—Mira hacia abajo, preciosa —le pedí, mientras la frotaba con mi miembro. Un simple roce bastó para que se estremeciera de nuevo.

—No puedo creer lo excitada que estoy.

Al segundo siguiente, me deslicé profundamente dentro de ella. Piper gritó, mirándome a los ojos. Me quedé quieto y bajé una mano a su clítoris.

—Nunca había hecho algo así —confesó.

—¿Como qué? —le susurré al oído—. ¿Venir a una habitación de hotel para que te follen en condiciones?

—Sí. Y me pone que digas tantas guarradas —susurró, y empezó a mecerse con la intención de volverme loco.

Lo cual consiguió en un instante.

Me retiré por completo y volví a penetrarla con fuerza. La situación era abrumadora para ambos: yo estaba al límite después de lo bien que me la había mamado, y ella estaba eufórica tras su orgasmo.

Quería sentir cada centímetro de su apretado calor, de modo que me retiré y volví a arremeter con fuerza penetrándola por completo. Mientras ella se agarraba a los bordes del espejo y cerraba los ojos, dije:

—No, Piper. Quiero que mires hasta el final.

—Es que estoy a punto de correrme.

—No pasa nada, cariño. Córrete las veces que quieras.

Piper se aferró tan fuerte a los bordes del espejo que sus nudillos se pusieron blancos. Gimió y sus labios temblaron mientras gritaba mi nombre. Se contrajo con tanta fuerza que estuve a punto de correrme. Pero quería que llegara al orgasmo por tercera vez… solo entonces me dejaría caer con ella.

Llevé una mano a su entrepierna y la otra a su pecho, acariciándola en movimientos circulares.

—Mira mi mano. No cierres los ojos —dije.

Piper tenía la vista completamente desenfocada, y en cuanto comencé a estimularle el clítoris, su cuerpo se tensó. Estaba abrumada por los estímulos, pero era la única forma de hacer que se corriera de nuevo. Quería que saliera de esa habitación de hotel completamente satisfecha; ese era mi único objetivo, incluso por encima de mi propio placer.

El orgasmo de Piper llegó más rápido de lo que creí posible.

—Te tengo, cariño —le aseguré cuando soltó el espejo y volvió a apoyar las manos, como si temiera caerse.

Al oírme, se relajó y echó la cabeza sobre mi hombro, entregándose a la ola. Me rendí un segundo después, y alcanzar el clímax juntos fue una gozada, una sensación indescriptible que disfruté tanto como ella.

Continué penetrándola con un salvaje abandono, persiguiendo hasta la última gota de placer. La sostenía con firmeza con una mano y me apoyaba en el espejo con la otra hasta que el agotamiento fue total.

Cuando la ola pasó, nos quedamos quietos y abrazados. Nuestras respiraciones llenaron la habitación mientras nos alejábamos del espejo para tumbarnos en la cama.

—Así está mejor —dijo—. Casi me caigo.

—No habría dejado que eso pasara.

Piper cerró los ojos y luego abrió solo uno, mirándome de reojo:

—Te he visto tambalear.

—Es verdad —admití con una sonrisa—. Pero no lo suficiente como para caer.

Piper suspiró y se tumbó en la cama con los brazos abiertos:

—Ha sido increíble. Aún no me creo que esto haya pasado.

—Yo tampoco.

De repente, se incorporó apoyándose en los codos y se levantó de la cama de un salto:

—¡Dios mío! ¿Tienes que irte, verdad? ¿Llegas tarde?

—Sí. Pero… —respondí, tomándola de la mano para que se sentara en mi regazo—. Piper, quiero pasar más tiempo contigo.

—A mí también me encantaría.

Entonces se me ocurrió una idea.

—¿Te gustaría venir a mi casa esta noche?

—Me encantaría —respondió con evidente sorpresa.

—Solo te advierto que tendrás que lidiar con mis abuelas y esperar a que acueste a Charlotte.

—Me parece un plan estupendo.

Mi corazón latía con fuerza. Aún me costaba asimilar lo que estaba viviendo: de pronto tenía una hija y planeaba un futuro con una mujer. Parecía la vida de otra persona.

—Déjame ir a asearme primero —dijo, y se dirigió rápidamente al baño.

Capítulo Veinte

BECKETT

Treinta minutos más tarde, llegamos a mi casa. Mi hija todavía estaba despierta y mis abuelas hacían payasadas delante de ella para entretenerla. Charlotte estaba en su sillita BabyBjörn y parecía muy atenta.

No se percataron de nuestra presencia hasta que saludé con un "Buenas noches". Cuando se volvieron para mirarnos, tanto Celine como Isabeau se quedaron pasmadas mirando a Piper y pasaron olímpicamente de mí. Celine incluso tenía la boca abierta y yo apenas pude contener la risa.

—¡Hola! —saludó Piper—. Me alegro mucho de volver a veros.

Por primera vez, Isabeau se quedó sin palabras.

Celine fue la primera en reaccionar.

—Qué alegría, corazón. ¿Habéis estado juntos tomando algo? —preguntó sin más preámbulos, momento en el que Isabeau se recuperó del *shock*.

—¡Pues claro, Celine! Mira lo sonrientes y contentos que están. —Tras una breve pausa, añadió—: Es hora de irnos. Por cierto —le

dijo a Piper—, estamos esperando a que vengas a comprar ese nuevo perfume del que hablamos.

Me sorprendió que no sacaran directamente las esencias de sus bolsos para prepararlo allí mismo.

—La verdad es que apenas he empezado el frasco que os compré el otro día. Pero quizá sea hora de elegir algo diferente.

—Así me gusta —respondió Isabeau, frotándose las manos con entusiasmo.

Charlotte empezó a agitar las manos y sabía lo que quería. La cogí de la sillita y apoyó la cabeza contra mi pecho.

Adoraba su suave olor a bebé. Al principio, pensaba que era su ropa, pero tras consultar en Google, descubrí que existía el "olor a bebé recién nacido".

—Oh, mírala. ¡Es una niña de papá! —exclamó Piper.

—Por supuesto —respondí, lleno de orgullo.

Charlotte suspiró, y la abracé aún más fuerte. Su ropa de recién nacida ya le quedaba pequeña. ¿Cómo era posible que el tiempo pasara tan deprisa?

—Bueno, nos vamos ya —anunció Isabeau.

Mis abuelas besaron a Charlotte y a Piper en la mejilla antes de marcharse por la puerta.

Piper me miró con una sonrisa:

—No ha estado mal, ¿no? Y vosotros dos sois la cosa más adorable del mundo —dijo—. ¿Puedo haceros una foto?

—Claro.

—Así podré mirarla cuando tenga un mal día.

—¿Y eso?

—Me ayudará a levantar el ánimo.

¿Una foto con mi bebé le levanta el ánimo? Me parece increíble que ya le haya cogido tanto cariño a mi hija.

—Bueno —dijo Piper, humedeciéndose los labios—, me estabas contando sobre la rutina de Charlotte antes de dormir. ¿Necesitas ayuda con algo?

—¿De verdad quieres que te la cuente?

—Claro que sí —respondió con entusiasmo—. ¿Puedo cogerla?

—Adelante. A Charlotte le encanta estar en brazos, aunque los míos son sus favoritos.

Piper sonrió mientras cogía a Charlotte.

Sin perderla de vista un segundo, vi que mi hija estaba a gusto con ella. Sin embargo, debía estar atento a cualquier señal de sueño; si la ignoraba, el precio sería alto. Cuanto más cansado está un bebé, más irritable se pone y más le cuesta conciliar el sueño.

—Hola, preciosidad. Yo también te caigo bien, ¿verdad? Sé que tu padre es tu persona favorita, pero sería genial que puedas quedarte un ratito en mis brazos.

Sonreí:

—Vamos a bañarla.

Fuimos al cuarto de baño de la habitación de Charlotte, donde había dispuesto una bañera con un soporte especial para recién nacidos.

—Primero la llenaré de agua —dije, y comprobé con el termómetro la temperatura.

—Vaya, se te da muy bien todo esto —comentó Piper.

—Sigo tutoriales de YouTube —respondí entre risas.

—¿Le quito la ropa? —preguntó tímidamente.

—Claro. —Y señalando la mesa cambiadora, añadí—: Puedes hacerlo ahí mismo.

La observé atentamente para asegurarme de que lo hacía bien.

Me ha dicho que tiene experiencia con niños. ¿Por qué no consigo relajarme?

Ya, porque es mi hija.

Pero Piper parecía una experta; Charlotte no protestó ni una sola vez, solo balbuceaba en su dulce idioma infantil.

—Ya puedes meterla en la bañera —dije.

—¿Quieres hacerlo tú? Te noto un poco estresado.

—No, está bien.

Sí, estaba estresado. ¿Cómo demonios se había dado cuenta?

No me reconocía; nunca había sido una persona controladora. No tenía problema en delegar y confiaba en que la gente que me rodeaba hiciera su trabajo sin cuestionarlo. Pero cuando se trataba de mi hija, quería controlarlo todo.

Cuando vi que Piper bañaba con facilidad a Charlotte, bajé la guardia.

—Le encanta el baño, ¿verdad? ¿Le lavas el pelo con champú? —preguntó.

—No, es solo un poco de agua tibia para ayudarla a dormir.

—Te gusta darte un baño relajante, ¿verdad, pequeña? —dijo con un tono cariñoso.

Charlotte siguió arrullando.

—Le gustas mucho —le dije a Piper, quien inmediatamente se giró para mirarme.

—¿De verdad? —preguntó con la mirada llena de ilusión—. ¿No es así con todo el mundo?

—Eres la única, aparte de mí, claro, que le ha dado un baño.

—Vaya, qué privilegio.

—Ya lo creo. —Le guiñé un ojo y ella me devolvió la sonrisa.

Era un instante que no quería olvidar, un momento especial entre los tres. *¿Qué me está pasando?*

Después de bañarla, volvimos a la habitación y encendimos la lámpara de luz roja. Había leído que ese tipo de luz no alteraba la producción de melatonina ni el sueño, y parecía funcionar. Charlotte se calmaba con mucha más facilidad desde que la compré, a diferencia de la luz de mi teléfono, que era muy perjudicial.

Piper insistió en darle un masaje a Charlotte con una crema para bebés. También quiso cambiarle el pañal, y le cedí el turno con gusto.

Verla cuidando de mi hija me generó algo que nunca había sentido.

Cuando llegué a casa con Charlotte de Nueva York, me había prometido que nadie ajeno a mi familia entraría en su vida. Pero de repente nuestros mundos se cruzaron, y empezaba a preguntarme si podríamos formar una familia.

Mi asistente le había enviado a Elle todos los documentos solicitados, y no volvió a recibir noticias suyas. Estaba claro que su madre no quería formar parte de la vida de Charlotte, y la idea de tener algo más serio con Piper no me parecía tan descabellada.

—¿Quién es la cosa más bonita del mundo? —dijo Piper mientras yo la acostaba en la cuna. Mi pequeña tenía sueño y se quedó dormida apenas tocó el colchón.

Piper se quedó asombrada.

—¿Ya? —susurró.

—Por ahora sí —respondí, encogiéndome de hombros.

Revisé dos veces la cámara del vigilabebés en mi teléfono. Estaba fijada a la cuna, pero a veces ajustaba el ángulo. Con todo terminado, le indiqué a Piper que saliera de la habitación y cerré la puerta.

—Vaya, ha sido muy fácil.

—No cantemos victoria —le advertí—. Si se despierta, no será tan fácil volver a dormirla.

—Aun así, me parece un gran logro.

Cogí a Piper de la mano y la guié hasta el salón:

—¿Quieres algo de beber? —le ofrecí.

—Té o agua. A menos que prefieras que me vaya —dijo con cierta incomodidad. Se llevó las manos a las caderas y miró a su alrededor, como si no supiera qué hacer.

—Piper, ¿qué pasa?

—No lo sé —respondió, ahuecando las mejillas—. De repente me siento muy fuera de lugar.

Aprecié su sinceridad, pero no quería que se sintiera incómoda. Ella era más que bienvenida.

—Piper, te invité a mi casa porque me encanta que estés aquí conmigo… con nosotros. —Le acaricié la cara con ambas manos y noté cómo se relajaba—. Tengo una idea peligrosa.

—¿Otra más? —bromeó—. Como me han gustado todas las que se te han ocurrido hoy, quiero saberlo.

—¿Por qué no pasas la noche aquí?

—¿Quieres que me quede a dormir? —preguntó con los ojos como platos.

—Sí. Y mañana, si no tienes planes…

—No tengo ninguno —dijo rápidamente, casi sin aliento.

—Entonces podemos hacer algo juntos. Con Charlotte también, por supuesto.

—¡Me encantaría! —Sus ojos se iluminaron cuando mencioné a mi hija.

¡Joder! ¿Se da cuenta de lo feliz que me hace estar con ella? Ni yo mismo me lo creo.

—Pero no he traído ropa de cambio.

—Podemos pasar por tu casa mañana por la mañana para que te cambies.

—Eso sería genial. —Se puso de puntillas, colocando sus manos en mis brazos—. Entonces, ¿de verdad quieres que me quede aquí?

Sí, quiero que te quedes todas las noches.

Aunque estaba completamente descolocado tuve la certeza de estar haciendo lo correcto. Aún así, era muy consciente de que mi vida avanzaba a una velocidad vertiginosa y quizá no era lo que ella buscaba en ese momento. Lo último que quería era asustarla.

—Entonces, preciosa, teniendo en cuenta que te vas a quedar a pasar la noche, puedo atenderte como es debido. ¿Quieres una copa?

—Sí, camarero. Tráigame un *Sazerac* y un tío bueno, por favor.

Sonreí:

—Sus deseos son órdenes, señora.

Capítulo Veintiuno

PIPER

Fiel a su palabra, a la mañana siguiente, Beckett me llevó primero a mi casa para que pudiera cambiarme de ropa. Charlotte durmió durante todo el trayecto, y él la vigilaba constantemente por el espejo retrovisor. Que fuera tan protector con su hija me resultaba irresistible. Sin duda, era un hombre muy especial.

—¿Sigues queriendo ir al Barrio Francés o has cambiado de opinión? —preguntó.

—Sí, me apetece mucho. Además, les prometí a tus abuelas que pasaría por su tienda.

Beckett se rió:

—Oye, si quieres dejarlo para otro día, no pasa nada.

—La verdad es que quiero un perfume nuevo —respondí. Estaba ansiosa por ver qué fragancia habían creado exclusivamente para mí.

—Como tú quieras.

Había disfrutado de pasar la noche en su casa; no me lo esperaba en absoluto. Me desperté en mitad de la noche y escuché

a Beckett arrullar a Charlotte. Me pareció surrealista, y hasta un privilegio, contemplar aquella escena tan íntima y tierna de su vida.

A medida de que nos acercamos al Barrio Francés, mi estómago comenzó a rugir.

—¿Comemos algo primero? —ofreció.

—Sí, mejor. Estoy deseando ver a tus abuelas, pero prefiero tener el estómago lleno antes de entrar en la tienda y probar lo del perfume.

—Tienes razón —dijo Beckett con una sonrisa. Me cogió la mano y me besó la muñeca sin apartar la vista de la carretera—. Está claro que te llevas muy bien con ellas.

—Son encantadoras.

—Pues no te dejes engañar por su amabilidad —se rió entre dientes—. También pueden llegar a ser muy intimidantes.

—No lo dudo.

—Y tú les gustas mucho.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Se les nota mucho cuando alguien *no* les gusta; aún así han recibido y aceptado a todas y cada una de las parejas de mis hermanos.

—Qué bien.

—Con excepción de la primera esposa de Chad.

—¿Ah, sí? —Seguro que había una historia interesante detrás.

—Sarah, la madre de Bella, es la exmujer de mi hermano. Todos siempre intentaron que se sintiera una más, pero ella no hizo el más mínimo esfuerzo por integrarse en la familia.

—Qué pena.

Aparcamos en el Barrio Francés poco después. Charlotte era un angelito: Beckett la sacó de la sillita del coche y la pasó al portabebés sin que se inmutara.

Hice un puchero porque yo también quería cogerla en brazos.

Qué pesada estoy.

Más tarde lo convencería para que me la dejara llevar y acurrucarla contra mi pecho.

—¿Qué te apetece comer? —preguntó Beckett cuando empezamos a caminar.

Fuimos directamente a la calle Bourbon. Era el momento ideal para pasear por allí, antes de que anocheciera y se llenara de gente… y de olores extraños.

—¿Te apetece una magdalena de una de tus panaderías favoritas?

—¡Claro! La más cercana está en Toulouse. Pensé que me pedirías unos *beignets*[1].

—Me gustan, pero solo los como en ocasiones especiales. ¿Y tú?

—No soy muy goloso, la verdad —respondió.

—¡No puede ser! —pregunté con los ojos como platos—. ¿Te estás quedando conmigo?

—No, es en serio, no soy muy de dulces.

Durante todo el tiempo que estuvimos caminando no dejaba de mirarlo con disimulo, esperando la oportunidad de coger a Charlotte en brazos. Pero al llegar a la panadería, me dijo:

—¿Por qué no dejas de mirarme? —Se inclinó y me susurró al oído—: Y no me digas que estás pensando en sexo, porque está claro que no es el caso. —Acto seguido, volvió a enderezarse.

Hice un gesto con el dedo para que se acercara, y le susurré al oído:

—Para empezar, siempre pienso en sexo cuando estoy contigo. —Sus ojos brillaron y me alejé un paso—. Pero ahora mismo, lo que me muero por saber es si existe la posibilidad de que pueda llevar yo a Charlotte.

Beckett sonrió sorprendido:

—Esperemos a que se despierte primero. Se pone de mal humor si la muevo mientras duerme profundamente.

Sonreí en respuesta, quedándome con las ganas.

La dependienta saludó a Beckett y conversaron un rato mientras preparaban nuestro pedido. Me comí dos magdalenas y Beckett unos *donuts*. Ya habíamos tomado café en su casa, así que solo pedimos agua.

Mientras daba el último bocado, me preguntó:

—¿Lista para ver a mis abuelas?

—¡Listísima! —exclamé.

—Entonces, después de ti.

Me puso una mano en la espalda mientras caminábamos hacia *Fragrant Delights*. Al llegar y ver la tienda abarrotada, pregunté:

—¿Qué te parece si volvemos más tarde?

—No hace falta. Esperemos aquí hasta que terminen con los clientes.

Nos quedamos delante del escaparate y aproveché para admirar esa maravillosa tienda. Me encantaba que fuese acogedora y mística a la vez.

Celine salió inmediatamente a recibirnos:

—¡Hola, chicos!

—Buenos días —respondí—. Vengo a por mi nuevo perfume.

—Piper, querida, tú puedes entrar. —Luego se dirigió a Beckett con una advertencia—: No creo que sea adecuado para Charlotte; los aromas de las esencias son muy fuertes para un bebé tan pequeño.

Miré a Beckett, que intentó disimular la risa, pero no lo consiguió. Soltó una carcajada que despertó a Charlotte. Le dio unas palmaditas circulares en la espalda para calmarla y la bebé se durmió de nuevo enseguida. Beckett era un encantador de bebés, no parecía un padre primerizo en absoluto.

—Celine, Charlotte está acostumbrada a los olores de la cocina y todo eso —argumentó.

—Hazme caso —insistió.

Sospeché que querían quedarse a solas conmigo.

Beckett negó con la cabeza, luego se enderezó y me dijo:

—Ya que lo has mencionado, voy a aprovechar a acercarme al *Café Du Monde* a por un *beignet*. Avísame cuando estés lista y te recojo. O te pasas tú directamente por el local.

—Claro. —Empezaba a sentir un poco de desconfianza. ¿Por qué Celine e Isabeau querían estar a solas conmigo? Me parecía, por lo menos, extraño.

Beckett se marchó y Celine me hizo señas para que me acercara:

—Entra, chica. Isabeau y yo ya lo tenemos todo preparado. El grupo está a punto de marcharse.

Tuve el impulso de preguntar qué era exactamente lo que tenían preparado, pero no tuve oportunidad; había mucho alboroto dentro.

Isabeau se despidió del grupo, y acto seguido, me miró:

—Hola, querida. ¿Has venido con Beckett?

—Sí, quería entrar, pero Celine le dijo que no debía exponer a Charlotte a los aromas de los aceites esenciales —dije con cierta ironía.

—¡Ah, vale! —respondió Isabeau, restándole importancia con un ademán—. Entre tú y yo, es mucho más fácil elaborar un perfume en *petit* comité. Si tenemos gente revoloteando, todo se vuelve más complicado.

—Ah.

Tenía sentido. Quizá no tuvieran un motivo oculto después de todo.

—Bueno, aquí está todo lo que hemos preparado —dijo Isabeau, sacando un cuaderno. Celine colocó un montón de frascos sobre la encimera—. Ya sabemos qué notas combinan muy bien con tu piel —añadió en tono profesional—, así que vamos a conservar algunas para nuestro perfume. La química de cada piel es única, y cuando encuentras una fórmula que funciona, se debe mantener la base.

—Por supuesto —coincidió Celine, que se quedó mirando mi vestido.

De repente, me sentí cohibida y se me escapó un bostezo:

—Lo siento. Tengo un poco de sueño.

—¿No has dormido bien anoche? —preguntó Celine con tono inocente.

—Charlotte se despertó una vez —respondí, y sus expresiones cambiaron. Isabeau parecía triunfante. Celine la miró con una sonrisa.

—Es difícil dormir con bebés tan pequeños —comentó Celine.

—No me molesta, la verdad —dije con sinceridad—. Beckett se encargó de todo, pero yo podría haber ayudado con el biberón o lo que hiciera falta. Me encantan los bebés.

Ellas ya lo sabían; les había contado alguna que otra cosa personal cuando crearon mi primer perfume.

—Manos a la obra —anunció Isabeau.

Durante los siguientes veinte minutos, me hicieron probar muchas muestras y cuando le llegó el turno a la célebre lila, decidí bromear un poco.

—Esta no me gusta nada —solté, apartando la muestra.

Se quedaron boquiabiertas y me entraron ganas de partirme de risa.

—¿En serio no te gusta? —preguntó Celine.

—No —negué con la cabeza—. Ni un poco.

—Quizás si la pruebas en tu piel, cambies de opinión —dijo Isabeau con tono inseguro.

—Si ni siquiera me gusta en el frasco, menos me gustará en piel.

—Tienes razón —agregó Celine.

Las dos parecían desanimadas. Peor aún, Celine parecía desconsolada. Así que decidí dar por terminado el cachondeo:

—Ja,ja. Perdonadme. Me estaba quedando con vosotras porque me han contado la historia sobre la lila. —Tras un breve segundo, añadí—: Debo confesar que me gusta mucho.

Celine se echó a reír, pero a Isabeau no pareció hacerle tanta gracia:

—No vuelvas a jugar así con nosotras, jovencita.

Ups. Parecía una niña de cinco años regañada por su seño.

—No volverá a pasar, señora —prometí.

—No sé qué historias has oído.

—Que tiene propiedades… *¿afrodisíacas*? —dije, sin saber muy bien cómo expresarlo.

Isabeau hizo una mueca de incredulidad y Celine negó con la cabeza:

—No, no es lo mismo. Lo afrodisíaco está relacionado con el cuerpo; en cambio la lila se relaciona con el alma —explicó Isabeau.

Estaba a punto de pedirle que me explicara lo que acababa de decir cuando me percaté que no daba lugar a controversia. Tendría que aceptar esa afirmación.

Observé a las dos hacer su magia, y cuando me entregaron el frasco, supe que me encantaría incluso antes de olerlo.

—¡Es el mejor hasta ahora!

—Nos alegra que te guste —dijo Isabeau.

—Estoy muy orgullosa de la fórmula. Creo que es una de nuestras mejores creaciones —añadió Celine.

—¿El precio es el mismo que el de los demás?

—Oh, no. Ahora eres parte de la familia, y por lo tanto, no pagas en nuestra tienda —respondió Isabeau.

Se me hizo un nudo en la garganta:

—Gracias. Sois muy amables.

Ambas me miraron con afecto.

—Escucha, no queremos presionarte a ti ni a Beckett —comenzó Isabeau.

—Creo que ninguno de los dos sois conscientes, pero hacéis una pareja estupenda —añadió Celine—. Solo queremos que nos prometas una cosa.

—De acuerdo.

—Que permitiréis que las cosas fluyan y disfrutéis del proceso.

—Por supuesto —admití—. Es mi forma de ser.

—¿Lo ves? Eres perfecta para Beckett.

Ese comentario me llenó de alegría. Las abuelas lo conocían bien y debían de tener razón. Claro que podían estar siendo demasiado optimistas, porque sus otros nietos habían encontrado a sus almas gemelas, pero ¿qué más daba?

Salí radiante con mi frasco de lila. Ya me había echado un poco en la muñeca, pero también me lo apliqué detrás de las orejas, y con una enorme sonrisa, me dirigí al *Café Du Monde*. No le dije a Beckett que iba de camino.

Al llegar, lo encontré sentado en una mesa. Sostenía a su hija sobre su hombro y la arrullaba. *¡Madre del amor hermoso!* No sabía en qué momento había ocurrido pero Beckett me había robado completamente el corazón.

Quizás la historia de las lilas era más real de lo que pensaba.

Me acerqué a ellos sonriendo:

—No me canso de veros así.

Beckett me miró con expresión divertida y bajó a Charlotte hasta su pecho:

—¿Cómo ha ido?

—Conseguí mi perfume de lilas. ¿Quieres olerlo? —pregunté batiendo las pestañas.

—Claro.

Me incliné para que mi cuello quedara a la altura de su nariz y él inhaló profundamente. Su exhalación me provocó cosquillas.

—¡Ala! —exclamó.

—¿Qué opinas? —Me enderecé, sorprendida por su reacción.

—Huele a… —Se aclaró la garganta y, usando sus pulgares, le tapó los oídos a Charlotte—. Jodidamente sensual —dijo con un gruñido.

Le había tapado los oídos a su hija para que no escuchara. *Es tan adorable*.

—Creo que esa es la idea. —Dudé si debía mencionar lo que me habían contado sus abuelas, pero decidí que era un asunto personal y que me concernía solo a mí.

—Por cierto, antes de que se me olvide, ¿estarás en la oficina el martes para la reunión?

Me había reunido con su equipo varias veces durante las últimas semanas pero Beckett no había estado presente.

—Sí —confirmó—. Ya me he perdido demasiadas.

—No te preocupes. Tus empleados son muy competentes.

—Lo sé, pero de todos modos, el martes estaré allí.

Me pregunté cómo se desarrollarían las cosas entre nosotros, aunque no me preocupaba demasiado.

Todavía quedaba un *beignet* en su plato.

—¿Te lo vas a comer?

—No, lo guardé para ti.

Me apoyé en la mesa —tenía demasiada energía como para sentarme— y le di un bocado.

—¡Qué bueno! Todavía está calentito.

—Creía que habías dicho que te los reservabas para ocasiones especiales —comentó entre risas.

—He cambiado de opinión —respondí, encogiéndome de hombros. Aunque, para ser sincera, ese día me parecía una ocasión bastante especial.

---

1 Nota de la Traductora: Los *beignets* son unos buñuelos cuadrados de masa frita cubiertos de azúcar glas muy característicos de Nueva Orleans.

Capítulo Veintidós

PIPER

La semana arrancó de forma intensa. El lunes tuve que atender cinco llamadas consecutivas con clientes y no tuve tiempo para adelantar nada de trabajo. No era lo habitual, pero cuando me tocaba un día así de ajetreado, quedaba agotada. Por la noche, tenía la intención de repasar mi presentación para Beckett, pero terminé acurrucada en el sofá con un libro.

Al llegar a la sala de reuniones de *LeBlanc-Broussard* me sorprendió ver no solo al equipo de marketing y a Beckett, sino también a todos los hermanos LeBlanc.

Parpadeé varias veces. Beckett se puso inmediatamente de pie y me saludó:

—Buenos días.

—Buenas.

—Mis hermanos querían ver el anuncio.

—¡Fantástico!

—Sí, todos queremos ver los avances —explicó Xander—. Teniendo en cuenta el coste de la campaña.

—Ah, tú eres el director financiero, ¿verdad? —pregunté.

Tanto Beckett como Anthony se rieron.

—Exacto —respondió Xander sin inmutarse.

—No te preocupes, Xander. Te demostraré que la inversión merece la pena.

Todos tomaron asiento y conecté mi portátil al proyector para iniciar la presentación.

—Bien, este es el punto en el que nos encontramos: el guión está escrito y aquí tenéis un resumen detallado de las imágenes.

El boceto estaba hecho con animación, pero para el rodaje real contrataríamos actores.

Eché un vistazo a la sala: la atención era total, nadie estaba distraído con el móvil. Los LeBlanc, a pesar de no estar directamente involucrados en el negocio de las panaderías, parecían muy interesados.

Cuando terminé, miré directamente a Xander para preguntarle:

—¿Qué te parece?

—Es muy prometedor —asintió—. Aunque el retorno de la inversión, el saber si ha merecido la pena el gasto, tardará un tiempo, incluso años.

—Hermano, relájate —intervino Zachary—. A veces hay que arriesgarse y no mirar atrás.

—No es mi forma de trabajar —replicó Xander, mirándolo fijamente.

—Sí, lo sabemos —respondió Anthony con jovialidad——. Por mi parte, estoy convencido de que merecerá la pena. Tiene mucha más vidilla que los últimos que hemos tenido. Estoy seguro de que será un éxito.

—Coincido plenamente —respondí.

Xander miró su reloj:

—Tengo que irme.

Todos se levantaron de sus sillas, incluido el equipo de marketing de Beckett.

—Muy bien, sigamos con nuestras tareas pendientes —dijo Sonia.

A decir verdad, el Departamento de Marketing tenía poco que hacer, justamente por haber delegado la campaña publicitaria en

nuestra agencia.

—¡Perfecto! Eso es todo —dije sin dirigirme a nadie en particular.

Beckett carraspeó:

—¿Puedes quedarte un momento? Me gustaría concretar algunos detalles.

—Claro —respondí.

¿Era mi imaginación o Anthony se había reído por lo bajo? Lo pillé intercambiando una mirada con Zachary, y Chad parecía estar luchando por no soltar una carcajada. Xander fue el único que pareció no inmutarse: se despidió y se marchó.

Vaya. Estaba segura de que sus hermanos estaban al tanto de lo nuestro.

Cuando los demás salieron de la sala, Sonia miró a Beckett:

—¿Quieres que nosotros también nos quedemos?

—No, no hace falta —respondió.

—¿Vais a hablar del presupuesto otra vez? —Sonia me sonrió—: Buena suerte.

—Sí… del presupuesto—contestó Beckett.

A juzgar por el brillo de sus ojos, eso era lo último que haríamos.

Sonia fue la última en salir y cerró la puerta tras de sí. Una vez a solas, carraspeé y ladeé la cabeza:

—Señor LeBlanc, ¿qué es exactamente lo que quiere hablar sobre el presupuesto?

Gruñó, se acercó y me dio un beso. *Oh, sí*. Me guió hasta la mesa, donde apoyé el trasero contra el borde. Me encantaba caer en las redes de ese hombre tan increíblemente sexy.

Se detuvo cuando ambos nos quedamos sin aliento, dando un paso atrás:

—Joder, me moría por hacer esto delante de todos.

Me reí, tapándome la boca con la mano:

—Eso sí que sería gritarlo a los cuatros vientos.

—Apenas podía prestar atención a la presentación.

—Beckett —dije casi sin aliento—, esto era importante.

—No te preocupes. Para eso estaban mis hermanos; habrían notado si había algo mal.

—¡Xander el primero! —me reí—. Aunque es un tipo duro, me cae bien. —Al ver que Beckett arqueaba una ceja, añadí—: No más que tú, obviamente.

¿Qué le pasa hoy? Se está comportando casi como un cavernícola.

—¿Ya tienes que volver a la oficina? —preguntó.

—No, pensaba comer algo por el Barrio Francés.

—Vamos juntos.

—¿Un almuerzo de negocios?

—Ni de coña.

—Me gusta que ni siquiera te tomes la molestia de fingir —respondí entre risas.

—¿Qué es lo que tendríamos que fingir? —preguntó con el ceño fruncido.

Buena pregunta.

Mi estómago rugió, y me apresuré a guardar mi portátil en el bolso.

—Vamos —dijo Beckett abriendo la puerta.

Sentí su mirada clavada en mí mientras caminábamos por el pasillo.

Al bajar las escaleras, pregunté:

—¿Tus hermanos están al tanto de lo nuestro?

—Por supuesto que sí —respondió con una risa.

—Vale, ahora entiendo todo —respondí, sintiendo mi cara roja como un tomate.

—¿Te molesta?

—No. Aunque aún no sé cómo comportarme contigo en el trabajo, pero es algo que nos concierne solo a nosotros, ¿verdad?

—Exacto, nadie tiene por qué entrometerse. Y si alguien te causa problemas…

—¿Te refieres a Josh, por casualidad?

—Sí. Tu cuéntame lo que sea.

Obviamente *no* iba a contarle nada. Me gustaba que fuera de caballero andante, pero era lo suficientemente adulta como para solucionar mis problemas. Si a Josh no le gustaba que saliera con Beckett, tendría que resolverlo sola.

—¿Quieres comer en *LeBlanc-Broussard?* —preguntó.

—¿Así, sin más? ¿No hay una lista de espera de varios meses?

—No si vienes acompañada de un LeBlanc —respondió, moviendo las cejas.

—Entonces imposible negarme.

Con una sonrisa, me guió por un estrecho pasillo con entrada directa al restaurante. Además de su enorme atractivo físico y de su preciosa hija, estaba claro que salir con Beckett LeBlanc tenía sus ventajas.

Para mi sorpresa, nos asignaron una mesa nada más llegar.

—¡No me lo puedo creer! —dije mientras nos sentábamos.

Beckett se rió:

—¿Dudabas de mi influencia?

—No, en absoluto. Pero espero que nadie se quedara sin mesa por nosotros.

—Por supuesto que no. Siempre tenemos dos mesas reservadas, por si acaso.

—¿Por si viene algún familiar?

—Más que nada por si aparece alguien importante. Es más fácil conseguir una mesa para dos que para un grupo.

Cogí el menú y lo examiné:

—Me encanta que tengáis los menús en la mesa.

—Fue idea de Xander. Nos ahorra aproximadamente veinte minutos, lo que es de gran ayuda para el personal.

—¡Vaya! A tu hermano no se le escapa nada, y qué bueno es reduciendo costos.

—Y que lo digas. Bueno, ¿ya sabes qué vas a pedir?

—¡Por supuesto! —Sonreí—. La célebre *jambalaya*.

—¿Sabes qué? Yo también, aunque la como con bastante frecuencia.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunté.

—No, pero Isabeau la prepara en su casa bastante a menudo. Está muy orgullosa de su receta, y el personal la sigue al pie de la letra.

—Qué bien —respondí, frotándome las manos.

El camarero llegó poco después y tomó nota de nuestro pedido. Después de que se marchara, suspiré y eché un vistazo al salón:

—Tengo que traer a mis padres alguna vez. Les encantaría.

—Dime cuándo que yo me ocupo.

—Ja, acabas de decir que es más fácil conseguir una mesa para dos que una de tres.

—Tú tranquila y yo me encargo.

—Gracias —sonreí—. Van a flipar. Fred nunca… —Me aclaré la garganta y bajé la mirada a mis manos. ¿Por qué demonios había pensado en él?

Beckett me miró extrañado:

—¿Fred?

—Mi exnovio.

—Háblame de él.

—¿En serio? —Me enderecé—: ¿Para qué?

—No sé nada sobre tus relaciones pasadas.

—Podría decir lo mismo de ti.

—¡Pero si yo nunca he tenido novia! —respondió con una risa sarcástica—. No sé cómo decirlo… pero creo que he sido un golfo toda mi vida.

Me eché a reír:

—¿En serio? ¿Esa es la palabra que has elegido para definirte?

—Es la verdad y no tendría sentido edulcorarlo. Ahora cuéntame de ti.

—Fred y yo estuvimos diez años juntos. —Beckett pareció sorprendido y bajé la mirada—. Sí, diez años.

—¿Y qué pasó? —preguntó, mientras el camarero colocaba una cesta con pan recién horneado y una selección de untables junto con nuestras bebidas.

—La relación no terminó bien —suspiré—. Después de tanto tiempo, se dio cuenta de que en realidad no quería casarse ni tener hijos conmigo.

—¿Le llevó diez años darse cuenta? Menuda mierda.

—Lo sé.

Y sin poder contenerme, le conté con detalle la historia de mi relación y lo mucho que había sufrido.

—Siento que he desperdiciado mis mejores años, ¿sabes? Pasé mucho tiempo esperando a que se decidiera a dar el siguiente paso.

—¿Casarse?

—No, tener un hijo. Lo del matrimonio me traía sin cuidado, pero yo siempre quise tener muchos hijos.

Beckett silbó:

—Lo recuerdo. Dijiste que querías tres. Y yo que tengo una sola y no doy abasto… no me imagino con tres niños.

Su comentario me entristeció un poco. Era absurdo que me molestara; Beckett y yo apenas estábamos empezando a salir. ¿Cómo podía pretender que quisiera tener más hijos?

—Como te decía, él nunca tuvo un detalle bonito por mis padres o por mí. Supongo que por eso lo recordé, porque te ofreciste a reservar una cena aquí y… —Uf, me estaba yendo por las ramas.

—Aún así estuviste diez años de relación —dijo Beckett.

—Lo sé. —Y no me enorgullecía lo más mínimo—. Todo el mundo se daba cuenta; yo fui la única que no quería verlo. Habíamos llegado a un punto muy monótono y cómodo en la relación y nos conformamos. Nunca hablábamos sobre el futuro, y pensé que algún día simplemente sucedería… pero claro, estaba muy equivocada. Deberíamos haber tenido esa conversación desde el principio. Eso es todo. —Me llevó mucho tiempo darme cuenta de que la relación no iba bien, y más aún decidirme a hablar y enfrentar la situación.

—Menos mal que lo vuestro no funcionó. Si no, no te hubiera conocido —dijo Beckett.

Me sonrió y le devolví la sonrisa. Amaba estar con él.

Nos sirvieron la *jambalaya* en tiempo récord.

—Madre mía, ¡qué rápido!

—El *gumbo*, el *jambalaya* y algunos platos clásicos siempre salen muy rápido porque…

—Ya lo tenéis listo —terminé por él. Me relamí los labios antes de añadir—: Hora del veredicto.

—¿Qué veredicto?

—Si realmente es la mejor *jambalaya* de la ciudad.

—Sea cual sea tu opinión, *no* se te ocurra decirle a Isabeau ni que lo has considerado —dijo con una media sonrisa.

—No se me ocurriría —negué con la cabeza—. No podría aparecer por su tienda nunca más.

Me bastó con el primer bocado para darme cuenta que estaba exquisita.

—Retiro lo dicho. No sé cómo he podido pensar que no sería la mejor que he probado en mi vida.

—Eso *sí* se lo puedes decir a Isabeau. Así ganarás aún más puntos con ella.

—¿Necesito ganar puntos? —pregunté, dándole otro bocado a la comida.

—No, pero nunca está de más.

—Entonces se lo diré. —Me aclaré la garganta—: Ahora me toca preguntar a mí. ¿Qué te ha llevado a ser un "golfo" durante toda tu vida?

—Te encanta hurgar en la herida, ¿eh? —pregunté, poniendo los ojos en blanco.

—Es que has elegido una palabra bastante peculiar para describirte.

Beckett se encogió de hombros. Qué guapo era… Con razón había sido un golfo.

—No fue algo que me propusiera; simplemente me dejé llevar, y terminé así. Pero ahora, desde una perspectiva más madura, reconozco que fue una vida superficial y sin propósito.

Frunció el ceño, como si estuviera reflexionando.

—Me gustan los hombres que saben hacer autocrítica —dije.

—¿Lo suficiente como para irte a casa conmigo? —preguntó, moviendo las cejas.

—Señor LeBlanc, cuidado con sus propuestas. Corre el riesgo de que las acepte. —Entonces recordé que tenía una reunión después y me lamenté. —¡Espera! Hoy no puede ser.

—No te preocupes —se rió—. Yo tampoco puedo, a menos que volvamos al hotel.

—Esa noche fue… —empecé, sintiendo cómo me sonrojaba.

—¿Qué? —preguntó, con la mirada clavada en mí.

—Muy picante.

—Totalmente de acuerdo —respondió con una pícara sonrisa.

—Nunca había hecho algo así.

—¿Qué? ¿Ir a una habitación de hotel para follar en condiciones? —Bajó la voz a susurro, logrando excitarme al instante. Aquella misma noche me había dicho lo mismo.

—Hoy te estás portando fatal.

Se inclinó un poco hacia delante y me guiñó un ojo:

—No era mi intención. —Se enderezó y recuperó la compostura —. Bueno, ¿cuándo te gustaría venir con tus padres?

—Tengo que hablar con ellos, pero para cenar sería lo suyo. — Tras una breve pausa, añadí—: Beckett, no hace falta que te tomes la molestia.

—No es ninguna molestia —negó con la cabeza—. Te conseguiré una mesa. Tienes mi palabra.

¡Guau! Beckett LeBlanc era todo un caballero. Y eso me encantaba.

Capítulo Veintitrés

PIPER

Cuando Beckett dijo que conseguiría una mesa para mi familia, di por hecho que tardaría un par de semanas. Para mi sorpresa, me envió un mensaje apenas dos días después.

Beckett: Puedo reservarte una mesa para tus padres y para ti esta noche.

Respondí sin siquiera consultarlo. Estaba segura de que aceptarían encantados.

Piper: Nos encantaría, Beckett.

Beckett: Hecho, mesa reservada para las seis.

¡Genial! Mis padres se pondrían muy contentos.

Piper: ¡Muchas gracias! ¿Cómo puedo devolverte el favor?

Beckett: Pasa una noche conmigo en mi casa.

Me reí, y entonces recibí un segundo mensaje.

Beckett: Lo digo en serio. Me encantaría pasar la noche contigo.

Imposible negarse.

Piper: A mí también.

Beckett: Perfecto. Envíame un mensaje cuando terminéis de cenar y bajaré de la oficina. Hoy debo quedarme hasta tarde y Agatha cuidará de Charlotte hasta que volvamos a casa.

Me quedé mirando embobada la última frase: "hasta que volvamos a casa". Aunque me sentía parte de su vida, no debía hacerme ilusiones. Seguro que Beckett no lo había dicho en ese sentido.

Como era de esperar, mis padres estaban muy emocionados de ir a *LeBlanc-Broussard*.

—¡Dios mío, no puedo creer que te haya conseguido una mesa así de rápido! —exclamó mi madre después de pedir el plato especial de la semana, *gumbo* de marisco.

—Es muy considerado para ser solo un cliente —comentó mi padre con cautela.

Ambos intercambiaron una mirada. Estaba segura de que mi madre lo había puesto al tanto. Aunque me resultara incómodo hablar de mi vida amorosa delante de él, me parecía bien que estuviera enterado.

—Ya que estáis aquí, aprovecho para contaros que Beckett y yo estamos saliendo.

—¡Lo sabía! —exclamó mi madre con una gran sonrisa.

—Está bien —asintió mi padre—. Espero que sea mejor que el inútil de Fred.

—¡Chris! —lo reprendió mi madre.

—Lo siento. —Levantó las manos en señal de disculpa—. No volveré a mencionarlo.

—Te lo agradezco, pero que sepas que no se parece en nada a él. Beckett es todo un caballero —aclaré.

—Estamos muy contentos por ti, cariño, y no hace falta entrar en detalles. A menos que quieras, claro. —Al ver que mi madre apretaba los labios, supe que tenía mil preguntas.

—¿Qué me quieres preguntar, mamá?

—¿Cómo está su hija?

—Preciosísima y creciendo muy rápido —respondí con una sonrisa—. Mi fiebre por los bebés se ha disparado.

Mi madre se rió, y mi padre, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿El bebé tiene fiebre?

—No, papá —respondí con una carcajada—. Es solo una forma de hablar.

Mi madre negó con la cabeza y puso los ojos en blanco, en plan "¡Hombre tenía que ser!".

La velada pasó más rápido de lo previsto. A las siete y media, mientras pedíamos la cuenta, le envié un mensaje a Beckett:

Piper: Ya hemos terminado de cenar.

Me respondió de inmediato.

Beckett: Bajo en un minuto.

No había caído en la cuenta de que iba a conocer a mis padres. Carraspeé:

—Beckett va a bajar de la oficina y…

—¡Podremos conocerlo! —exclamó mi madre—. Qué bien.

Mi padre se enderezó en la silla y se ajustó el cuello de la camisa, intentando parecer más intimidante. Era su reacción habitual cada vez que le presentaba a un novio. Mi madre y yo nos miramos y nos echamos a reír.

El camarero regresó con los ojos muy abiertos, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—Espero me disculpen, se supone que no debían ver la cuenta. —Tras un breve silencio, explicó—. Ya está todo arreglado.

—¿Cómo has dicho? —pregunté perpleja.

—El señor Beckett ha pagado —explicó el camarero.

—¡Ay! Qué generoso de su parte —comentó mi madre.

Sí, y más teniendo en cuenta que yo había pedido una botella de champán.

—No, tráeme la cuenta, ¿vale? Beckett no tiene por qué enterarse —le dije al camarero.

—¿En serio? Esas no son las normas de la casa —intervino Beckett al acercarse a la mesa.

—Me voy —dijo el camarero con una sonrisa de complicidad.

Después de que se retirara, hice las presentaciones:

—Os presento a Beckett. Beckett, mis padres, Darla y Chris.

Beckett estrechó la mano primero a mi madre y luego a mi padre.

—¿Cómo están? —preguntó—. Es un placer conocerlos; Piper me ha hablado mucho de ustedes.

—Gracias por la cena, muchacho —dijo mi padre—. Es muy generoso de tu parte.

—Y gracias por conseguirnos una mesa —agregó mi madre—. Hemos intentado reservar varias veces a lo largo de los años y ha sido imposible.

—De nada. Y por favor, no se molesten en volver a reservar aquí, ¿de acuerdo? Solo tienen que avisarme cuando quieran venir. Esto aplica a todos nuestros locales.

—A ver… es evidente que salir con un LeBlanc trae privilegios, pero no hace falta un trato especial —intervine.

—Tonterías. ¿Quieren otra ronda de bebidas? —les ofreció a mis padres—. Yo invito, por supuesto.

—No, muchísimas gracias. Todo ha estado delicioso, pero estoy llena —dijo mi madre, cortando a mi padre en seco, que claramente quería aceptar la invitación—. Bueno, será mejor que nos vayamos. Se está haciendo bastante tarde para nosotros; ya estamos mayores.

Así era ella. No quería interrumpir nuestros planes.

Mi padre volvió a fruncir el ceño, y mi madre tuvo que tirar de su brazo para que se moviera. Estaba segura de que él quería conversar un poco más con Beckett, y agradecí que ella se lo llevara. Todavía no me sentía lista para pasar tanto tiempo los cuatro juntos.

Cuando salimos a la calle Royal, mis padres me sonrieron:

—Ha sido una cena estupenda. Gracias, Beckett, otra vez. Espero que la próxima vez puedas venir con nosotros, ¿no? —Mi madre estaba encantada con mi novio—. Bueno, Piper, cariño, vamos a coger el tranvía.

Nos despedimos y nos dirigimos rápidamente al aparcamiento detrás del restaurante.

—Gracias por la invitación, pero no tenías por qué hacerlo —le dije a Beckett en cuanto estuvimos solos.

—No es negociable: no vas a pagar en ningún establecimiento LeBlanc-Broussard.

—¿Ah, sí? ¿Lo has decidido sin siquiera consultarme?

—Sí.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un mandón? —lo piqué.

—¿Tienes algo en contra?

—No, la verdad es que no.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado —respondió entre risas —. ¿Lista para ir a mi casa?

—Siempre.

—Mi peque debe de estar dormida ya —dijo con un toque de melancolía.

Dios mío, ¿se puede ser más tierno?

—Por cierto, mi familia me ha dado una sorpresa: han preparado una habitación infantil en la mansión para Charlotte.

—Qué bonito detalle.

—La verdad que sí. De hecho, me han preguntado si puede quedarse a dormir allí mañana por la noche.

—¿Y qué te parece? —pregunté.

—Al principio me sorprendió, pero después he pensado que estaría bien que mi hija se vaya acostumbrando a estar en su casa. Mañana iré a la mansión con Charlotte. ¿Te gustaría acompañarnos?

—¿Para conocer a tu familia?

—Sí. Aunque creo que ya los conoces a todos.

—Pero esto es… diferente.

—Totalmente —asintió—. Almorzaremos allí.

—¿Y de verdad quieres que vaya? —pregunté, humedeciéndome los labios. ¿Por qué estaba dudando si acababa de invitarme?

—Claro, pero solo si te apetece.

—¡Por supuesto! Es que no me lo esperaba. ¿Dónde está la mansión?

—En Garden District.

—Vale. Debería comprar algo para llevar.

—¿Por qué? —preguntó Beckett.

—No puedo presentarme con las manos vacías.

—No estarás con las manos vacías: vienes conmigo.

Puse los ojos en blanco:

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No hace falta, y hasta puede que se ofendan si llevas algo. Se pondrán muy contentos de verte.

Sentí que estaba tocando el cielo con las manos. No me cabía *tanta* felicidad dentro del cuerpo. Lo *nuestro* iba más rápido de lo que jamás imaginé, y no tenía ninguna pega. Ni una sola.

—Perfecto, entonces mañana iré al almuerzo familiar contigo.

Capítulo Veinticuatro

PIPER

Cuando Beckett dijo que su familia vivía en una mansión, imaginé una propiedad fastuosa, pero lo que vi superó todas mis expectativas. Nada más entrar me quedé boquiabierta: la casa tenía alas independientes de dos plantas. No eran dependencias sino *alas* enteras.

Beckett me explicó que, gracias a esa distribución, sus abuelos y sus padres podían convivir en paz. Aun así, me parecía lógico que vivieran con ese nivel de lujo y comodidad si podían permitírselo.

Estaba tan nerviosa que no dejaba de besar la cabeza de Charlotte. Cuando Beckett quiso colocarla en el portabebés, protestó con furia y me ofrecí inmediatamente para llevarla, por supuesto.

Estaba muy a gusto en mis brazos y gorjeaba. Esa pequeña criatura me había robado el corazón, y disparado mi instinto materno. En ese momento, se llevó las rodillas al pecho, se acurrucó y soltó un suave suspiro. Era adorable.

Beckett me guió por la casa, con un brazo alrededor de mi espalda.

—Veamos quién está en la cocina. Seguro que hay alguien allí.

Caminamos hasta la puerta más cercana y entramos. La cocina era enorme, con una gran isla en el centro. A diferencia del ático y su distribución abierta, la mansión tenía habitaciones bien definidas y, a juzgar por lo que había visto, todas las estancias eran inmensas. Efectivamente, Isabeau, Celine y Xander estaban allí.

—¡Hola! —nos saludó la hermosa mujer que estaba al lado de su hermano.

—¡Hemos llegado! —anunció Beckett, y cuatro pares de ojos se volvieron hacia nosotros.

—Tú debes de ser Piper —dijo la mujer, acercándose a mí—. Soy Bailey.

—¡Ah, la célebre fabricante de pralinés!

—Sí —respondió con una enorme sonrisa—. Ya que estás aquí, ¿qué te parecieron los pralinés de lila? Le pedí a Beckett que me diera su opinión, pero no dijo nada.

—Se me olvidó por completo —respondió él, dándose un golpe en la frente.

—Estaban deliciosos —le aseguré.

Bailey sonrió con entusiasmo:

—Gracias. Era una receta nueva. ¿Y en comparación con los bombones normales?

—Todos estaban deliciosos; no puedo decir que haya notado una *gran* diferencia por el sabor a lila.

—Oh, no. —Bailey parecía decepcionada. Para mi sorpresa, Celine e Isabeau también.

¿Estás tres están tramando dominar el mundo con lilas? ¿De verdad?

—¿Están todos en la sala? —preguntó Beckett.

—Sí —respondió Xander.

—¿Podemos ayudar en algo? —ofrecí.

—Oh, no, no hace falta. Estábamos comprobando la cocción de la carne, pero todavía le queda un poco. ¿Por qué no vamos al salón? —sugirió Celine.

—Claro —respondió Beckett.

Yo seguía sosteniendo a Charlotte, que intentaba trepar por mis pechos para alcanzar mi cuello. Era como un pequeño torpedo; se

movía con facilidad, y le sujetaba la cabeza con una mano para mantenerla segura.

—¿Estás bien? ¿Quieres que la coja? —preguntó Beckett.

—¡No! —respondí con un tono *excesivamente* posesivo.

Él se rió y me besó en la sien antes de ponerme el brazo alrededor de los hombros.

—Eres adorable —me susurró al oído.

Acurruqué a Charlotte aún más. Me sentía feliz así, con su brazo y nuestra pequeña en mi pecho.

Dios mío, nuestra pequeña ¿Pero qué estoy pensando?

Tenía que controlar mi deseo de tener un hijo. Adoraba a Charlotte, pero no era su madre, y más me valía recordarlo.

Aún así sentía una inmensa alegría.

El enorme salón era muy elegante, a falta de una palabra mejor, y tenía una chimenea frente a los sofás. En invierno debía de ser de lo más acogedor.

—¡Hola a todos! —dijo Beckett al entrar.

Se hizo un silencio ensordecedor que duró un segundo, hasta que varios se levantaron para acercarse a saludar.

Una niña que parecía tener once o doce años se acercó a nosotros. Supuse que se trataba de Bella. También vi a uno de sus hermanos con un bebé en brazos, ¿Chad, tal vez?

—¡Tío Beckett, has traído a tu novia! Y a la pequeña Charlotte.

Se había referido a mí como su novia. Bella ya me caía bien.

—¿Puedo cogerla? —me preguntó.

Suspiré. No quería soltarla, pero ella estaba tan emocionada que no tuve el valor de decirle que no. Miré a Beckett que pareció leerme el pensamiento:

—Por supuesto que puedes, y luego se la devuelves a Piper, ¿vale?

¿Era normal que quisiera tener en brazos a esa tierna bebé todo el tiempo? Se la pasé a Bella y me sorprendió lo bien que le sujetaba la cabecita.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Beckett.

—Lo busqué en YouTube y les pedí a mamá y papá que me enseñaran a coger a mi hermana.

Ah, claro. Es la hermana mayor de Simone. Empezaba a recordar el árbol genealógico.

Mi corazón dio un vuelco. Era entrañable que llamara "mamá" a la nueva esposa de su padre.

No es la misma situación, me recordé. Apenas estaba empezando a salir con Beckett.

Pero ya era demasiado tarde. Mis hormonas estaban revolucionadas.

Cuando aparté la vista de Bella y Charlotte, me di cuenta de que toda la familia se acercaba hacia nosotros. Dos hombres mayores encabezaban el grupo.

—Piper, encantado de conocerte. Mi esposa me ha hablado de ti. Soy David, el esposo de Isabeau.

—Hola, David. Encantada de conocerte —dije, estrechándole la mano.

—El placer es nuestro, Piper —añadió el hombre que estaba a su lado—. Soy Félix, el marido de Celine. Hemos oído que nuestros hijos ya te han dado la bienvenida a la familia. Ya era hora que te conociéramos.

Eché un vistazo a Beckett, que no parecía en absoluto sorprendido del comentario de sus abuelos. Más bien al contrario, les sonreía.

—A ver… ya conoces a mis abuelos. ¿Te he presentado a todos mis hermanos? —preguntó.

—Sí, creo que sí —asentí, aunque estaba un poco confundida.

—Y ahora es el momento de que nos presentemos las chicas —dijo la mujer que estaba junto al hermano que sostenía el bebé—. Soy Scarlett, la *chef* de *LeBlanc-Broussard*. Esposa de Chad y madre de Bella y de mi hija, Simone.

—Hola, Scarlett. Encantada de conocerte a ti y a tus hijas. ¿Qué edad tiene Simone? Me encanta ese nombre.

Y así una tras otra, se presentaron especificando a qué se dedicaban. Lo cual me vino de perlas porque me resultaba más fácil recordar que la impresionante mujer que estaba junto a Julian era la propietaria de *Books & Beads* en el Barrio Francés, cuyo nombre es Georgie. Lo mismo con Grace, la prometida de Zachary: era el genio

detrás de la adorada crema facial de mi madre. Me sorprendió que la prometida de Anthony, Daisy, también trabajara en marketing.

—Dios mío, qué familia tan grande —dije una vez terminadas las presentaciones.

—Y sigue creciendo —comentó David—. No te preocupes si nos confundes.

—Haré todo lo posible por evitarlo —prometí—. Yo también vengo de una familia grande: mi madre tiene tres hermanas, mi padre, dos, y todos tienen muchos hijos. Sé lo abrumador que puede ser cuando llega alguien nuevo.

—¿Tienes muchos hermanos? —preguntó David—. No recuerdo que mi mujer me lo hubiese comentado.

—No, soy hija única, pero crecí rodeada de muchos primos.

—Tío Beckett, Charlotte es una monada. ¿Cuándo tendrás otro bebé? Me encantan, y Simone ya creció… ya no es un bebé —dijo Bella. Seguía sosteniendo a su prima con mucho cuidado. Me moría de ganas de correr hacia ellas y abrazarlas a las dos.

Toda la sala estalló en una carcajada.

—No lo tengo planeado ahora mismo. Estoy bastante ocupado con Charlotte.

En ese momento, cogió a su hija de los brazos de Bella; había empezado a inquietarse un poco. Estaba bastante segura de que serían gases, y logró calmarla bastante rápido.

Su respuesta me entristeció. Pero, ¿qué pretendía? ¿Que se levantara y gritara a los cuatro vientos que se moría de ganas de tener un hijo conmigo? Se acababa de enterar que era padre, era lógico que estuviese agotado.

—Bella —intervino Chad cuando las risas se apagaron y nos movimos hacia el salón—. No se pueden hacer ese tipo de preguntas así como así.

—Bueno, pero es que mi tío Beckett siempre dijo que no quería hijos, ni casarse, y de repente tiene una hija y una novia…

Miré a Beckett, que se reía sin parar. Era obvio que jamás se enfadaría con su sobrina; era solo una niña haciendo un comentario sincero y directo.

—Está bien, pero hay formas y formas —le aclaró Chad mientras apartaba a Bella un poco del grupo.

—Chad, no pasa nada —intervino Beckett—. De verdad que no me molesta; Bella siempre me hace reflexionar.

Cuando todos nos sentamos, Anthony y Xander se dirigieron a Beckett.

—Queremos pedirte disculpas, hermano —dijo Xander.

—Genial. Llevaba tiempo esperando este momento —respondió Beckett con una sonrisa burlona.

Al ver que yo echaba la cabeza hacia atrás, preguntó:

—¿Qué?

—Es que nunca te había escuchado con ese tono chulesco.

—¿Ese tono de sabelotodo? —preguntó Anthony—. Solo lo usa con nosotros.

—¿Me hacéis el favor de recordar vuestra advertencia? —preguntó Beckett.

Me quedé sin aliento:

—¿Le dijisteis que se mantuviese alejado de *mí*?

—Pensamos que seguía siendo el mismo prenda de siempre. Era nuestro deber como hermanos recordarle que ahora que es padre tenía que cambiar. Pero, de nuevo, te pedimos disculpas —admitió Xander, mirando a Beckett, que estaba ocupado mirando alrededor de la sala.

—¿Lo habéis oído todos? ¡Xander se está disculpando y reconociendo que se equivocó conmigo! —gritó Beckett, y no pude evitar reírme. Qué tonto.

—Nunca me lo va a perdonar. Pero me lo merezco —repuso Xander.

—En su defensa, nadie daba un duro por él —añadió Chad.

Scarlett estaba dando de comer a su hija y me pregunté si Charlotte también tendría hambre.

Una pareja entró por la puerta del salón y supe al instante que eran los padres de Beckett.

—Llegamos tarde otra vez. —Se acercó a mí y dijo—: Hola, soy Adele. Tú debes de ser Piper.

—Sí, encantada de conocerte.

—Este es mi marido, Remy.

Mientras les daba la mano, parte del grupo se fue retirando, incluida Isabeau de la mano de Bella. Beckett volvía a tener a Charlotte en brazos. Simone observaba con interés a su pequeña prima mientras Scarlett seguía dándole de comer.

Volvieron unos minutos más tarde. Isabeau traía la carne, Zachary y Grace los platos, y Julian la ensalada.

—¡La carne está lista! —anunció Isabeau.

—A comer. La mesa está puesta —anunció Celine.

—Mamá, no me dijiste que cocinarías esta noche. Podría haberte ayudado —dijo Adele.

Celine frunció la nariz:

—Hija, no te ofendas, te adoro con locura, pero tu admirable talento artístico no se refleja precisamente en la cocina.

—Lo sé —respondió Adele—. Solo decía que podría haber *ayudado*, nada más.

—Yo también puedo venir y preparar la cena para estas reuniones —se ofreció Scarlett.

Isabeau arqueó una ceja. Estaba claro que no quería que le quitaran el mando de la cocina.

—Lo siento, retiro lo dicho —rectificó Scarlett, al percatarse de la situación.

Chad le rodeó los hombros con un brazo y le besó la cabeza. Parecía que todos los hombres de la familia eran así de cariñosos.

Un segundo después, cogió a Simone de los brazos de Scarlett y la sentó en su regazo. La niña sonrió al ver la carne asada.

Me encantaba estar con ellos. La dinámica familiar era especial y lo estaba disfrutando muchísimo.

—Te has salvado por los pelos, cariño —comentó Chad.

—Hago lo que puedo, pero muchas veces meto la pata a fondo —respondió Scarlett mientras nos sentábamos todos a la mesa.

—Comamos antes de que se enfríe —dijo Celine.

Beckett puso a Charlotte en el portabebés, que era la forma más cómoda de poder comer. A ella le encantaba, pero eso significaba que yo no podía cogerla en brazos.

—¿Por qué no servimos las bebidas y brindamos? —sugirió Isabeau.

—¡Sí, sí! —respondieron todos al unísono.

Había botellas de vino blanco y tinto sobre la mesa, así como varias jarras de agua y zumo. Cada uno se sirvió lo que le apetecía beber.

Beckett se aclaró la garganta:

—Me gustaría hacer un brindis, si te parece bien, Isabeau. Me pareció que tenías ganas de decir unas palabras.

—Estoy segura de que vas a decir lo mismo que tengo en mente —respondió su abuela.

—Ya lo creo. Bueno… todos sabéis cómo ha cambiado mi vida en este último tiempo, y quería daros las gracias por estar a mi lado. —Me miró y añadió—: También quiero dar las gracias a mi preciosa novia, que también me ha cambiado la vida, por el amor que siente por mi hija. Nunca me había imaginado algo así.

¡Novia! Me iba a estallar el corazón. Quería decir algo en voz alta, pero no pude. Me limité a asentir y sonreír mientras todos brindaban y él volvía a sentarse.

Se inclinó hacia mí y me susurró:

—Te quiero, Piper. Muchísimo. Quería decírtelo en otro momento, pero ha salido así.

Sentí que iba a caerme de la silla. Ese hombre tan guapo acababa de declararse, allí mismo, delante de su familia. No podía creerlo. Me había dejado sin palabras.

Todos hablaban de Charlotte y de cómo le había cambiado la vida, y aproveché ese momento para sacar mi teléfono y escribir en notas: **Yo también te quiero, pero si lo digo en voz alta, me largaría a llorar.** Giré la pantalla para que él pudiera verla.

Su rostro se iluminó con una sonrisa enorme y se acercó otra vez a mi oído:

—No te preocupes, tendrás muchas oportunidades para decírmelo luego.

Y eso era precisamente lo que pensaba hacer. Darle todo mi cariño, y a su preciosa hija también.

***

Después de comer, Adele y Remy nos llevaron a visitar la habitación de la bebé. Charlotte estaba en mis brazos, apoyada en mi pecho, completamente tranquila.

Entramos y no pude evitar sonreír. El empapelado rosa con nubes blancas era adorable. Había un juego de muebles color crema y juguetes por todas partes.

—Si algo no te gusta, lo cambiamos —le dijo Adele a Beckett.

—Está genial, mamá. ¿Cuánto tiempo os ha llevado preparar esto?

—Desde que nos enteramos de la existencia de este pequeño tesoro.

Beckett estaba mirando el cambiador. Habían comprado la misma máquina para preparar biberones que él tenía en su casa.

—Veo que has comprado todo lo necesario para que se quede a dormir aquí.

—¿Podemos probar esta noche?

—Sí —asintió—. Le he traído ropa de cambio y todo lo que pueda necesitar.

—No hacía falta… le hemos comprado algunos conjuntos —dijo Adele.

—Hijo, mejor no abras los cajones… están a reventar —comentó Remy con una sonrisa.

—Gracias a los dos. —Se aclaró la garganta—. Pero si durante la noche la cosa se complica, no dudéis en llamarme. Vendré a recogerla a la hora que sea.

—Tranquilo, Beckett, eso no va a pasar. He criado a seis hijos y sé perfectamente cómo manejar este aparato —dijo, señalando la máquina de hacer biberones—, así que no habrá ningún problema.

—Vale, entonces… —Besó la cabeza de Charlotte y añadió—: Será su primera fiesta de pijamas.

Parecía entusiasmado y conmovido a partes iguales. Dios, ¿cómo era posible que fuese tan atractivo y tierno a la vez?

—No sabrás qué hacer con tanto tiempo libre, ¿eh, hijo? —preguntó Remy.

La expresión de Beckett cambió al instante. Me miró y sus ojos brillaron.

Claro que sabía *exactamente* qué hacer esa noche.

Me quería a mí.

Capítulo Veinticinco

BECKETT

—¿Cómo te sientes sin Charlotte en casa? —preguntó Piper, mientras me servía un *whisky* con hielo en el bar de mi casa.

—Es un poco raro, pero también estoy eufórico —respondí, rodeándole la cintura con un brazo y llevándola hacia el salón. Con la otra mano sostenía mi vaso.

—¿En serio? ¿Y eso?

—Porque te tengo toda para mí.

Me preocupaba un poco que Charlotte no pasara la noche conmigo, pero confiaba en mi madre por completo. Sabía que mi pequeña estaría segura, feliz y bien atendida. Además, si pasaba algo, estaba a solo una llamada. En ese momento quería disfrutar de mi chica y dedicarle toda mi atención.

—Quédate justo ahí, frente a la ventana —le pedí.

Podía ver su silueta reflejada en el cristal a pesar de la penumbra. Nunca me cansaría de mirarla. La anticipación de lo que estaba por venir esa noche me nublaba el juicio. Estaba preciosa con su vestido, pero, como siempre, me daba igual qué ropa llevara… quería desnudarla por completo.

Piper tenía una figura atlética: brazos tonificados y unas piernas largas que me envolvían con facilidad. Encajaba perfectamente conmigo.

Se humedeció los labios y bajó la mirada:

—¿Me quito los zapatos?

—No. —Me acerqué para quitarle el vestido sin más preámbulos, dejándola solo en un conjunto muy sexy de lencería negra y tacones rojos—. Llevo queriendo hacer esto desde que te vi.

—Mmm… lo había intuido por tu mirada.

—Llevo mucho tiempo queriendo estar a solas contigo en mi casa.

—¿Para hacer qué? —preguntó mientras la alejaba de la ventana y la recostaba contra la mesa del comedor.

—Para follarte fuerte y hacer que tus gritos atraviesen las paredes. —Mi respuesta la hizo estremecer. Jadeó cuando le rodeé la cintura con un brazo y la levanté para colocarla sobre la mesa. Pasé la lengua por encima de sus bragas—. Joder… Esta noche haré que te corras muchas veces, te lo prometo. No querrás irte de aquí nunca más.

Piper se humedeció los labios y echó la cabeza hacia atrás mientras me sentaba en una silla y movía el pulgar arriba y abajo sobre sus bragas.

—Y que lo digas… —susurró, pero aún no estaba excitada; la tela estaba seca.

Apoyé mi vaso vacío sobre la mesa y le desabroché el sujetador con la otra mano, dejándolo caer hasta su cintura. No esperé a que lo apartara antes de llevarme un pezón a la boca, inclinando su torso hacia delante para poder acceder a su pecho.

Me tomé mi tiempo, saboreando el momento antes de lamer y luego succionar su pezón. Entonces noté cómo se le humedecían las bragas. Pasé al otro pecho al tiempo que le pasaba el pulgar por la tela de sus bragas y recorría todo su sexo.

—Beckett —susurró, retorciéndose sobre la mesa, presa de una mezcla de placer y tensión.

Al ver el vaso vacío se me ocurrió una idea.

—¡Beckett! —gritó un segundo después, al sentir el roce de un cubito de hielo sobre su pecho.

Tras devolver el hielo a su sitio, volví a tomar su pezón en mi boca, y ella se empapó aún más, humedeciendo mis dedos.

La acerqué al borde de la mesa, la levanté ligeramente para deshacerme de su ropa interior. Separé de nuevo sus muslos y, sin dejar de mirarla a los ojos, bajé mi boca hasta su sexo. Empecé a chupar su clítoris con movimientos delicados. Su rostro se transformó, y su labio inferior tembló.

Introduje mi lengua en su apretado calor y su cuerpo se tensó. Acto seguido, comencé a alternar penetraciones de lengua con suaves lametones a su clítoris, buscando llevarla al límite. Unos segundos después centré mi boca en su punto sensible e introduje un dedo en su abertura. ¡Joder, qué apretado lo tenía! Al ver que no era suficiente, deslicé otro dedo.

—Beckett, Dios mío —jadeó, tocándose el pecho con una mano. Cuando aparté mi boca, se llevó la otra mano a su entrepierna.

—Eres insaciable, preciosa.

—Lo necesito —susurró.

—Me vuelves loco.

Me incliné sobre ella y la besé con una intensidad desenfrenada. Me encantaba penetrarla con mis dedos y sentir el roce de sus uñas mientras se masturbaba. Entre gruñidos, acaricié sus pechos con mi mano libre, mientras sus paredes internas se contraían alrededor de mis dedos y sus caderas se movían frenéticamente.

Casi me corro con los pantalones puestos. ¿Cómo era posible que aún no me los hubiera quitado? Debería al menos haberme aflojado el cinturón para aliviarme un poco. Pero en ese momento, no podía dejar de tocarla. Estaba tan cerca de su orgasmo que no quería arriesgarme a que se le escapara.

El clímax la alcanzó más rápido de lo que pensaba. Retiré mis dedos solo para volver a embestirla con fuerza, y fue suficiente para que ella explotara. Aparté mi boca; quería escuchar sus gritos de placer. Fue incluso más glorioso de lo que había imaginado. Qué privilegio verla sucumbir de ese modo: sus jadeos desenfrenados, sus ojos cerrados con fuerza y la boca abierta mientras todo su

cuerpo se sacudía sobre la mesa. Piper retiró su mano de su sexo, pero continué frotándola, sabía que todavía lo necesitaba. Su rostro se tensó, cargado de deseo.

Quería hacer que se corriera allí mismo, en la mesa del comedor de mi casa, todas las malditas noches de mi vida. Piper me pertenecía.

Pronto, sus temblores disminuyeron, aunque siguió moviendo las caderas y frotándose contra mis dedos.

La levanté de la mesa, queriendo cambiar de posición para follarla.

—Beckett… —murmuró, abriendo los ojos. Tenía la mirada desenfocada.

—Date la vuelta.

Piper asintió y se giró lentamente, ofreciendo su culo perfecto e irresistible hacia atrás. Iba a hacerla mía así.

Puse una mano en su espalda y dije:

—Preciosa, túmbate en la mesa. Voy a follarte aquí mismo. Luego iremos al dormitorio.

—Sí, sí. Por favor, fóllame donde quieras. Soy toda tuya.

Me desabroché los pantalones, recordando justo a tiempo que necesitaba un condón. Menos mal que siempre llevaba uno en la cartera; así no me separaba de mi chica ni un segundo. Me lo puse y, para aumentar su excitación, presioné mi miembro contra una de sus nalgas mientras le pasaba un cubito de hielo por la otra. Estaba llegando a mi límite, algo que no había previsto.

—¡Beckett! —gimió, llevando sus caderas hacia atrás.

Tras desechar el hielo, llevé mi mano a su centro y un sonido gutural la atravesó por completo.

—Qué mojada estás, ¿quieres que te la meta, verdad?

—Sí, por favor. No puedo esperar más —suplicó.

—¿Aunque ya hayas tenido un orgasmo? —me burlé, pero me estaba colocando en su entrada.

—El orgasmo estuvo bien —dijo, mirándome de reojo—, pero ahora quiero tu polla.

—Me encanta que digas guarradas —respondí, acariciándole la entrepierna y aumentando su lubricación.

—Beckett, por favor. ¡Por favor!

Mi polla estaba a punto de explotar, pero me centré en estimular su clítoris. Quería llevarla al límite otra vez y darle tanto placer que hasta le costara caminar.

Sus piernas comenzaron a temblar y le di una palmada firme en el trasero.

Piper gimió.

—Madre mía, ¡voy a correrme! —Le di otra palmada—. ¡Voy a explotar!

La penetré justo antes de que llegara el orgasmo, y retiré mi mano de su sexo para permitir que cabalgara su clímax sacudiendo toda la parte superior de su cuerpo.

—Joder, no sabes cómo te quiero, preciosa. Verte explotar es adictivo.

Esperé a que recobrara el sentido y sus músculos internos se relajaran para comenzar a embestirla. Cada terminación nerviosa de su cuerpo estaba al límite y como yo no hacía más que echar leña al fuego, era evidente que pronto volvería a correrse.

Puso una mano sobre la mesa para apoyar la frente, y con la otra comenzó a recorrer su muslo. Sabía lo que necesitaba.

—Tócate —le ordené mientras la penetraba.

—No sé si pueda volver a correrme… voy a colapsar.

—Estarás bien, preciosa. Necesitas otro orgasmo. Confía en mí, te encantará.

Llevó la mano a su entrepierna y sentí sus dedos rozar mi polla. En el momento en que se tocó el clítoris, un gemido gutural vibró a través de todo su cuerpo.

—¡Beckett! —gritó, contrayéndose con fuerza.

Piper tenía un poder único sobre mí. Si bien yo era quien tomaba las riendas y le daba indicaciones precisas de lo que quería que hiciera, ella era la dueña absoluta de mi placer.

A medida que me movía más rápido, llevaba sus caderas hacia atrás.

—Esta posición no te satisface, ¿verdad?

—No —confesó.

Tuve que cambiar el ángulo; la ayudé a enderezarse para que su espalda quedara contra mi pecho. Piper se amoldó al segundo siguiente sin quitar la mano de su sexo. La embestí sin piedad; necesitaba llegar a lo más profundo.

—Eres irresistible —le susurré al oído, y ella gimió—. Me encanta metértela hasta el fondo y que grites de placer… Eres increíble. —Al ver que ella no dejaba de jadear, pregunté—: ¿Te calienta que te diga que tu coño me vuelve loco?

—¡Sí, me encanta!

Sus piernas comenzaron a temblar y supe que no aguantaría mucho más. Tampoco podía mantenerse en pie.

—Apoya las manos sobre la mesa.

—No —jadeó.

—Yo me encargaré de tocarte, preciosa. Te lo prometo.

—¡Ay, Beckett! Te quiero.

Dejé de embestirla y la miré directamente a los ojos. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba oír esas palabras. Ahora éramos uno.

—Piper, te quiero, ¡joder!

Llevé mi mano a su clítoris antes de que ella retirara la suya. Empecé a tocarla con nuestros dedos entrelazados, y eso bastó para que explotara. Piper se contrajo con tanta fuerza que me arrastró con ella y desencadenó mi propio orgasmo. No me lo esperaba; pensé que me llevaría más tiempo. Me entregué con salvaje abandono hasta que ya no pude moverme más.

Capítulo Veintiséis

PIPER

Estuve muy liada con el trabajo durante las siguientes semanas; la agencia se había comprometido con varios proyectos, y la mitad eran de mis clientes. Estaba tranquila, pero Josh, mi jefe, se ponía de los nervios cada vez que se aproximaban las fechas de entrega, y se pasaba el día enviándome mensajes.

Josh: ¿Tienes todo bajo control? Baptiste y Fontenot se están impacientando.

Eran dos clientes importantes, y un fastidio absoluto, pero nos contrataban para muchos proyectos.

Piper: Sí, lo tengo todo bajo control. No te preocupes por nada.

Tenía muchas cosas entre manos, incluido el anuncio para las panaderías *LeBlanc*. Estaba convencida de que se convertiría en uno de nuestros proyectos estrella. Estuve en el *set* de grabación y sabía que sería un éxito. Me encantaba ver cómo todo cobraba forma; era una de mis partes favoritas del trabajo. Aunque solo iba como espectadora —no formaba parte del equipo de producción ni del elenco— me gustaba estar al tanto de todo para que no se nos

escapara nada. Sonia y Nina también estuvieron presentes, lo cual agradecí.

Queríamos contar una historia entrañable: una joven madre, claramente agobiada, intenta entrar con sus dos hijas pequeñas, muy inquietas, a una panadería cercana. La situación se lo impide. Una señora mayor que ha presenciado la escena entra primero y, al salir, se acerca a la madre para entregarle una bolsa enorme con bollería, diciéndole en voz baja: "Yo también pasé por eso". El relato culmina con ambas mujeres y las niñas compartiendo la deliciosa bollería, con la panadería como telón de fondo.

Hice un montón de fotos detrás de cámaras para tener material que mostrar en la próxima reunión con el equipo de Beckett. También les enseñaría un borrador del rodaje, era algo que me gustaba hacer con mis clientes por si querían eliminar de cara a la edición final.

Pasaron dos semanas, y el miércoles volví a la sede *LeBlanc-Broussard*. Mientras enseñaba las diapositivas y reproducía el borrador del vídeo, un intenso malestar se adueñó de mi cuerpo. Me pregunté si la comida me había sentado mal, ya que llevaba todo el día mareada.

En cuanto terminó el vídeo, Sonia aplaudió:

—¡Me encanta, Piper! No tengo ninguna observación ni cambio que proponer. ¿Y tú, Nina?

—Yo tampoco —respondió Nina—. Ha quedado tal cual como imaginaba.

Ambas miraron a Beckett, que me hizo un gesto de aprobación con el pulgar y sonrió:

—No tengo nada que añadir. Es genial y estoy deseando ver la versión final.

—Supongo que lo tendremos en tres semanas —dije.

—¿Tanto tiempo? —preguntó con los ojos como platos.

Asentí y volví a sentir náuseas.

¿Pero qué me pasa? Necesito tumbarme. Debo de haber cogido una gastroenteritis.

—La edición lleva mucho tiempo.

—Es verdad. Bueno, tenemos margen —señaló Sonia—. Hemos calculado los tiempos para no tener que ir con prisas.

—Buena idea. —Me gustaba mucho cómo trabajaba Sonia. Cerré mi portátil y añadí—: Eso es todo por mi parte.

No me encontraba bien. Temía que me fuera a subir la fiebre o, peor aún, vomitar delante de todos.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Sonia—. De repente te has puesto muy pálida.

—No, me encuentro fatal. Si no os importa, debería irme a mi casa.

Beckett se levantó de inmediato:

—Yo te llevo.

Sonia intercambió una mirada con Nina antes de posar sus ojos en Beckett y en mí, pero no dijo nada.

Vaya manera de desvelar nuestro secreto.

—Iba a proponerte llevarte a casa, pero ya que Beckett se ha ofrecido… —dijo Sonia, y le sonreí tímidamente.

Una vez que ella y Nina se marcharon, Beckett me dijo:

—Parece que te has puesto mala.

—Ya te digo. Llamaré a un Uber. Necesito irme ya.

—Ni hablar. Como te he dicho, yo te llevo.

—No. Tienes a Charlotte.

—¿Y qué? Puedo encargarme de todo. ¿Por qué no te quedas en mi casa esta noche?

—¿En serio? —parpadeé—. No quiero contagiar a la peque.

—Mientras no compartáis habitación, no hay riesgo. Quiero cuidar de ti si te sientes mal —insistió Beckett.

¿Cómo puede estar tan bueno y ser tan tierno a la vez?

—Vale, la verdad que no me encuentro nada bien.

Realmente me encontraba muy mal.

—Dame, yo te llevo esto —dijo, colgándose mi bolsa del portátil al hombro.

—Beckett, tampoco es para tanto. Puedo llevarla yo —respondí, aunque en realidad no era cierto.

—Mientras estés conmigo, yo te cuido.

—Está bien —sonreí.

Me pasó un brazo por los hombros y salimos de su despacho.

—Si Sonia y Nina tenían alguna sospecha, acabas de confirmársela, ¿lo sabes?

—Ya era hora de que todo el mundo lo supiera —respondió con naturalidad.

—Menuda forma de anunciarlo —bromeé. Josh aún no lo sabía, y pronto tendría que abordarlo.

Las náuseas se intensificaron, y respiré profundamente para intentar controlarlas.

—Necesito pasar por una farmacia. Tal vez tengan algo para aliviar los síntomas —comenté una vez que llegamos a la calle Royal.

Beckett asintió:

—La más cercana es *Walgreens*; está en la esquina de Decatur y Wilkinson.

—No está muy lejos. —Teníamos que coger por Saint Peter y cruzar Chartres.

Beckett me sostuvo la mano con firmeza mientras caminábamos por el Barrio Francés. Era una tarde soleada, y como era de esperar, había mucha gente paseando por el casco antiguo… incluido mi jefe. Nos topamos con Josh cuando estábamos a punto de llegar a *Walgreens*.

—¡Hola, Piper, hola, Beckett! —Su sonrisa se desvaneció al ver nuestras manos entrelazadas.

¡Mierda! No era así cómo quería que se enterara.

—Hola, Josh —saludó Beckett. No soltó mi mano, sino que estrechó la de Josh con la otra—. Acabamos de salir de la oficina.

—Les he enseñado el borrador del vídeo —añadí.

—¿Qué te ha parecido? —Josh frunció ligeramente el ceño, mirando nuestras manos, pero luego se centró en Beckett.

—Ha quedado increíble. Piper es una *crack*. —Y tras una breve pausa, añadió—: Ahora mismo no se encuentra muy bien, Josh, vamos a entrar a *Walgreens*.

—Ya me pareció que no tenías buen aspecto —me dijo Josh, mirándome con preocupación. ¿Tan mala cara tenía?—. Mañana hablamos, Piper, si estás recuperada como para volver a la oficina, claro.

—Allí estaré —aseguré. No había faltado al trabajo por enfermedad desde que cogí la gripe hacía ya unos años. Me pasaba literalmente el día trabajando.

Tras despedirnos, entré en la farmacia. Cogí un medicamento para el resfriado de la estantería, pero lo volví a dejar en su sitio. No me parecía que estuviera resfriada, de modo que me acerqué a una de las farmacéuticas y le pedí consejo. Evaluó la posibilidad que quizá hubiese comido algo en mal estado y me aconsejó que no tomara ninguna medicina. *Vaya, he venido hasta aquí por nada.*

Después nos dirigimos directamente al ático. Agatha estaba dando de comer a Charlotte cuando llegamos. Ver a esa cosita me hizo sentir mucho mejor.

—Hola, chicos —saludó Agatha.

—Lo siento, llegamos un poco tarde —respondió Beckett.

—No te preocupes. No me importa quedarme un rato más con Charlotte.

Una vez terminó el biberón, Agatha la hizo eructar. Yo lo habría hecho encantada, pero no quería arriesgarme a contagiar a Charlotte.

Era la cosa más bonita del mundo y me moría por besarle los mofletes. Hacía poco habíamos descubierto que no le gustaban los besos, sino el contacto mejilla con mejilla o nariz con nariz.

Beckett la cogió mientras yo acompañaba a Agatha a la puerta. Cuando volví, Charlotte soltó un enorme eructo. Suspiré y Beckett me miró con una expresión extraña.

—¿Qué? —pregunté.

—Me gusta que formes parte de la vida de Charlotte.

—A mí también me encanta. Te quiero mucho, pequeña.

Sentía que éramos una verdadera familia y mi felicidad era total. Beckett estuvo pendiente de mí el resto del día: pidió sopa de pollo y se acurrucó en el sofá conmigo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó cuando me acosté en la cama.

—Igual. —A pesar de las náuseas, parecía que no iba a vomitar.

***

Pero tuve que tragarme mis palabras. A la mañana siguiente vomité nada más levantarme; no conseguía aliviar las náuseas. Al salir del baño, oí los pasos de Beckett y Charlotte por el apartamento, indicando que ya se habían levantado.

—¡Buenos días! —anuncié en voz alta para que supiera que estaba despierta.

Se apresuró a entrar en el dormitorio principal. Llevaba ropa de deporte y Charlotte un conjunto abrigado.

—¿Vas a algún sitio? —pregunté.

—Sí, Agatha no puede venir hoy. Mi madre vendrá a hacerle el relevo, pero llegará más tarde. Voy a llevar a Charlotte a dar un paseo porque está muy inquieta. ¿Cómo te sientes?

—Mal, pero se me pasará —respondí, restándole importancia—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Media hora, cuarenta minutos, más o menos. Depende de Charlotte.

—No sé si seguiré aquí para entonces. Tengo una vídeollamada con Josh.

—Entonces hablamos más tarde. Te quiero —dijo, y me derretí.

—Yo te quiero más. Pero no te voy a besar para evitar contagiarte.

—Odio que estés enferma, cariño —dijo con el ceño fruncido—. Que te mejores.

Quería ir con ellos a dar un paseo, pero necesitaba tumbarme en la cama un rato más. Sin embargo, ni eso pude hacer; en cuanto se marcharon, volví a meter la cabeza en el retrete.

Maldita sea. ¿Qué me pasa?

Mientras me lavaba la cara, repasé mentalmente lo que había comido el día anterior, sin encontrar nada que pudiera ser la causa. ¿Sería el síndrome premenstrual? Lo cual sería muy extraño porque nunca había padecido molestias menstruales.

Ahora que caigo, ya debería haberme venido la regla.

Calculé mentalmente la última vez que me había venido.

¡Dios mío! Con toda la emoción del rodaje del anuncio ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba una semana de retraso.

Tragué saliva y el corazón se me disparó. Jamás se me retrasaba más de dos o tres días. No podía ser. Beckett y yo siempre usábamos condón. A ver… claro que hubo preliminares sin preservativo alguna que otra vez, pero ¿podía quedarme embarazada solo por eso?

En cualquier caso, mi periodo se había retrasado.

Saqué mi teléfono y busqué la farmacia más cercana antes de recordar que había una justo al lado de su edificio. Tenía que salir de dudas.

Me vestí rápidamente y bajé en el ascensor. Salí del edificio y entré a la farmacia.

Fui directamente al pasillo de productos de higiene íntima y cogí una prueba. Solo tenían una básica con rayas, ningún kit digital, pero no importaba. Necesitaba saberlo.

Cuando me acerqué a la caja, la dependienta me miró con preocupación:

—¿Te encuentras bien?

Negué con la cabeza. Era evidente que se había dado cuenta de mi nerviosismo.

—Cruzaré los dedos por ti —dijo con una sonrisa.

—Gracias.

Mi corazón latía tan rápido que ni siquiera me dio tiempo de sentir miedo o euforia. Estaba hecha un manojo de nervios y necesitaba salir de dudas cuanto antes.

Cruzaba los dedos para no toparme con Beckett antes de hacerme la prueba. No sabía cómo reaccionaría, y quería ver el resultado sola.

Tras pagar, volví al edificio y corrí hacia el ascensor, respirando hondo. Menos mal que Beckett me había dado una llave.

Una vez en su casa, fui directa al baño y leí las instrucciones con atención. Era la primera vez que me hacía una prueba de embarazo. Parecía bastante sencillo: solo había que orinar en la varilla y esperar.

Cerré los ojos después de programar el temporizador en mi teléfono con el tiempo indicado. Cuando sonó la alarma, me sobresalté y miré la prueba.

Dos rayas.

Estoy embarazada.

Ojalá hubiera comprado más pruebas para confirmar el resultado, pero en lo más profundo de mi ser sabía que era cierto. Estaba embarazada. ¡*De Beckett*! Eso explicaba el malestar, que me sintiera tan débil y, por supuesto, el retraso. Por eso tenía ganas de vomitar continuamente.

Y, por extraño que fuera, estaba feliz.

Capítulo Veintisiete

PIPER

Me llevé la prueba, la envolví en papel higiénico y la guardé en mi bolsillo. Fui a la cocina y, mientras cogía un vaso de agua, Beckett entró con Charlotte.

Mi corazón latía con fuerza. Tenía que decírselo, pero ¿cómo?

Lo observé mientras le quitaba el abriguito, el gorrito y los zapatos. Le había puesto demasiada ropa teniendo en cuenta que estaría dentro del carro.

—Hemos tenido un percance con el pañal. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

Quizás haber vomitado esa mañana había ayudado.

—¿Seguro que estás bien?

Estoy perfecta. Solo estoy embarazada.

Oh, Dios, no podía soltárselo así sin más. Tenía que pedirle que se sentara y decirle que yo tampoco entendía cómo había sucedido. Bueno, eso estaba más claro que el agua… Pero tenía una reunión con Josh y no podía tener esa conversación con Beckett en ese momento. Tampoco estaba en condiciones de ir a la oficina, de modo que haría la vídeollamada desde mi casa.

—Tengo que irme —dije después de pedir un Uber.

—Vale —respondió Beckett—. Hablamos más tarde.

Asentí. Me dio un beso rápido en la mejilla, alejando a Charlotte, y comprobé que efectivamente había tenido un "percance" con el pañal. Entraron en su dormitorio y escuché cómo Beckett le hablaba a su hija. *Qué tierno*.

Terminé de beberme el vaso de agua y cogí un pañuelo. Mientras me sonaba la nariz, me di cuenta de que estaba un poco congestionada, como si estuviera resfriándome. ¿O era algo relacionado con el embarazo? No estaba segura. Acto seguido, me guardé el pañuelo en el bolsillo.

¿Pero qué estoy haciendo? Hoy no doy pie con bola.

Saqué el pañuelo y lo tiré a la basura. Respiré hondo, cogí mi portátil y me despedí de Beckett. El pobre estaba muy liado aseando a Charlotte.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté desde la puerta.

—No. Mejor no te acerques, no vaya a ser cosa que te vuelvan las náuseas —se rió y le dijo a Charlotte—: ¿Verdad, pequeña? —La bebé gorjeó en respuesta.

Me reí:

—Tienes razón. Te llamaré más tarde.

Sin embargo, estaba bastante segura de que la caca del bebé no me provocaría náuseas.

Según mi móvil, mi Uber ya había llegado, así que salí del ático.

Pensé que una vez en mi casa me encontraría mejor, pero no fue el caso. Estaba agotada, con náuseas, pero a pesar del intenso malestar, me sentía eufórica. ¡Iba a tener un bebé! Quería dar saltos de alegría, pero el miedo a vomitar me lo impidió.

Tenía que contárselo a mi madre.

Y tengo que decírselo a Beckett cuanto antes, pensé con el corazón encogido. *Debería habérselo dicho esta mañana, cuando estaba con él.*

A las nueve en punto, me senté en el sofá y me conecté a la vídeoconferencia con Josh. Estábamos los dos solos y le puse al día sobre mis proyectos actuales y también le compartí algunas ideas para antiguos clientes. A mitad de la conversación, me di cuenta de

que en algún momento tendría que decirle que estaba embarazada. Todavía no, por supuesto. Esperaría hasta tener la certeza de que todo iba bien.

Hacia el final de la llamada, Josh se aclaró la garganta y dijo con el ceño ligeramente fruncido:

—Quizás me esté metiendo donde no me llaman, pero ayer dio la impresión de que Beckett LeBlanc y tú estáis juntos.

—Sí, estamos saliendo.

No había necesidad de camuflar la situación.

—Ya, eso me pareció. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Josh, eso es privado.

—Soy plenamente consciente de ello. —Levantó la mano en señal de defensa—. Pero se trata de un cliente.

—Lo sé.

—Y aunque no tengo derecho a entrometerme en tu vida personal…

—¿Sí? —Quería ver adónde quería llegar con eso, porque estaba a un segundo de enfadarme.

—Sabes que, aunque nunca se aplica, tenemos una cláusula que nos impide relacionarnos con los clientes fuera del ámbito profesional, ¿verdad?

—Lo sé perfectamente. ¿Piensas que en mi caso sería un problema, Josh?

Mi tono era serio. No cortante, pero sí serio. No iba a dejar que me intimidara.

Josh entrecerró los ojos. No estaba acostumbrado a que le plantara cara de esa forma. No era mi intención ser tan tajante pero quería que supiera que no daría el brazo a torcer.

—Mientras no interfiera con tu trabajo…

—Por supuesto que no. No ha interferido hasta ahora y tampoco pasará en el futuro. —Estaba indignada.

—Claro. Porque eso sí sería un problema —enfatizó.

—¿Qué es lo que quieres decirme, Josh?

—Que espero que sepas mantener separado lo personal de lo profesional.

—Por supuesto que sí. —Mi irritación no hacía más que aumentar.

Mi jefe parecía incómodo, luego se enderezó y me miró con severidad:

—Tengo que ser honesto contigo, Piper. No me gusta nada que salgas con un cliente.

—No sé qué decir, Josh. Lamento que lo veas así.

—Bueno, eso es lo que quería decirte, no tengo más nada que añadir.

No me gustó para nada su actitud. *Si se pone así por esto… ¿cómo reaccionará cuando se entere del embarazo?*

Pero, de repente, se me ocurrió otra idea: ¡Al diablo con Josh! Podría montar mi propia agencia de marketing y triunfar. *¡Pues claro!*

Nos quedamos callados durante un rato y, luego, Josh terminó la llamada con un:

—Vale, ten cuidado.

Tuve que contener un resoplido pero se lo dejé pasar. Tenía cosas más importantes en la cabeza, concretamente mi bebé. Después de colgar, vi que tenía un mensaje.

Beckett: ¿Estás bien? Parecías un poco distraída esta mañana.

Luego otro.

Beckett: Siento no haber podido llevarte a casa. Te lo compensaré más tarde ;)

Qué bonito es.

Estaba muy ocupado y no quería que se preocupara, aunque realmente no sabía cómo abordar el tema. Así que decidí responderle simplemente con un mensaje de texto.

Piper: Estoy bien. No te preocupes.

Quería añadir que necesitaba hablar con él, pero no quería preocuparlo. Al pensar cómo abordarlo se me disparó la ansiedad.

Me levanté del escritorio y me senté en el cómodo sofá que tenía frente a la estantería. Tenía un descanso hasta la siguiente llamada con un cliente. Por un momento, pensé en llamar a Beckett y contárselo todo. Pero, en cambio, llamé a mi madre. Me puse una mano en la barriga; ya sentía una conexión con mi bebé. ¿No era una locura? Llevaba dentro un pequeño milagro, eso que tanto había deseado durante mucho tiempo.

—Buenos días, cariño —respondió mi madre.

—Hola, mamá. ¿Tienes tiempo para hablar?

—Claro. Llego tarde al trabajo, pero puedo ir hablando contigo mientras tanto. ¿Va todo bien?

—Estoy embarazada —le solté. Sí, así sin más.

Mi madre se quedó sin palabras durante unos segundos.

—¡Dios mío! Enhorabuena, cariño. Es una noticia maravillosa, ¡pero casi me estampo con el coche de delante! Menos mal que voy con el manos libres —dijo entre risas.

—¡Gracias, mamá!

Sí, *por fin* iba a tener un bebé.

—¿Cómo te sientes? —Como era de esperar, le importaba mi bienestar por encima de todo.

—Me encuentro fatal. Y justamente por eso sospeché que podía estar embarazada.

—Oh, cariño. Puedo tomarme el día para cuidar de ti.

—Gracias, mamá, pero son náuseas, nada más. Solo te he llamado para contártelo.

—Estoy supercontenta, cariño. Y seguro que Beckett te está cuidando muy bien, ¿verdad?

Suspiré:

—Estoy en mi casa. Todavía no se lo he dicho.

—¿Y eso? Entonces, ¿soy la primera en saberlo?

—Sí, eres la primera —respondí entre risas.

—¡Qué privilegio! Pero ¿por qué no se lo has dicho a Beckett? Él debería ser el primero en enterarse, cariño.

Me llevé las rodillas al pecho y me abracé las piernas:

—No lo sé… Esta mañana ha sido bastante caótica. En cuanto me hice la prueba, Beckett llegó con Charlotte con caca hasta el cuello, y yo tenía prisa por irme…

Mi madre no respondió de inmediato, y tras un largo suspiro, dijo:

—Me parece que estás inventando excusas.

Sí. Directa al grano.

—¡Mamá!

—Lo siento, pero es así. ¿Por qué no se lo dijiste?

—Llevamos solo dos meses saliendo. Y creo que aún está terminando de asimilar lo de Charlotte.

—Sí, pero lo vuestro es completamente diferente.

—Lo sé. Aún así me da miedo que haga lo mismo que Fred y diga que no está preparado para esto. —Después de expresarlo, me di cuenta que estaba siendo injusta con él.

—Nadie está realmente preparado para tener un hijo. Lo digo por experiencia.

—¡Mamá, que estás hablando con *tu* hija!

—Sí, y fuiste una niña muy buscada. Lo intentamos durante muchos años y aun así, cuando nos enteramos, nos asustamos muchísimo. Es normal, y hasta comprensible, que Beckett no reaccione bien al principio, pero deberías decírselo.

—Estaba pensando en llamarlo pero preferí llamarte a ti. —Y entonces expresé mi mayor temor—. ¿Y si no quiere continuar con la relación?

—Estoy segura de que eso no sucederá. Beckett no es ese tipo de persona.

No quería contarle a mi madre que yo era su primera relación seria. Y por extraño que fuera, por primera vez en mi vida, no me sentía cómoda compartiendo mis preocupaciones con ella, no quería que minimizara mis miedos.

—¿Seguro que no quieres que vaya a tu casa? Puedo dar la vuelta ahora mismo y…

—No, mamá, ve a trabajar.

—¡Jengibre! —exclamó como si acabara de recordar algo muy importante—. Tómate unos caramelos de jengibre. A mí me ayudaron muchísimo en el embarazo.

—¿Con las náuseas? ¿Tú también te pusiste mala? —pregunté.

—Sí. Durante *todo* el embarazo, hasta el día que naciste.

—¡Madre mía! —No podía imaginar pasar nueve meses así.

—Pero no tiene por qué ser igual para ti.

Me reí, mirando mis estanterías llenas de libros. Tenía la sensación de que iba a pasar muchos días así, tumbada en el sofá y leyendo. Estaba agotada, y lo único que había hecho era una breve vídeollamada con Josh.

—Estoy entrando en el aparcamiento, tengo que colgar —dijo mi madre—. ¿Estás segura que…?

—Sí, mamá. Tú tranquila, ¿vale?

—Sí, señora —dijo entre risas—. Descansa y habla con Beckett.

—Lo haré —le prometí.

Después de colgar, me tumbé en el sofá y cerré los ojos. La conversación con mi madre me ayudó a tomar consciencia de que mi mayor miedo era que Beckett quisiera romper conmigo. ¿Por qué me había surgido esa inseguridad?

¡Porque llevábamos muy poco tiempo saliendo! Y tras diez años de relación con alguien que nunca estuvo preparado para tener un hijo, ¿cómo podía pretender que Beckett sí lo estuviese?

Cada vez que mencionaba el tema de los hijos, decía que su nueva vida como padre era muy sacrificada.

Me puse la mano en la barriga y respiré hondo:

—No te preocupes, pequeña. —Sabía en lo más profundo de mi ser que llevaba una niña—. Tu padre y yo te adoramos y todo saldrá bien.

Capítulo Veintiocho

BECKETT

Charlotte estuvo muy demandante todo el día, de modo que decidí trabajar desde casa. Con Agatha de baja, agradecí que mi madre pudiera echarme una mano. Me resultaba imposible conciliar el trabajo y atender a Charlotte.

Ya era tarde cuando terminé la jornada. Le envié un mensaje a Piper para ver cómo se encontraba, y su respuesta fue "bien". Sin embargo, me pareció que me estaba dando largas.

—¿Quieres café? —le pregunté a mi madre mientras me dirigía a la cocina. Le estaba cantando a Charlotte, paseándose con ella por el salón.

—No, gracias. Es demasiado tarde para tomar café.

Mientras me lo preparaba acabé derramando líquido en la encimera.

Maldita sea. Esto me pasa por estar tan distraído. Tras limpiar rápidamente con papel de cocina, lo tiré a la basura y algo me llamó la atención.

Me agaché, saqué una tira de plástico blanca y me quedé paralizado. ¡Era una prueba de embarazo con dos rayas rojas! Sabía

perfectamente lo que eso significaba.

—Cariño, ¿qué pasa? —preguntó—. Parece que hubieras visto un fantasma. ¡No me digas que acabas de ver una rata!

Me quedé de espaldas a ella, pero no podía darme la vuelta. Todavía no.

—No, mamá, tranquila —la calmé.

Saqué mi teléfono y busqué en Google "prueba de embarazo dos rayas" para confirmar mis sospechas. Al ver "resultado positivo" tuve que tomar aire.

—¡Gracias a Dios! Estaba a punto de subirme al sofá —comentó mi madre acercándose a la isla de la cocina.

—Un momento —dije con intención de detenerla, pero ya era tarde.

—¿Y eso? ¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

—Estaba en la basura.

—¡Dios mío, Beckett! —exclamó, llevándose una mano a la boca —. ¿Crees que Piper está embarazada?

—Es la única conclusión a la que puedo llegar —dije como un autómata.

—Vaya… veo que no estabas enterado —concluyó en voz baja.

—Por supuesto que no. —Tragué saliva. ¿Por qué no me lo había dicho?—. Debió de habérselo hecho esta mañana, y no entiendo por qué no me lo contó. —Piper no haría algo así…

Sin embargo, Elle *sí* fue capaz de hacer algo así. De hecho, su abogado me dijo que había cortado todo vínculo para siempre con su hija. El papeleo estaba terminado y ella parecía muy satisfecha.

Nuestros caminos nunca volverían a cruzarse.

—Es un momento crucial en la vida de una mujer. Es probable que necesite procesarlo —señaló mi madre, como si eso lo explicara todo. Pero no me cuadraba.

—Lo entiendo, pero hoy hemos hablado varias veces. Noté que algo pasaba, le pregunté, y no me contó nada.

—Cariño, no saques conclusiones precipitadas. Quizás quería estar completamente segura antes de hablar contigo.

Charlotte estaba protestando y yo estaba tan aturdido que era incapaz de concentrarme en otra cosa que no fuera la varilla de

plástico que tenía en la mano.

—¿Cómo estás?

—Mamá, estoy *en shock*. No me entra en la cabeza que no me lo haya dicho. —No quería parecer enfadado, pero por el silencio que siguió a mi comentario estaba claro que mi tono había sido muy cortante.

Miré la prueba, tratando de asimilar todo lo que eso implicaba.

—Otro bebé —murmuré lentamente.

Mi madre sonreía y dijo con cautela:

—Sí. —Y un momento después, al ver que no le saltaba a la yugular, añadió—: Un hermanito o hermanita para Charlotte.

—Joder, mamá. Charlotte no tiene ni tres meses.

Su sonrisa se desvaneció y me sentí fatal.

—Quizá por eso Piper no te lo dijo.

—¿Pero eso qué tiene que ver? —Dios, tenía un lío tremendo en la cabeza—. ¿Qué quieres decir?

—Debe haber pensando que esto es lo último que querías —dijo con tono tajante.

Mi madre tenía razón: me estaba comportando como un idiota.

—Nunca he dicho que no quería. Solo que… —¡Madre mía! ¡Otro hijo! Pero con Piper, la mujer más increíble que había conocido en mi vida y que amaba a Charlotte aunque no fuera su hija. Era *completamente* diferente.

Tengo que hacerme una vasectomía urgente.

—Serás un padre maravilloso, cariño. Ya lo eres con Charlotte.

Exhalé profundamente:

—No se trata de eso. Por supuesto que cuidaré de mi hijo y de Piper. No dejo de pensar por qué no me lo dijo.

—Sabes que ella no es como la madre de Charlotte, ¿no? ¡No las compares! —me regañó.

—¡Por supuesto que no! Pero siempre ha dicho que le encantan los niños y que quiere tener muchos hijos. Lo lógico hubiese sido que me enseñase la prueba saltando de felicidad.

—Vaya, eso que acabas de decir es importante —señaló mi madre, besando la cabeza de Charlotte—. Cuando te comentó que le encantaría tener muchos hijos, ¿cuál fue tu respuesta?

—No lo recuerdo. Creo que… No estoy seguro.

¿A dónde quiere llegar mi madre?

—Piénsalo, cariño. Puede que ese sea el motivo por el que no te lo haya contado.

—Mamá, venga ya. No lo recuerdo.

—¿Alguna vez le dijiste que te encantaría tener hijos con ella?

—No.

—Bueno… Estoy tratando de ponerme en el lugar de Piper. —La miré con atención, mi madre tenía un talento innato para ponerse en los zapatos de los demás—. Como yo lo veo, es probable que le preocupe el poco tiempo que lleváis juntos. Y teniendo en cuenta tu reciente paternidad, quizá se pregunte si estás dispuesto a asumir este compromiso.

Levanté las cejas:

—¿Qué demonios? Nunca le he dado motivos para dudar de mí.

—No estoy insinuando eso, Beckett —negó con la cabeza—. Pero cuando una mujer se queda embarazada, sus prioridades cambian automáticamente. Las hormonas tampoco colaboran, en especial durante el primer trimestre.

—¿Y eso qué tiene que ver? Ella es sincera y siempre dice lo que piensa.

—Sí, por eso hacéis tan buena pareja. Pero es un tema delicado. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asentí:

—Necesito hablar con ella.

—¿Y qué le vas a decir exactamente?

—Que la quiero y que voy a cuidar de ella y del bebé. No sé qué duda tiene al respecto.

La expresión de mi madre cambió de inmediato.

—Estoy muy orgullosa de ti, Beckett —dijo con una sonrisa radiante.

—¿Puedes quedarte con Charlotte esta noche?

—Por supuesto. Y, si te quedas a dormir en su casa, estaré encantada de pasar la noche aquí.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Vale —asentí—. Me voy ahora mismo.

—No te preocupes por nosotras. Nos lo vamos a pasar muy bien, pequeña —le dijo a Charlotte mientras volvían al salón—. Menos mal que no era una rata, ¿verdad?

Mi hija balbuceó y no pude evitar sonreír. Primero quería escuchar a Piper. Agradecía el consejo de mi madre, pero necesitaba oírlo de su propia boca. Quería saber cuáles eran sus temores, y qué podía hacer para disiparlos.

Unos minutos más tarde, salí de mi apartamento. De camino a casa de Piper, intenté recordar cómo había reaccionado cada vez que ella mencionó que quería tener muchos hijos. La verdad era que no lo recordaba. ¿Cómo era posible?

Dejé la prueba en el portavasos y la miré atónito. Iba a ser padre otra vez. Charlotte iba a tener un hermano o una hermana.

La primera vez que supe que iba a tener una hija, me quedé tan impactado que no pude procesar lo que sentía. Pero enterarme de que iba a tener un hijo con Piper me producía una alegría indescriptible.

No tenía nada ensayado, simplemente iba a decirle lo que sentía.

Cuando llegué, subí corriendo los escalones del porche y llamé a la puerta. Al no oír ningún paso, volví a llamar.

—¡Ya voy!

¡Menos mal que está en casa!

Abrió la puerta unos segundos después, y antes de que pudiera abrir la boca, le mostré la prueba de embarazo. Piper se quedó sin aliento y se llevó la mano a la boca. Entré sin esperar a que me invitara.

—¿Dónde la has…?

—Estaba en la basura de la cocina.

—¡Madre mía! Ni siquiera recuerdo haberla tirado allí. Lo siento, debería habérmela llevado.

Me di la vuelta y vi que tenía la cara un poco hinchada. ¿Había estado llorando?

—¿Es todo lo que tienes que decirme? ¿Qué sientes que la haya encontrado?

—Perdóname, Beckett. Desde que me enteré no sé ni cómo me llamo —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué?

Me acerqué y puse las manos sobre sus hombros.

—¿Cómo que por qué? —Desvió la mirada—. No llevamos ni dos meses juntos…

—¿Y?

Me miró fugazmente, pero volvió a apartar la vista:

—Charlotte es muy pequeña.

—Insisto, ¿y qué?

—¿De verdad quieres que lo diga en voz alta?

—Sí, esto no es propio de ti. La Piper que conozco dice lo que piensa y no se anda con rodeos.

—Lo sé, pero… no estoy segura de que quieras tener más hijos.

—¿Cómo no voy a querer si es contigo?

Finalmente, me miró a los ojos, pero no dijo nada.

—Quiero saber por qué no me lo dijiste en cuanto viste el resultado de la prueba.

Volvió a bajar la mirada y puso una mueca de disgusto:

—No sabía cómo reaccionarías.

—Mírame, preciosa, para que sepas que lo digo en serio. —Cuando volvió a mirarme, dije—: Estoy tan feliz que no tengo palabras.

—¿En serio?

—Sí. Y no puedo creer que te sorprenda.

—Es que siempre dices que ya tienes bastante con Charlotte —respondió con el ceño fruncido.

—Sí, y es verdad. Pero eso no significa que no quiera tener más hijos. —Sonreí—. ¡Joder, vamos a ser padres! ¿Sabes lo increíble que es eso?

Con Charlotte no pude compartir esa buena noticia porque Elle me lo negó. Pero yo quería a Piper, a nuestro pequeño bebé, a Charlotte, y el jardín con su valla y todas esas cursiladas de las que hablan las mujeres nada más dar el "sí, quiero". Si Piper me lo permitía, por supuesto.

—Sí, lo sé —sonrió—. Claro que lo sé. —Todo su cuerpo se relajó bajo mi tacto.

—¿Por qué tienes la cara hinchada? ¿Has estado llorando?

—No, pero he estado vomitando. Otra razón por la que me escondí esta mañana: vomitar es la cosa menos sexy del mundo.

—No me importa. No quiero que me ocultes nada. Quiero estar para ti en cada paso del camino, en lo bueno y en lo malo. Vamos a sentarnos, ¿cómo te encuentras?

—Ahora mismo estoy bien. Pero creo que la hinchazón tardará unos cuantos meses en desaparecer.

Bajé la mirada a su vientre.

—¿De cuánto estás? —pregunté mientras le tocaba el abdomen.

Que la mujer que amaba estuviera gestando a mi hijo o mi hija era la mejor sensación del mundo. Nada se le podía comparar.

—De tres o cuatro semanas. Al darme cuenta de que no me había bajado la regla, me hice la prueba de embarazo. —Tras una breve pausa, añadió—: Aún no entiendo cómo pasó.

—No importa.

—¿No estás enfadado? —preguntó, levantando una ceja.

—No, Piper. —Era evidente que necesitaba que la tranquilizara. Le acaricié el pelo con la mano—. Te prometo que cuidaré del bebé, y aún tenemos tiempo hasta que nazca. Mientras tanto, voy a centrar todos mis esfuerzos en llenarte de mimos y asegurarme de que no te falte de nada.

—Oh, Beckett —cerró los ojos y sonrió—, ni en mis más remotos sueños pensé que te haría feliz tener otro hijo.

—Por supuesto que estoy feliz. ¡Te amo! —Al ver que me miraba sorprendida, añadí—: Este es el comienzo de la mejor aventura de nuestras vidas.

—¿No te da miedo que sea demasiado rápido?

—Ni lo más mínimo —negué con la cabeza—. Así es como me enamoré de ti, y ahora que lo pienso, no me sorprende en absoluto nada de todo esto. ¿Tú tienes miedo?

—Ya no. Después de todo lo que me has dicho, sé que podemos con todo lo que la vida nos depare.

—Claro que sí. La vida va a cambiar, Piper, pero para mejor. Y seremos muy felices juntos, amándonos el uno al otro, con nuestro nuevo bebé. —Volví a poner mi mano sobre su vientre—. Este nuevo capítulo será diferente a todo lo anterior.

Ella puso sus brazos sobre mis hombros, inclinando ligeramente la frente, y la besé. La abracé, poniendo una mano en la parte baja de su espalda y presionando su vientre contra mí.

—Hay que ver las cosas tan bonitas que dices, Beckett.

—Es lo que siento. De hecho, mientras venía en el coche pensando qué decirte, no conseguía ordenar mis pensamientos. Sin embargo, sabía que las palabras me vendrían en cuanto te viera. Y mi promesa de cuidar de ti empieza ahora mismo —dije, y la alcé en mis brazos.

—¡Dios mío, Beckett! —gritó—. Tienes que tener un poco más de cuidado.

—¿Te encuentras mal? —pregunté.

—No, estoy bien.

La llevé hasta el dormitorio y la acosté en la cama.

—Ahora, dime qué necesitas para que puedas descansar.

Ella se rió:

—Sabes que no tengo que hacer reposo, ¿verdad?

—Hoy has estado malita y todavía no te has recuperado. ¿Quieres que te prepare algo de comer? ¿Algo de beber?

—Quiero que me abraces —dijo, dando palmaditas en la cama.

—A su servicio, señora —respondí con una sonrisa.

Se desplazó al centro de la cama y se giró hacia un lado. Me tumbé detrás de ella y le rodeé la cintura con el brazo.

—Me gusta esta posición —dije.

—Me encanta hacer la cucharita contigo.

—¿La cucharita? —pregunté con el ceño fruncido.

—¿Nunca has escuchado la expresión "hacer la cucharita"?

—No.

—Pues es justo lo que estamos haciendo ahora —respondió.

Le besé el hombro, subí por su cuello hasta la oreja para mordisquearla. Al mismo tiempo, le subí el vestido y cuando llevé la mano a su entrepierna sentí su piel desnuda.

—¡Joder, no llevas bragas!

—No sabía que tendría compañía. Además, contigo no tiene sentido usar bragas… siempre me las quitas.

—Claro —gruñí.

Empecé a frotar lentamente su sexo mientras le besaba el cuello y la espalda. Ella abrió los muslos, y me tomé mi tiempo para sentir las reacciones de su cuerpo. Unas cuantas caricias más tarde, me empapó los dedos.

—Me encanta lo rápido que te mojas. Me gusta esto de la cucharita.

Ella se rió, pero luego se convirtió en un gemido.

—Te estás pasando… Esto no es para nada hacer la cucharita.

Introduje dos dedos y empecé a penetrarla con cadencia. Piper abrió aún más los muslos y empezó a jadear.

—Beckett, ¿cómo puede ser que…? ¡Ohhhh! —Sus gemidos dieron paso a intensos gruñidos y su cuerpo comenzó a temblar.

—¡Beckett, Beckett! —gritaba con frenesí. Al sentir el roce de sus dedos me percaté que se estaba tocando el clítoris.

—No, preciosa, hoy tu coño me pertenece.

—¿Quieres que deje de tocarme? —protestó.

—Sí. Solo yo puedo hacerlo.

Piper retiró la mano y acerqué la mía por delante para poder estimularla y penetrarla con los dedos al mismo tiempo.

—¿Puedo quitarte los pantalones? —susurró.

—Claro que sí —respondí mientras curvaba mis dedos dentro de ella.

Jugueteó con mi cinturón con una sola mano. En poco tiempo, me abrió la bragueta y empezó a bombearme la polla.

—Quita la mano, preciosa. —Estaba al límite.

—¡No vale!

—No, pero hoy yo pongo las reglas.

Piper retiró la mano y de inmediato coloqué la punta de mi erección en su abertura, tal y como habían hecho mis dedos antes.

—Estoy al límite —dijo con la respiración entrecortada.

Yo tampoco estaba mucho mejor. El simple hecho de rozar su entrada y sentir su piel era jodidamente irresistible.

Me detuve y me levanté, mirándola a los ojos:

—Piper, sin condón. Estoy sano.

—Yo también —susurró.

—¿Y lo otro?

—Es un poco tarde, ¿no?

Me reí y empujé mis caderas hacia adelante. Mi risa se transformó en un gruñido.

—Es verdad, eso ya no importa.

Me introduje dentro de ella sin dejar de estimularle el clítoris, y no tardó ni un segundo en correrse. *Qué maravilla…* La embestí con fuerza mientras cabalgaba el clímax para llevarla a lo más alto, hasta que se quedó completamente inmóvil y respiró hondo. Yo también me detuve, porque si seguía con ese ritmo, me correría en un segundo.

—Cómo me gusta estar contigo… A partir de ahora, no quiero que nada se interponga entre nosotros, ya no usaremos protección.

—Sí, por favor. Es increíble… y mucho más intenso —respondió entre jadeos mientras empujaba su trasero hacia mi erección.

Pero yo quería cambiar de posición.

Me aparté para quitarme los vaqueros y el resto de la ropa, necesitaba libertad para moverme. La rodeé con un brazo por la cintura y la subí a mi cuerpo para que su espalda quedara contra mi pecho. Así era exactamente como la quería: estaba a mi merced. Separó los muslos y volví a tocarle la entrepierna.

—Qué mojada estás, preciosa. Estás lista para mi polla, ¿verdad?

—Sí, por favor. Lo necesito. Te necesito.

—Tendrás todo lo que quieras, Piper. Te lo prometo.

Mientras le estimulaba el clítoris, introduje la punta de mi polla apenas unos centímetros. Quería llevarla al clímax otra vez, me había hecho adicto a sus orgasmos. Aún no se había recuperado del anterior y, sin embargo, su cuerpo se preparaba para la que se avecinaba.

—Beckett, ¿qué me estás haciendo? —susurró, tocándose los pechos por encima del vestido.

—No puedes parar de tocarte, ¿verdad?

—No. Necesito… madre mía… ¡Lo necesito todo!

—Y lo tendrás, te lo prometo.

Me introduje un poco más, pero no del todo, haciendo que Piper gritara y se estremeciera de placer.

—Esta podría ser mi postura favorita —le susurré al oído—. Puedo sentir todo lo que tú sientes.

Su respuesta fue ininteligible. Estaba fuera de sí y me encantaba. Le levanté las caderas con una mano y arremetí hasta el fondo.

—¡Beckett! —exclamó con las piernas temblando.

Joder. Por cómo me estaba apretando la polla sabía que estaba a punto de correrse otra vez. Y como no llegaba a tocarle el clítoris, dije:

—Tócate, preciosa. Y cuando te corras te follaré como Dios manda… Te la meteré hasta el fondo.

Se corrió incluso sin llegar a tocarse. Yo también estuve a punto de correrme, pero conseguí contener mi orgasmo. Quería extender el acto al máximo.

La embestí hasta el fondo y ella gritó, retorciéndose sobre mi cuerpo. Disfruté cada segundo de su éxtasis, aunque me costara la vida no rendirme a mi propio placer.

No podía creerlo. Piper era mía para siempre, para darle todo lo que quisiera, para cuidarla. Y llevaba a mi hijo en su vientre.

Una vez recuperada, aproveché para cambiarla de posición y moverme como quería. Me retiré y ella gimió en silencio.

—Ponte a cuatro patas —pedí.

Su cuerpo pasó de estar relajado a tenso en un segundo. Sonrió y me miró con picardía mientras se ponía a cuatro patas:

—¿Así está bien?

—Así está perfecto. —Acto seguido, me puse de rodillas y me coloqué detrás de ella—. Me encanta mirarte y tocarte el culo —dije, acariciándole las nalgas mientras volvía a penetrarla. Ella gritó más fuerte que nunca.

—Preciosa, estás temblando.

—No sé qué me estás haciendo hoy, pero es diferente… mucho más intenso.

—A mí me pasa lo mismo —confesé. No podía explicarlo, pero era así.

Cambié el ritmo, y empecé a embestirla con lentitud y más profundidad mientras estimulaba su sexo con las manos. En esa posición, podía llegar a todos lados y hacer que se corriera otra vez más.

—Joder, cariño, ¿cómo es posible que te sigas lubricando?

—No lo sé. Pero no puedo parar… Dios mío.

Su clímax se estaba gestando, pero era diferente al anterior. Sus piernas se pusieron rígidas y apretó los pies contra el colchón. Se aferró a las sábanas y bajó la cabeza contra la almohada, como si no confiara en que sus brazos aguantaran.

Cubrí mis dedos con su humedad, y luego me enderecé. Empecé a masajear su clítoris con lentos círculos hasta volverla completamente loca. Nunca la había visto así.

—Beckett, ¡¿qué me estás haciendo?! ¡Quiero más, por favor!

Mi polla se estremeció: estaba listo para correrme. Esa mujer era mía en todos los sentidos, y qué orgulloso estaba.

Me retiré y volví a embestirla mientras mis dedos estimulaban su entrepierna pero sin llegar a tocarle el clítoris. Sabía que eso la haría correrse más fuerte que nunca.

Su cuerpo se sacudió y se apoyó en los codos.

—Me voy a correr —susurró—. Madre mía, ¡qué gozada!

Bastó con que apenas le tocara su punto sensible con la punta del dedo para que gritara como una poseída. Era el mejor sonido del mundo.

Sus piernas cedieron y rápidamente puse mis brazos a los lados de su cuerpo mientras me movía con ella, sin dejar de empujar. Piper disfrutó de su orgasmo entre jadeos y gemidos, y al liberar mi propio clímax, me enterré completamente dentro de ella.

Sentía una conexión especial. Ahora estábamos unidos en todos los sentidos de la palabra, y ya no habría nada que se interpusiera entre nosotros. Nunca la dejaría marchar.

—Te amo con toda mi alma, Piper.

—Yo también te amo —balbuceó, con el cuerpo aún temblando.

Seguí embistiéndola con lentitud a medida que mi erección se desvanecía. Me negaba a parar.

—Me ha encantado —susurró.

—Te amo. —Le besé la mejilla y el cuello—. Y siempre te amaré. Recuérdalo, Piper.

—Después de lo que acabamos de hacer… imposible olvidarlo. —Una sonrisa apareció en sus labios—. Qué bien me ha sentado hacer la cucharita contigo, ¿eh?

—Ya te digo.

Capítulo Veintinueve

PIPER

Cuatro meses después

–TENGO muchas ganas de comprar un perfume nuevo —dije al entrar en *Fragrant Delights*. Habíamos salido con mucha prisa esa mañana; Charlotte se había quedado con Adele mientras Beckett y yo hacíamos unos recados—. ¿Dónde están Isabeau y Celine?

—Han enviado un mensaje diciendo que llegarán un poco tarde —respondió Beckett—. Tenían que comprar algunas cosas en el Barrio Francés.

—¿Y han dejado la tienda sola? —pregunté con cierta desconfianza.

Algo tramaban.

—Sabían que vendríamos.

—Espero que no vuelvan muy tarde.

Teníamos una cita para ver una casa en Marigny en una hora. Me había mudado al ático de Beckett, y aunque me encantaba, sabía que lo mejor para los niños sería un chalet con jardín. La mía era

demasiado pequeña para los cuatro, y cruzaba los dedos para que aquel día encontráramos la casa de nuestros sueños.

—¿Cómo te sientan los olores de los aceites esenciales? —preguntó, mirándome con cierta preocupación.

—Sorprendentemente bien. No creo que me den náuseas.

En los últimos meses, me había vuelto tan sensible a los olores que hasta dejaron de gustarme mis adorados perfumes, incluido el de lilas.

Beckett me rodeó la cintura con un brazo y se colocó detrás de mí:

—Si te sientes mareada o lo que sea, nos vamos, ¿vale?

—Pero tus abuelas…

—Lo entenderán. Confía en mí.

Entramos en la tienda pegados el uno al otro.

—Parecemos un poco ridículos —comenté entre risas.

—Puede ser, pero no me importa.

Mantuvo su mano firmemente sobre mi vientre, algo que se había vuelto costumbre. Me encantaba. Parecía que Beckett lo hacía de forma inconsciente. Aún no percibía los movimientos del bebé, pero yo *sabía* que él o ella disfrutaba de ese contacto.

—¿Quieres tomar asiento mientras esperamos a mis abuelas? —preguntó, señalando la parte trasera donde habían dos sillones, juntos a una pila de jabones y velas.

—Oye, ¿estos sillones son nuevos, no? Y sí, con esta barriga me apetece sentarme.

Como me fatigaba a menudo, empecé a teletrabajar principalmente desde la casa de Beckett. De momento seguía en *MarketingPros*, y como era de esperar, la campaña para las panaderías había sido un éxito rotundo. Josh me dejó caer que pronto vendría un ascenso. Pero no sabía si me convenía a largo plazo… tenía el gusanillo de montar mi propia empresa.

—No deberías estar de pie tanto tiempo.

—Beckett, estoy embarazada, no enferma.

—Lo sé, pero tienes que descansar.

Era cierto. Y estaba pendiente de mí tal y como había prometido.

Nos sentamos, cerré los ojos y respiré hondo. Cuando los volví a abrir, Beckett me estaba mirando fijamente con una expresión extraña. *¿Qué está pasando aquí?*

Incliné la cabeza y miré la estantería a mi izquierda, admirando la preciosa disposición de los jabones.

Un momento. Una de las cajitas tenía mi nombre escrito.

—Es para ti —dijo Beckett, que parecía a punto de estallar—. ¿Quieres que te la abra?

Podía ocuparme yo, por supuesto, pero parecía que él tenía muchas ganas de hacerlo.

—Claro, ¿por qué no?

Se levantó del sillón y cogió la caja de la estantería. Era igual a las demás, salvo que no llevaba etiqueta.

—¿Quieres adivinar qué hay dentro?

—Mmm. ¿Algún tipo de jabón con aroma a lila?

—No, la lila ya ha cumplido su función, es hora de algo diferente —dijo Beckett con un guiño.

—Es verdad, no había pensado en eso.

Tragó saliva:

—¿Lista para que la abra?

Asentí, enderezándome en la silla. Su nerviosismo me contagió.

Beckett empezó a quitar la tapa al tiempo que se agachaba.

¡Dios mío! ¿Qué está pasando aquí?

Entonces me di cuenta. Cuando finalmente abrió la caja, sentí que iba a explotar de felicidad. ¡Beckett estaba arrodillado *y* con un anillo!

—¡Me has traído aquí para pedirme matrimonio!

—¡Pues claro!

—Y tus abuelas no están haciendo ningún recado, ¿verdad?

—Están haciendo un mandado y volverán en cualquier momento. Pero no antes de que haga esto —dijo, y me cogió la mano izquierda para entrelazar nuestros dedos—. Piper, eres la mujer de mis sueños, mi alma gemela, la madre de mis hijos. Lo que siento por ti es tan profundo y fuerte que nada podrá cambiarlo. Quiero dar este paso y que seas oficialmente mi mujer, esperarte en el altar para

darnos el "Sí, quiero", y que seas mía para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí, sí! ¡Sí a todo! —Se me saltaron las lágrimas y no hice nada para contenerlas—. Qué bonita sorpresa.

Dios mío, ¿podía ser la vida más maravillosa? Tenía a un hombre increíble y un bebé en camino. Además de a mi dulce Charlotte.

—Y quiero que este pequeño o pequeña —puso su mano sobre mi vientre— sepa que junto a Charlotte siempre seréis mi prioridad absoluta. Dedicaré toda mi vida a haceros feliz. Es lo único que importa.

—Me haces feliz muy feliz, Beckett —le aseguré—. No hay nadie que me cuide como tú… —le susurré mientras deslizaba el anillo en mi anular. Tenía un enorme diamante circundado por tres pequeños a cada lado—. Me encanta, es precioso.

—Estoy muy feliz de tenerte en mi vida. Creo que me enamoré de ti cuando te vi con Charlotte y lo cariñosa que eras con ella.

—Sin duda, fue amor a primera vista. —Beckett cerró los ojos y extendió los dedos sobre mi abdomen—. ¡Madre mía, si sigues tocándome voy a tener que lanzarme sobre ti! —añadí en tono burlón.

Beckett abrió los ojos y sonrió, luego se puso de pie y me ayudó a levantarme.

—¿Y por qué no lo haces?

—Tus abuelas podrían volver en cualquier momento.

—Te aviso que no entrarán por esa puerta hasta que nos vayamos.

—¿Entonces no voy a conseguir un perfume nuevo? —pregunté haciendo un puchero.

Beckett echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír:

—Podemos volver después de ver la casa —respondió, antes de sentarse en el sillón y colocarme en su regazo—. Ahora toca sesión de mimitos.

Últimamente le pedía muchos mimos y caricias, y Beckett siempre me complacía. Por supuesto, muchas de esas "sesiones" acababan en sexo, pero tampoco iba a quejarme.

Me abrazó con fuerza y me acarició la mejilla mientras me besaba lentamente. Me encantaba sentir sus labios, sin importar cómo me besara: si con lentitud o voracidad, con pasión o con delicadeza. Aunque "delicadeza" y "Beckett" eran dos palabras difíciles de relacionar; cuando quería algo, no se andaba con chiquitas. Sabía que se estaba conteniendo porque estábamos en la tienda de sus abuelas.

Moví las caderas, frotándome sobre su miembro.

—Joder —masculló.

—Exacto —asentí, sonriendo contra sus labios.

—Mujer, las cosas que me haces… Me tienes comiendo de tu mano.

—Son las hormonas del embarazo —sonreí.

—Otra vez con eso —contestó Beckett, riendo.

Se inclinó para besarme de nuevo, pero el sonido de la campana de la puerta nos sobresaltó a ambos. Salté de su regazo tan rápido que casi me caigo, pero Beckett reaccionó al instante. Me rodeó los hombros, asegurándose de que no tropezara. Siempre estaba atento, y eso me encantaba.

Isabeau y Celine entraron un segundo después.

—Oh, ¡todavía estáis aquí! —exclamó Celine. Su tono era demasiado inocente, lo que me hizo sospechar que habían vuelto antes de lo planeado a propósito.

—Sí, aquí estamos —dijo Beckett, cogiéndome de la mano.

Caminamos juntos hacia la entrada, bajo la atenta mirada de Isabeau.

—¿Y? —preguntó.

Nos miramos y nos echamos a reír. Entonces levanté la mano.

—¡Ay, qué bien! ¡Lo sabía! —dijo Isabeau dirigiéndose a Celine.

—Lo ha conseguido sin nuestra ayuda —asintió Celine.

—¿No se lo habías contado? —le pregunté a Beckett con sorpresa.

—No —sonrió—. Solo les dije que quería pasar un rato a solas contigo en la tienda.

—No hizo falta que nos dijera más nada —explicó Celine—. ¡Enhorabuena, queridos!

Ambas nos besaron en la mejilla.

—Estamos muy felices por vosotros —añadió Isabeau—. Ya que estás aquí, Piper, ¿qué tal si empezamos a trabajar en esa fragancia? Tu situación ha cambiado bastante… —dijo mirando mi anillo.

Me pregunté qué quería decir. ¿Qué cambiaba que ahora estuviéramos comprometidos? Pero tenía que reconocer el mérito de los métodos de Isabeau y Celine.

—No tenemos tiempo —anunció Beckett, mirando su teléfono—. Hemos quedado con un agente inmobiliario en Marigny para ver una casa.

—Pero volveremos después —añadí—. Necesito un perfume nuevo.

—Excelente —contestó Isabeau, sonriendo triunfalmente.

—Bueno, deberíamos irnos ya —dijo Beckett.

Cogió mi mano y me llevó hasta la puerta.

—¡Hasta luego! —saludé antes de salir a la calle.

Comenzamos a caminar hacia la casa.

—¿Qué pueden estar tramando estas dos? —pregunté.

—La verdad, es que paso de adivinar en qué andan mis abuelas —respondió, encogiéndose de hombros.

—Quizá sea lo mejor —respondí con una risa.

Llegamos a Marigny poco después, a la misma calle donde vivía Chad, que fue el motivo por el cual encontramos esa casa. Tras visitarlo una noche pasamos por delante de la propiedad y *nos enamoramos*.

El agente inmobiliario nos esperaba en la entrada.

—Me encanta que tenga jardín —comentó Beckett.

—El de atrás os gustará aún más —nos informó—. Está más resguardado.

Beckett carraspeó:

—Si no te importa, nos gustaría echar un vistazo al interior a solas para ver qué nos parece. Después, estaremos encantados de hacer el recorrido contigo.

—Por supuesto. La mayoría de los clientes prefiere hacerlo al revés, pero me adapto a lo que prefiráis.

Beckett había estado muy listo. Me moría por ver el interior a solas con él.

—Me quedaré por aquí haciendo unas llamadas —continuó el agente inmobiliario—. Avisadme cuando estéis listos.

—Perfecto —respondió Beckett.

Subimos los escalones del porche delantero. La fachada de madera estaba pintada de verde oscuro con ventanas de molduras blancas. La segunda planta también tenía un balcón, aunque con un jardín delante y otro detrás, no creía que fuéramos a darle mucho uso.

—Después de ti —dijo Beckett, abriendo la puerta.

Suspiré en cuanto entramos:

—Esta casa tiene muy buena vibra.

—Empiezas a parecerte a Isabeau —comentó entre risas.

—Puede ser. Estoy convencida de que cada casa tiene alma, y esta me gusta.

A la derecha había un enorme espacio abierto que imaginé sería el salón. Se podría separar del vestíbulo de la entrada con una estantería o algo así. La cocina estaba a la izquierda, con un ventanal que daba al jardín trasero. Me visualicé haciendo galletas con Charlotte y con mi bebé.

—Ya me imagino cocinando aquí —dije.

Beckett se colocó detrás y me rodeó la cintura con ambos brazos:

—Yo también. Pero veamos el resto de la casa.

Estaba muy emocionada por empezar una nueva vida con él. Me encantaba mi casa, pero tenía que ser realista: era demasiado pequeña para una familia. Además, mi patio era minúsculo comparado con ese. El agente inmobiliario tenía razón. El jardín trasero, al que se accedía desde el salón, era enorme y estaba resguardado de los vecinos.

—Me recuerda al de Chad —comentó Beckett.

Había un dormitorio en la planta baja y tres en la planta superior, todos con baño en *suite*. Me encantaba la casa, aunque necesitaba algunos arreglos. El suelo crujía y las ventanas se atascaban ligeramente, pero sabía que allí seríamos muy felices.

—Podríamos celebrar el primer cumpleaños de Charlotte en el jardín.

Beckett me sonrió:

—Me encanta que ya estés haciendo planes.

—Tengo tantos que ni te imaginas.

—Entonces vamos a darle la buena noticia al agente.

Estaba impaciente por comenzar aquel nuevo capítulo de nuestra vida.

Beckett me cogió de la mano y me ayudó a bajar las escaleras. Estábamos los dos igual de emocionados. Habíamos encontrado la casa ideal, ¿no era increíble? Todas las piezas del puzle estaban encajando perfectamente.

Nos reunimos fuera con el agente inmobiliario, que estaba sentado en el porche. Se levantó inmediatamente al vernos.

—¡Nos la quedamos! —dijo Beckett—. Nos puedes acompañar ahora para hacer el recorrido.

—Pero que no sea muy largo, por favor —intervine—. Quiero volver a *Fragrant Delights*.

Beckett se rió:

—Claro que sí.

Creía firmemente en el efecto de los perfumes de sus abuelas. Y necesitaba de toda su magia para esa nueva etapa maravillosa de nuestra vida.

Primer Epílogo

PIPER

—¿Estás lista, cariño? ¿Cómo te sientes? —preguntó mi madre.

Me encontraba junto a mis padres a la sombra de un enorme árbol al lado de la catedral de St. Louis.

—Un poco nerviosa —confesé, bajando la mirada para contemplar mi precioso vestido de novia. No podía dejar de mirarlo —. Me encanta. Es espectacular.

Era un vestido de corte princesa, y aunque estaba especialmente confeccionado para embarazadas, se ceñía debajo del pecho y resaltaba muy bien mi barrigón. Cuando fuimos a comprarlo, la dependienta me preguntó si quería disimular el embarazo, y mi respuesta fue "Para nada". A lo único que renuncié fue a la cola del vestido para evitar tropezarme; pero estaba muy orgullosa de casarme estando embarazada.

—Estás preciosa —dijo mi padre.

—No puedo creer que hayamos organizado la boda así de rápido —confesé.

Mi madre sonrió:

—Los LeBlanc son especialistas en eventos familiares.

Poco después de hacer la oferta por la casa, Beckett y yo decidimos celebrar la boda antes del nacimiento del bebé. Milagrosamente, encontramos un hueco libre en la catedral y solo tuvimos tres meses para planificar la boda. Como dijo mi madre, los LeBlanc eran unos especialistas: yo no tuve que mover un dedo.

—¿Hora de entrar? —pregunté, cambiando el peso de un pie al otro.

—No sabes lo feliz que me hace este momento, cariño —dijo mi madre—. Desde el principio tuve un buen presentimiento sobre Beckett.

Mi padre carraspeó:

—Yo no estaba tan convencido, pero ha demostrado que es un buen hombre.

—Al final diste el brazo a torcer —bromeé.

—Me enfadé cuando me enteré del embarazo, pero menos mal tu madre me contuvo para que no fuera a por él.

Me quedé boquiabierta:

—Nunca me lo habías contado.

—Todos tenemos nuestros secretos —respondió mi madre con un guiño—. Bueno, creo que ya es hora de… —empezó a decir cuando sonó su teléfono—. Isabeau dice que está todo listo para que entres.

Tenía los nervios a flor de piel. Me iba a casar con el hombre de mis sueños en la catedral de St. Louis y estaba esperando un bebé. Jamás había imaginado tanta dicha.

Mi padre me cogió del brazo izquierdo y mi madre del derecho, y comenzamos nuestro corto paseo hacia la puerta. Los adoraba y estaba deseando verlos en su rol de abuelos.

Cuando llegamos a la puerta principal de la catedral, mi madre dijo:

—Voy primero para que todos sepan que estás aquí.

—Gracias, mamá.

Ya se me estaban llenando los ojos de lágrimas. Mi padre me sonrió también con los ojos empañados:

—Espero que tu matrimonio sea tan feliz como el nuestro, Piper. La vida es maravillosa si tienes la suerte de compartirla con la persona que amas. Hace que todo sea mejor, incluso los momentos

difíciles. Eso es lo que quiero para ti. Y Beckett es realmente un gran hombre.

—Gracias, papá.

Unos segundos más tarde, comenzó la música, se abrieron las puertas, y en cuanto entramos todos los asistentes se pusieron de pie. Sonreí a todo el mundo antes de levantar la vista hacia las columnas blancas del altar, donde Beckett me esperaba con una sonrisa.

La catedral era majestuosa y la hermosa pared azul detrás del altar me recordaba al cielo. Pero solo tenía ojos para mi futuro marido. Su sonrisa era genuina e irradiaba una felicidad que nunca antes le había visto.

Cuando nos detuvimos frente a él, mi padre murmuró:

—Beckett, sé que seréis muy felices juntos. Y tal como le dije a ella, os deseo que tengáis un matrimonio tan sólido como el mío.

Beckett se quedó callado. Me tomó la mano y me la besó.

Mi padre tomó asiento junto a mi madre, y mi futuro marido me preguntó:

—¿Cómo te sientes? —Estaba preocupado porque había estado esperando bastante rato de pie.

—Estupendamente.

El sacerdote nos miró y dijo:

—Vamos a dar comienzo a la ceremonia. Nos hemos reunido aquí para celebrar la unión de Beckett y Piper, que quieren contraer santo matrimonio antes de la llegada de su descendencia.

Apenas pude contener la risa al oír la palabra "descendencia". Me pareció muy anticuada y, por el rabillo del ojo, vi que Beckett también estaba luchando por no reírse. Éramos tal para cual.

Sin querer, dejé de prestar atención al sacerdote: estaba completamente cautivada por mi prometido. No sabía cómo explicarlo… Sentía que estaba viviendo algo mágico y que al mismo tiempo era lo que tenía que hacer, que era lo correcto.

Cuando el sonido de un llanto inundó la iglesia, ambos miramos hacia atrás: Charlotte acababa de despertarse y estaba en brazos de Adele. Se calmó rápidamente y parecía muy contenta. Volvimos a mirar al sacerdote, que en ningún momento se detuvo.

—Tengo entendido que quieren intercambiar votos.

—Sí —respondió Beckett sin dudar.

No voy a poder contener las lágrimas.

Había intentado convencerlo para que me diera un adelanto y así poder llorar a moco tendido antes de la ceremonia, pero fue en vano.

—Piper, no tengo palabras para decirte lo mucho que te amo, pero haré lo imposible por demostrártelo todos los días. Eres mi alma gemela y jamás pensé que fuera capaz de sentir un amor así. Mi vida te pertenece, mi amor, mi mujer. —Apretó los labios y volvió a abrir la boca, pero no pudo añadir más nada. Desbordado por la emoción, no pudo recitar todos los votos que había preparado.

Me aclaré la garganta y me puse de puntillas. Estaba tan eufórica que lo único que quería era saltar sobre él y besarlo apasionadamente. Pero no era el momento ni el lugar.

—Beckett, te amo hasta la luna y más allá. Te convertiste en la persona más importante de mi vida sin que me diera cuenta. Cuando pienso en nuestro futuro juntos, criando a nuestros hijos y rodeados por nuestras familias me siento muy afortunada. —Mi voz se quebró al final.

Ja, y yo que me había reído de Beckett y estaba igual de compungida que él. De verdad estamos hechos el uno para el otro.

Había preparado un discurso bastante largo, pero no conseguí llegar al final. Miré al sacerdote y asentí.

—Muy bien —reanudó—, momento de proceder a la unión en santo matrimonio. Que se acerque el portador de las alianzas, por favor.

Bella apareció inmediatamente con los anillos. Llevaba un precioso vestido blanco e incluso se había maquillado un poco los ojos. A Chad no le hizo ninguna gracia, pero Scarlett lo convenció.

Beckett cogió el anillo y Bella le dedicó una enorme sonrisa. Me lo deslizó por el dedo y dijo:

—Yo, Beckett LeBlanc, te recibo a ti, Piper Dawson, como mi legítima esposa… —A continuación, recitó lo que el sacerdote le indicó.

Luego llegó mi turno:

—Yo, Piper Dawson, te recibo a ti, Beckett LeBlanc, como mi legítimo esposo, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida hasta que la muerte nos separe.

Bella tenía la mirada clavada en mi vientre; estaba encantada de que fuéramos a vivir en la misma calle y nos había dicho que haría de canguro. Y, cuando llegara el momento, le enseñaría a Charlotte, Simone y al nuevo bebé todo lo relacionado con *Harry Potter*. Parecía que su misión en la vida era reclutar el mayor número posible de nuevos fans.

El sacerdote nos sonrió:

—Los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Beckett se inclinó hacia mí antes de que el sacerdote terminara de hablar. Sus labios se posaron sobre los míos, y coloqué estratégicamente mis brazos sobre sus hombros para que nadie pudiera vernos y profundizar el beso. Él gimió contra mi boca y lo disfruté muchísimo. Solo esperaba que no resonara por toda la iglesia.

No me cansaba de los besos de mi marido, pero cuando la música volviera a sonar teníamos que darnos la vuelta y saludar. Beckett se quedó con los labios sellados a los míos hasta que dijo:

—Te amo, esposa.

Sonreí mientras rompíamos el beso. Los invitados estaban de pie, aplaudiendo mientras caminábamos hacia las enormes puertas de salida. Acto seguido la gente empezó a salir.

Bella caminaba justo detrás de nosotros con Charlotte en brazos, que miraba en todas direcciones con una sonrisa.

Le di un codazo a Beckett para que la mirara y su rostro se iluminó. Las sonrisas de Charlotte nos hacían derretir y, aunque fuese imposible, no queríamos perdernos ninguna.

En la puerta de la catedral, el fotógrafo se apresuró a ponerse delante y pedir:

—Una foto de todo el grupo, por favor.

No me había percatado de su presencia hasta ese momento, aunque daba por hecho que hizo fotos de la ceremonia. Estaba tan

absorta en mi marido y en todo lo que estaba sucediendo que ni siquiera reparé en el fotógrafo.

—¡El sol está en su punto, no perdamos el momento! —añadió.

Beckett me cogió la mano con fuerza mientras nos acomodábamos en el centro y todos los demás a nuestro alrededor según la altura. Bella estaba encantada de estar justo a nuestro lado.

—¿Podemos coger a Charlotte? —le pregunté a mi marido.

—Iba a preguntarte lo mismo —dijo Beckett, besándome en la frente—. Hoy estamos muy sincronizados, y espero que sea un presagio de cómo será nuestro futuro.

Bella le entregó a Charlotte, que nos dedicó la sonrisa más grande del mundo, como si supiera que era la forma de conseguir cualquier cosa que ella quisiera.

—¿Listos? —preguntó el fotógrafo.

—¡Sí! —respondí mientras todos sonreíamos a la cámara.

Quería que capturara la felicidad de todos para poder recordarla eternamente.

Segundo Epílogo

BECKETT

Cinco años después

LAS REUNIONES familiares en la mansión LeBlanc Brussard siempre se habían caracterizado por ser muy bulliciosas, pero con la llegada de muchos niños a la familia, eran lisa y llanamente un caos absoluto… Lo normal cuando se juntaba un grupo de seis niños menores de siete años.

Bella, Simone y Charlotte eran las mayores del grupo. Luego venía nuestra segunda hija, Ariana.

Además, Chad y Scarlett tuvieron a Sheila. Julian y Georgie tenían dos niños, Stefan y Nic. Xander estaba a punto de ser padre, y Bailey a punto de salir de cuentas. En ese momento se encontraba sentada en el sofá y observando el caos que formaban los niños. Y Zachary y Grace también tenían una niña pequeña, Daphne.

Mis padres estaban haciendo todo lo posible por proteger el pequeño árbol de Navidad de los niños. Lo habían colocado sobre una mesa con la esperanza de que nadie lo tirara, algo que venía ocurriendo desde que Charlotte tenía un año. Incluso después de

varios años, seguía intentando subirse a la mesa para conseguir su premio. Por suerte, mi padre la detuvo en el último momento.

—Me encanta pasar la Navidad aquí —comentó Piper, mientras se sentaba a mi lado en el sofá.

Estaba embarazada y esta vez era un niño. Tanto Charlotte como Ariana estaban contentas con la idea de tener un hermanito. Tras enterarnos del nuevo embarazo, Piper decidió dejar su trabajo para dedicarse a tiempo completo a la crianza. Le encantaba estar con las niñas y, aunque adoraba su trabajo, había montado su propia empresa hacía tres años dispuesta a tomarse las cosas con más calma.

Contaba con mi apoyo incondicional y me encantaba cuidar de ella. Algunos días seguía sin creer que quisiera a Charlotte como a una hija más. A veces me preguntaba por su "verdadera" madre, Elle, pero yo siempre desviaba la conversación. No habíamos recibido noticias suyas después de todos esos años, y si por mí fuera, desearía que no apareciera nunca más.

Besé a Piper en la cabeza:

—Yo también.

Con la chimenea encendida, mis abuelos discutían sobre quién había pescado el pez más grande en la última salida, e Isabeau y Celine estaban cuchicheando. Era obvio que estaban tramando algo. Lo de siempre en el clan LeBlanc-Broussard. Aún así, tenía que admitir que los abuelos se estaban haciendo mayores. Los veía más lentos, aunque me costara asimilarlo.

—¿Quién se apunta a una copa antes de ir a dormir? —preguntó Julian, moviendo las cejas.

—Sí, por favor. Sorpréndenos con tu nueva creación —dijo mi madre.

Mis padres estaban cansados tras un largo día.

—¿Queréis que haga guardia junto al árbol? —pregunté.

Aunque dudaron un instante, mi padre respondió:

—No, creo que a todos los niños ya les ha quedado claro que no deben acercarse y no hace falta vigilancia.

Mi madre asintió y ambos se unieron a nosotros en la sala de estar.

Yo, sin embargo, desconfiaba de que los niños dejaran de intentar acercarse, por lo que seguí atento a sus movimientos.

Bella, que ahora era una adolescente bastante rebelde, no estaba tan interesada en pasar tiempo con los pequeños como antes, aunque a veces le apetecía jugar con ellos. Una vez la pillé viendo la primera película de *Harry Potter* con ellos cuando Charlotte tenía tres años. No le di importancia porque mi pequeña aún no podía entender nada de la película pero desde entonces, tuve cuidado de ser más claro con mi sobrina sobre lo que estaba permitido y lo que no.

Mantuve un brazo alrededor de los hombros de mi esposa y le besé la cabeza. Apuesto a que se quedaría dormida en cualquier momento. Su segundo embarazo fue completamente diferente al primero. No tenía ningún malestar, pero sí sueño todo el tiempo.

Julian regresó con una bandeja llena de copas unos diez minutos más tarde y entregó una a cada uno de los que estaban en la sala, salvo Piper y Bailey, lógicamente. Mi hermano le había dado un giro a su negocio y empezó a probar con cócteles de temporada e incluso había contratado a un mixólogo para que inventara nuevas recetas. Fue todo un éxito.

Todos levantamos nuestras copas y brindamos.

—Está buenísimo —dijo Chad.

Piper bostezó y parpadeó rápidamente. Había acertado: mi mujer acababa de echarse una microsiesta.

—Oh, cómo me gustaría probarlo —se lamentó con un puchero.

—Está realmente delicioso.

Mi hermano era un experto en cócteles. En los últimos años, habíamos llevado a *The Orleans Conglomerate* a un nivel de éxito sin precedentes. Los beneficios eran extraordinarios, a pesar de que habíamos reinvertido buena parte en aumentar nuestro número de establecimientos. Gracias a la fantástica campaña publicitaria que Piper había llevado a cabo hacía años, llegamos a un público completamente nuevo con las panaderías.

—Papá, ¿puedo tomar uno también? —preguntó Bella, que estaba sentada a mi lado. Chad y Scarlett estaban en el sofá frente a ella.

—Por supuesto que no. Lleva alcohol.

—Ahh… es verdad. Tienes razón, papá.

Fruncí el ceño. Hasta Piper se giró para mirar a Bella. Normalmente era más insistente y daba guerra. Recordé mi adolescencia, y lo mucho que me gustaba provocar a mis padres.

Bella miró a las abuelas, que se miraron entre sí, y entonces Celine carraspeó:

—Chad, creemos que es hora de que Bella tenga su primer perfume personalizado.

—Me parece genial. —Chad estaba cayendo directamente en su trampa.

Scarlett también se enderezó en su asiento, al darse cuenta de que algo no iba bien. Bella estaba conspirando con sus bisabuelas.

—Podríamos utilizar un poco de aceite esencial de lila en su perfume —dijo Celine con voz muy serena.

Toda la sala quedó en silencio. Julian, que había estado inclinado hablando en voz baja con Xander, miró a Celine con los ojos muy abiertos. Incluso los niños parecían estar callados.

—¡Ni hablar! —tronó Chad en la sala silenciosa.

—Papá, vamos. No seas así —dijo Bella.

Ja. Con que ese era su plan. Qué chica tan lista; primero le preguntó a Chad sobre el cóctel, y no insistió porque ya especulaba con obtener un sí en su segunda petición.

—Eres demasiado joven para eso —le reprendió su padre.

—Nieto querido, ¿esa es tu manera de admitir oficialmente que no nos equivocamos con la lila? Por cierto, la pregunta se aplica a todos vosotros —inquirió Isabeau, mirando a su alrededor con aire triunfal.

—Yo, por mi parte, estoy convencido —afirmó Julian—. De hecho, creo que todos lo están, aunque no quieran admitirlo.

Chad seguía mirando a Bella de forma extraña:

—¿Eso significa que tienes novio? —Parecía a punto de desmayarse cuando pronunció la palabra "novio". Y vi mi futuro reflejado en la expresión de mi hermano.

—No, papá —respondió Bella en un tono que daba a entender que quería poner los ojos en blanco, pero era demasiado respetuosa

para hacerlo—. Si tuviera uno, no necesitaría la lila.

—¿Qué quieres decir con que necesitas la lila? —preguntó Chad.

Celine miró a Isabeau:

—Te dije que deberíamos haberlo hecho de otra manera.

—¿Y vosotras dos qué hacéis alentándola? —cuestionó Chad.

Mi hermano empezó a discutir con las abuelas y se produjo un gran alboroto. Scarlett, como de costumbre, intentaba calmar las aguas, pero se trataba de un tema muy delicado. Estaba convencido de que mi hermano echaba de menos los tiempos en los que la única petición de Bella era ver la próxima película de *Harry Potter*.

Cinco segundos después, un fuerte estruendo nos sobresaltó a todos. Charlotte, junto a sus primos pequeños, aprovechando que todos los adultos estábamos enfrascados en una conversación, habían tirado el árbol de Navidad.

Todos nos levantamos de un salto y corrimos en esa dirección.

—¡Charlotte! —la regañé—. ¿Qué te hemos dicho sobre el árbol?

—¡Que no se tira! —exclamó.

—Exacto —respondí, haciendo un esfuerzo por contener la risa—. Ahora el árbol de Navidad está estropeado, y ya no podemos disfrutarlo.

—Lo siento. Pensé que este año no se caería —dijo con la carita triste.

Tras asegurarnos que ningún niño se había hecho daño, levantamos el árbol lo mejor que pudimos. Solo quedaban la mitad de los adornos.

—Tengo una idea —intervino Scarlett—. Girémoslo para que el lado con más adornos quede hacia nosotros.

—Excelente idea —señaló Chad. Su voz ya no sonaba tan tensa como antes. Su esposa era una persona alegre y había calmado las tensiones.

Todos los hermanos nos juntamos para girar el árbol aunque solo se necesitara a dos personas. Pero venían bien los refuerzos por si acaso se volvía a caer.

—Uno, dos, ¡tres! —exclamó Xander.

Lo giramos hasta que Scarlett dijo:

—Parad, así está perfecto. —Luego lo volvimos a colocar sobre la mesa.

Di un paso atrás y silbé:

—Eres un genio, Scarlett. Parece nuevo.

Los pequeños empezaron a aplaudir. Deberíamos haberlos regañado, pero era Navidad, y lo íbamos a dejar pasar.

Entonces, busqué a Piper con la mirada. Se había quedado en el sofá y sonrió ampliamente cuando me acerqué a ella.

—Pensé que nadie necesitaba mi ayuda.

—No la necesitábamos —respondí guiñándole un ojo.

—En esta casa nunca hay un momento aburrido, ¿verdad?

Por supuesto que no. Siempre pasaba algo emocionante en la mansión LeBlanc-Broussard, ya fueran las discusiones de los abuelos, las recetas de las abuelas o la nueva generación tirando el árbol de Navidad. Y esto último se estaba convirtiendo en una tradición.

Y en el fondo, esperaba que el jaleo durara muchos años más.

Porque ese era el verdadero significado de la familia.

Sin título

Este es el final de la historia de Beckett.

Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

Lista de Libros:

Los Hermanos Leblanc

Los Hermanos Maxwell

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

Contacto de la Autora

Suscríbete a mi boletín aquí

Únete al Grupo de Lectores de Layla

laylahagen.com
